

El país de los peces tristes

Claudia Paredes Guinand



Lumen

El país de los peces tristes

Claudia Paredes Guinand

Lumen

narrativa

Síguenos en
Penguin Perú



Penguin Perú



@penguinlibrospe



@penguinlibrospe

Penguin
Random House
Grupo Editorial

Índice

PARTE 1

PARTE 2

Agradecimientos

Legal

Sobre la autora

Sobre este libro

A Guayito, mi papá.
Y a Diego Ignacio, hermano y cómplice primero.

«His soul had approached that region where dwell the vast hosts of the dead. He was conscious of, but could not apprehend, their wayward and flickering existence. His own identity was fading out into a grey impalpable world: the solid world itself, which these dead had one time reared and lived in, was dissolving and dwindling».

James Joyce

«Cerveza, cerveza,
quiero tomar cerveza».

Wendy Sulca

PARTE 1

Lima, febrero de 2026

La llamada no me sorprende. No me asusta, no me despierta. Llevo toda la noche sin dormir. Pero el sonido del teléfono, pocos minutos antes de las seis, me confirma que pasó. Su cuerpo no pudo más.

Las calles aún están en silencio, aunque las palomas ya empezaron con su canto, un *ostinato* de doce notas siempre afinado, siempre repetitivo. Casi escucho, o imagino que escucho, respirar a Ofilio, el perro del departamento de al lado. Comienza a ladrar cada día exactamente a las seis y diez de la mañana, cinco minutos antes de mi alarma: *Águas de março*. Despertarme con esa risa y sabrosura, con la complicidad entre los cantantes, es uno de los pocos placeres de estas últimas semanas. Pero aún falta más de un cuarto de hora para los ladridos, la canción en mi teléfono, el inicio de una nueva mañana en Lima.

Llevo un par de meses pensando en qué haría el día que llegara la noticia, desde que lo acepté tras una de las conversaciones más difíciles con la doctora Sagástegui. Comencé a planear mi proceso de aceptación, como cuando aceptas que no funcionaron las plantas tapizantes para remover la maleza y que la única manera es matar al jardín para que renazca.

Pero el plan se diluye y no puedo pensar bien. Me siento, de pronto, como hace media década: la tomadera y el descontrol,

perdida en un tren de Renfe, ebria en la playa. Solo que el descontrol ya no me ampara. Mientras escucho las palabras de la enfermera a través del teléfono, ojeo la pantalla y me reconfirmo que estoy en Lima, que es hoy, que Lucía ha muerto.

Siguen las náuseas. Todo me da náuseas en este instante que pasa rapidísimo al siguiente, y al siguiente. Me dan náuseas la humedad, las palomas, el dolor que aún no identifico en el cuerpo, un dolor que me inunda desde afuera, como un fantasma al que repelo apenas me envuelve con su abrazo sin sustancia. El fantasma se aleja y me duele más. Es un dolor que no es físico ni emocional, es algo que se me mete en una parte del cuerpo o del ser que no conozco; algo indefinido, inabarcable, que no es células ni sangre. Por primera vez siento que sí tengo alma y que me la arrancan, como cuando Lucía, de chiquita, arrancaba los papeles de regalo en las Navidades de San Isidro.

Respiro mientras pienso todo esto en pocos segundos. Después de lo arrancado, del dolor sin nombre y de la garganta en fuego, me llega un poema del pasado en donde un pez desea la serenidad y, solo en un sueño, la alcanza sin miedo. Yo no tengo ganas de soñar.

Cuelgo el teléfono tras un par de sílabas, y me quedo algunos segundos mirando el techo, buscando una mancha a la que hablarle y rogarle que no. Pero no hay manchas. Solo noto, por primera vez, cómo se va formando una grieta en la esquina entre el techo y la pared frente a mi cama. Respiro. Ya empecé a querer el olor de las mañanitas de febrero aquí, o a acostumbrarme a ellas —¿es lo mismo, querer, acostumbrarse?—. Huele a humedad, a anuncios de sol y al romero casi deshidratado del jardín de mi balcón; por mucho que lo reguemos, se seca y seca como el desierto que nos rodea.

Huele a ilusiones de nuevos proyectos; huele, con el calor bajito, un poco más a los pupús de perro sin recoger, acumulados en los parques de la ciudad. Huele a despreocupación, a sudor y a fruta. Quizás a eso último huele febrero en todo el hemisferio sur, donde es el mejor mes del verano, el mes de carnaval.

Me siento un poco sudada después de la noche, así que en el baño me paso, con fuerza y decisión, un par de paños húmedos por las tetas y la espalda, las axilas. Hago pipí mientras me pongo desodorante; me huelo, estoy aceptable. A veces sudo porque aún no he mudado el ventilador del otro cuarto de regreso al mío. Cada tarde me recuerdo que tengo que comprar uno más, lo anoto en la agenda o en el teléfono, a veces en mi mano, incluso, a ver si; pero cada noche lo olvido. ¿Lo olvidaba, quiero decir? Ya no necesito otro ventilador.

Le escribo a la profesora de yoga que no llegaré a la clase de hoy. Le escribo: pasó. Es una profesora estricta —a sus clases no puede faltarle así porque sí—, pero conoce la situación. Yoga, lo que necesito, pensé cuando me inscribí hace un par de años tras ver el cartel en los anuncios de la entrada del edificio. Me ha ayudado a no escapar, a no trasnocharme, a que la cerveza me tiente un poco menos.

Me cambio rápido: pantalones sueltos, sostén, camisa de botones que no tengo que abotonar ni desabotonar, que ya está planchada desde el domingo, que ahora son mis días de planchar. Nunca me imaginé que tendría días de planchar. Estoy lista antes de que ladre Ofilio y salgo solo con mi cartera. Mientras bajo al estacionamiento me pregunto si apagué la luz del baño. Me miro en el espejo del ascensor. No hay nada en mí que se parezca a Lucía. Ni los ojos, ni

la nariz, ni el pelo que intento peinar con la mano. El suyo siempre con un moño o una cola perfecta, o suelto pero peinado al mismo tiempo; el mío, en cambio, desordenado en cualquiera de sus formas. Suenan su risa en mi mente, pero el recuerdo de mi risa no está. Se abren las puertas y troto hacia mi carro.

Arranco. Hace ruido, pero no prende. Reintento. Tampoco. Esto solo me ha pasado una vez, hace unos meses. Lo mandé a arreglar, me dijeron que solo había sido un temita del aceite nomás, no se preocupe que bastante le va a durar este carrito. Le pego al volante tres, cuatro, ocho veces, dando golpes cada vez más fuertes, mi cabeza hacia delante una y otra vez, como un ritual de exorcismo, hasta que, en algún punto, me rasguño con la rejilla del aire acondicionado y lanzo un pequeño grito. Me comienza a sangrar la mano derecha. Debí haberme quedado anoche en el hospital.

Me siento como la muerte y como la única viva. Solo que no soy la única viva y lo sé. Está el portero de día, Juan, que me saluda cada mañana con una sonrisa sin quejas, que se despierta tres horas antes que yo para venir al trabajo. Está Édgar, el portero de noche, que viene desde Carabayllo y aun así llega media hora antes porque sabe que Juan acaba de tener una hija. Édgar —que ya es abuelo y a quien le toma dos horas venir en dos combis— siempre me mira suave, me pregunta cómo estoy. Una noche en que no pude dormir y bajé a llorarle me habló de su primera esposa, la que tuvo cáncer. Está la profesora de yoga, está la doctora Sagástegui y están las enfermeras. Está Sergio, está mi trabajo, están todos los presidentes que vienen y van en este país. No soy la única que sigue viva.

Respiro, siento el dolor de mi mano, mi pulso en el dolor. El volante tiene un poquito de sangre. Inhalo por la nariz, exhalo por la

boca, activo mi abdomen. Como en yoga, como cada vez que siento que me voy a volver loca una vez más. Saco la llave, salgo del carro. Me lamo la herida de la mano. Ahora, mientras camino hacia la portería, me acompaña el eco del peso de mis pasos. Tengo que llamar a mi papá.

Barcelona, septiembre de 2021

Son las once de la mañana del primer sábado de septiembre y el calor se pega a mi ropa, a mis sienes, a mi cerebro. Me pregunto si debería regresar, maletas y todo, tocar el timbre, que me conteste, que yo no dude al decirle oye, Rodrigo, ¿estás seguro?

Podría volver a subir todas esas escaleras. Me esperaría con la puerta abierta, sorprendido o no tanto. Yo le diría que tengo algo que decirle pero que primero me tengo que bañar. Me bañaría largo y me pondría solo su bata, lo sentaría en el sofá, nos miraríamos a los ojos y le propondría volver a intentarlo. Empezar como medio amigos o amigos con derechos o lo que sea que él quiera, lo que quieras, lo que necesites, le diría. Escucharía su silencio y luego su bueno, ok, su por qué no, su démosle. Sonreiríamos cómplices y le daría —no: *nos* daríamos— un beso, otro, varios, hasta comenzar una nueva forma de relación que funcione, ahora y sí.

Pero no vuelvo. No por valiente, sino por flojera, por falta de algo helado para tomar. Y también porque en un punto de mi tronco, un punto muy exacto entre mis lumbares y mi riñón, tengo escondido el miedo de que esta vez sí me empuje escaleras abajo.

Ya volveré.

Ruedo mis maletas hacia la farmacia más cercana, a cuadra y media. Pienso en comprar una pastilla que me mate. Pienso en comprar un test de embarazo. Nunca se sabe si la cogedera compulsiva de estos últimos días hizo su efecto, aunque él no acabase del todo adentro. Estábamos en la FCC (Fase Conclusiva de Coitos), como la llama la prima de Julia, una fase sexual perfecta que no da hijos porque el cuerpo de la mujer es sabio, nos explicó la prima a Juli y a mí en una vermutería del Raval hace un par de meses. Ella había terminado hacía poco con su novio y opinaba que yo debería hacer lo mismo con Rodrigo. Le dije que ni de vaina. Invité los vermut.

Cuando me detengo frente a la farmacia, me jala el ojo el *supermercat* de Hakim, que queda al lado. Quizás no quiero estar muerta ni embarazada y solo quiero otra cerveza. La lata que tengo en la mano comienza a estar tibia. Me cae algo sobre la coronilla. Primero creo que es una hoja de finales de verano, pero la textura me responde que no. Es un cague de paloma.

La chica que ocupa el local de la izquierda del de Hakim tiene la persiana abierta y presencia el episodio. Dice fuerte: tranquila, *carinio*, con un acento ni español ni latinoamericano. Algo en la *e* y en esa *eñe* inexistente. Su pelo larguísimo, negro, le tapa un poco los ojos. Entra a su casa-garaje. Como siempre, están los dos carritos de supermercado frente a la vivienda. Los carritos tienen un poco de todo: electrodomésticos rotos, ollas viejas, palos de paraguas, cables, una plancha oxidada, un hornito sin tapa. Me pregunto por milésima vez qué se hace con todo esto, sabiendo que nunca lo sabré. Ella —ahora con un bebé pegado a su teta derecha

— me trae un pedazo de papel toalla, me lo da, dice: hay más si lo *necesites*.

Nunca he interactuado con esta mujer. Nunca me he preguntado cómo se llama. Ambas nos evitamos desde hace años, cada vez que paso por donde Hakim a comprar. Pero su marido o conviviente o pareja nunca evita mirarme de arriba abajo y lanzarme sonrisas amarillas.

Miro el papel toalla. Más que caca, hay un buen puñado de pelo. Lo de la caída de pelo fue todo un tema con Rodrigo este último año, desde que me volví a mudar a su casa. Mi pelo en todas partes. Mi pelo finito, endeble. Mi pelo en la ducha. Mi pelo en su plato de lentejas con cúrcuma y sin sal. Mi pelo en la hamaca después de coger.

Arrugo el papel, tomo un poco más de caldo de cerveza. Hace unos minutos, antes de irme de su casa, entré a la cocina «a ver si se me queda algo importante» (eso le dije a él) y metí una cerveza en mi cartera. Rodrigo me ayudó a bajar las maletas, se despidió con un beso en el cachete (yo apunté a su boca, no funcionó) y dijo algo como que por fin, un nuevo camino. Le respondí que amén; él cerró los ojos, juntó las manos frente al pecho y se inclinó un poco hacia adelante. Me reí, él no.

Miro a la chica. Su hijo, de unos tres o cinco o siete meses, es arrugado y gordo. Y tierno. No sé mucho de bebés, pero me gustaría que fuese mío. Nuestro, más bien. Rodrigo y yo, y un hijo.

—*Aisí* mejor —me dice la madre de verdad, señalando mi pelo.

Le sonrío. Seguro es una sonrisa muy extraña. Asiento, asiente y entiende que no quiero entablar una conversación, que no quiero que me pregunte por qué o hacia dónde. Vuelve a entrar a su casa-

garaje. Tras una duda, me acerco y grito un suave gracias. La hija mayor, como de tres años, sale corriendo descalza, se tropieza con uno de los carritos de supermercado, se pone a llorar. Yo intento ayudarla, torpe. La mujer sale de inmediato, el bebé aún en teta, y regaña a la niña. La aparta de mí. Me pone una mano en el hombro. Me dice, por encima de los chillidos de su hija: adiós, *carinio*.

Estamos más cerca que nunca. Sus ojos muy claros, entre verdes, miel y amarillos. Huele a perejil y a este barrio. Quiero pedirle un abrazo, pero me retengo. Volteo y se me sale la primera lágrima del día. Nojoda, ya empezamos, diría Rodrigo.

Boto la lata de cerveza y el papel con cague de paloma y pelo. Me siento aislada entre tantas palomas, ventanas y calor. Creo que nunca me he sentido así de sola. Me da rabia lo siguiente que pienso, pero aun así lo pienso: si llegara Vladimiro Montesinos, incluso si llegara mi papá, cualquiera de esos dos, y se me plantara al frente, le aceptaría un abrazo.

Entro donde Hakim. Él me saluda con un contento *good morning*. Hakim siempre está contento. Me pregunta por qué las maletas, pero ya sabe. Lo conozco. O me conoce. Le digo que vine a despedirme y de paso a ver si lo convenzo para que por fin se tome una birrita conmigo. De *goodbye*, le digo, le ruego. Pausa. Sus hombros se relajan como nunca. Se ríe y se ve aún más cachetón, responde que no, gracias, no alcohol. Corta la risa. Arquea las cejas. Vuelve a tensar los hombros y pregunta:

—¿Algo te hizo malo?

Yo no tengo muy claro qué detalles le he contado a Hakim. Solo sé que algunas noches, camino al apartamento, he parado en su tienda a comprar cervezas y agua con gas, a veces una bolsa de

frutos secos, y de paso para contarle una que otra escena que no le mencioné a la psicóloga de la seguridad social incluida en mis impuestos.

Empecé a ir a la psicóloga no para que me juzgara, sino para que me ayudara a salir de la ansiedad, la falta de propósito y, a veces, el exceso de cerveza. Pero en poco tiempo me di cuenta de que no le podía contar casi nada, porque todo sonaba mucho peor de lo que en realidad era, en especial porque Rodrigo y yo no somos catalanes y subir el tono de voz es tan normal como tomar desayuno o como ir a ver el mar o como un empujoncito de rabia, en especial cuando yo me pongo insistente. La psicóloga no me ayudó. Solo me sugirió que me regresara unos meses a Perú «a enfrentar el pasado y sanar las heridas que dejó tu madre». Me sentí en un cursito de autoayuda. El problema no es mi mamá, ridícula, quise decirle. Pero solo asentí muy seria. Dejé de ir sin avisar mientras Rodrigo me decía: te dije, te dije.

Le aseguro a Hakim, abriendo una lata grande de San Miguel, que no, no me hizo nada, no te preocupes. Me voy porque me da la gana. Voy a empezar una nueva vida. Asiente, me dice que *yeah yah, moi bien*, que igual *be careful* ah, alcohol. Le agradezco por todo este tiempo, su buena onda, su paciencia. Se me vuelven a aguar los ojos, o quizás están sudando también. Hakim hace como si no se diese cuenta. Me pregunta si sé dónde voy. Asiento. Me dice que su primo es taxista y que lo puede llamar ahora mismo para que me lleve a mi nueva vida.

—Hay veces bueno nueva vida —dice.

Estoy llorando. Me limpio las lágrimas con la lata de cerveza. La lata está fría; amenaza y reconforta. Hakim me ofrece un paquete de

kleenex. No se lo acepto, le digo que qué calor y que gracias y que de acuerdo a lo del primo del taxi, ah, y que me llevo un *six pack* de Estrella Galicia, por favor, para empezar bien la nueva vida. Me río forzado, me atoro, pago. Él me regala unos garbanzos tostados. Le pregunto por su familia y conversamos sobre su hijo, sobre el posible rebrote de covid y sobre los treinta y pico de grados hasta que llega su primo. Ahora es Hakim quien me ayuda con las maletas.

—¡Que vaya bien!

Él sí me abraza. Entro al taxi. La casa de Julia no queda ni tan cerca ni tan lejos, como todo en Barcelona. Serán unos veinte minutos de Sants a Poblenou en los que miro por la ventana: bar, tienda, edificio, cafetería, *parking*, viejita con bastón, pareja agarrada de la mano, palomas, hombre empujando carrito de supermercado por la acera, otro hombre que trota burlándose del calor, estación de bicicletas públicas, mujer jalando a un niño del brazo y no sé si es demasiado grosero abrir una birra dentro del taxi. Decido que sí es demasiado grosero. Le digo al primo taxista que qué bello está el cielo hoy, qué azul, me responde que *no spanish*. Se lo repito en inglés, hace como si no me escuchara.

Intento concentrarme solo en mi respiración, en las fosas nasales y en el aire que entra y sale, *anapana*, como enseña GK, el profe de meditación del único retiro al que fui (fui sola, porque me había inscrito para estar con Rodrigo, pero él me dijo horas antes que se había arrepentido, que la meditación era algo individual y que yo tenía que ir sí o sí, incluso me acompañó hasta la estación de tren). La meditación me ayuda. A veces. Me quedo dormida en algún punto del trayecto. Anoche habré dormido un total de tres horas, arrancándoselas como cáscaras de naranja a la angustia, al sexo y al

llanto. Me despierta el golpe de la maletera. El primo ha sido muy amable, ya sacó mi equipaje. Salgo del carro, le digo que muchas gracias y le pregunto cuánto le debo, me dice que no problema, *Hakim paid, he says you are a good friend*. Asiento, le sonrío a Hakim a lo lejos.

El edificio de Julia me parece demasiado grande, demasiado inmediato. Me intimida y me quedo ahí, parada, observándolo. Cuando se va el primo de Hakim, ruedo mis maletas hasta la esquina. Debo verme muy ridícula en este momento, con mis dos maletas, sentada en un bar de la esquina del edificio de Julia, escribiendo frases sin sentido sobre una servilleta. Prefiero tipear, pero mi *laptop* sufrió un ligero golpe, igual que los golpes que sufría la pared de mi cuarto cuando a Rodrigo se le iba un poco de las manos. (Nada muy grave, siempre pidió perdón). Tuve que dejar algunas cosas, incluida mi computadora herida, en la casa que nunca fue nuestra porque la alquilaba él. Le dije: volveré por lo que me queda. Quizás un tiempo con distancia nos ayude a repensar las cosas.

Eso último no se lo dije. Ya hemos pasado bastantes tiempos separados para reflexionar. «Pausas rehabilitantes» las llamamos. Llamábamos. Esto solo lo sabe Julia. A veces no tienen que contarse este tipo de cosas. Nuestra vida no es un *podcast*, decía Rodrigo. Estos son temas de pareja, idas y venidas privadas. Y es verdad. A mí no me hubiese gustado enterarme de chiquita de todos los *breaks* entre mis papás, por ejemplo.

Igual me tenía que enterar, porque mi mamá no llegaba a la casa. A la primera casa en Lima, donde vivimos cuando éramos una familia, donde dormimos por toda una semana en el mismo cuarto después de que naciera Lucía, felices. Somos Los Cuatro Cuates, dijo uno de esos días mi mamá y yo me reí mucho pensando en Los Tres Chiflados. Pero en general, no éramos tan felices. Mi mamá desaparecía en esos *breaks* por dos o tres días y llegaba casi siempre con un nuevo corte de pelo, que era mi peor pesadilla. Yo conocía a su peluquero, un colombiano al que quería matar a pesar de lo bien que me trataba, los chocolates rellenos de arequipe, los bailes con el secador y las tijeras. Ver a mi mamá con un nuevo corte era perderla una y otra vez.

Pero mis papás no peleaban por los cortes de pelo, sino por otras cosas. El alcohol, la plata, el fracaso, el peluquero. Las peleas eran siempre en la oficina de mi papá, lo que él llamaba «mi biblioteca», un cuarto de unos ocho metros cuadrados donde había algunas sillas, una mesa, muchos libros, e ilusión en exceso. A mí me parecía un museo, una catedral. Una vez mi mamá llegó cuando él estaba en pleno seminario de lectura, cuando aún daba talleres, cuando aún no le pagaban una oficina entera para su trabajo. Ella llegó con el pelo más corto que nunca y morado. Abrió la puerta, irrumpió en pleno taller y solo dijo: estoy lista. Cerró la puerta. Pero no lo estaría hasta dos años después de que naciera Lucía.

Lucía nunca ha sabido sobre mis idas y venidas con Rodrigo. ¿Para qué? Solo sabe que estoy en Europa, relativamente bien, que me gustaría ganar un poco más pero que me va mejor que a tantos otros con la misma carrera. No sabe sobre mis trabajos paralelos durante los primeros años, el bar, como guía turística, recepcionista

de hotel de lujo, todo aquello que me permitió tener más ingresos de los que tendría alguien aquí, a mi edad y sin pasado. Yo siempre le he dicho a Lucía que por mis finanzas no puedo ir a Latinoamérica cada seis meses, aunque la verdad es que no quiero. Cada seis años, quizás, más adelante. O cada doce. Pero esto sí se lo he dejado claro: no voy a ir a Perú.

A veces, cuando pienso en Perú me imagino a mi papá teniendo conversaciones en la sede del SIN. Y a veces tengo pesadillas, el SIN negro como las catacumbas del Convento de San Francisco, el SIN goteando y goteando, unas gotas espesas que se me pegan al cuerpo y mi papá al final de un pasillo, desgarrando libros. Pesadillas de las que me despierto sudando, casi sin poder respirar. Rodrigo sabía cómo calmarme: preparar, a medianoche, papelón con limón y hielo; secarme el sudor y acariciarme la cabeza; hacerme respirar profundo: tranquila, preciosa, ya va a pasar.

Me imagino cómo sería tener un papá como el que creí tener de chiquita y adolescente. Cómo sería mi adultez. Quizás tendría adultez. Pido la cuarta cerveza del día. Pasa un viejo con un pastor alemán. Lleva puesta la mascarilla, aunque desde junio, por fin, ya no es obligatorio usarlas en la calle. Tiene el pelo gris, usa mocasines y su mirada parece amable, bondadosa. Le sonrío, me inclino hacia el perro que olfatea las patas de mi silla. El tipo me dice, en catalán, que no sea indecente, que me ponga la mascarilla si voy a acercarme a su perro. Se me sale una risita y un «qué ladilla» venezolano. Tose, me insulta en catañol y se va, probablemente a denunciarme a algún conocido del siguiente bar. Seguro pidió que me pusiera la mascarilla porque me vio cara de

puta, sustantivo que usó Rodrigo por las últimas dos semanas para dirigirse a mí después de descubrir lo del Otro.

La Puta. No suena tan mal si le quitas la carga semántica. Suena como un *staccato* o un castillo altísimo. Rima con ruta. Rima con Teresa de Calcuta. Rima con La Cantuta y recuerdo toda la investigación que hice, la que en algún momento le mandé a Lucía, la que seguramente nunca leyó.

Pido la cuenta. No puedo seguir evitando mi nuevo, transitorio hogar. El camarero me pregunta si estoy escribiendo un poema. Lo miro de reojo y le digo que no, más bien un testamento. Da un paso hacia atrás, sonrío. Me levanto, me pregunta si me estoy mudando por la zona.

—Algo así.

—¿Necesitas ayuda?

Me mira las piernas, me pasa el bolso que dejé sobre la silla de al lado con una mueca de sufrimiento que intenta ser graciosa.

—Pero, tía, ¿qué llevas aquí?

—Libros.

Pago, doy las gracias y me volteo antes de que empiece a hablarme de Coelho o a decirme que él también escribe. O antes de que se me ocurra invitarlo a tomar conmigo el *six pack* que traigo del supermercado de Hakim. Camino hasta el edificio, entro, recuerdo que aquí tampoco hay ascensor. Subo con las maletas los tres pisos que en realidad son cinco, entresuelo, planta baja y tres más. Sudo, chorro.

El *loft de Julia* es más pequeño de lo que recordaba. La cocina y la cama están a dos metros de distancia. Huele a aceite quemado y a incienso. Hay un juego de sábanas dobladas sobre la mesa de

noche, con un *post-it*: «Bienvenida, mi lov!». En la nevera, dos manzanas, un plátano negro con tonos amarillos, una lata de Coca-Cola y medio paquete de queso semicurado que me guiña el ojo. Prendo el ventilador, boto el plátano a la basura. Saco las cervezas del bolso; ya están tibias, pero igual abro una. La tomo mientras entro a la ducha. Puta paloma.

En los días consecutivos aprovecho el lecho de muerte del verano probando qué combinaciones me caen mejor (en orden: primero cerveza, luego vino; primero vino, luego cerveza; mojito-cerveza; michelada-mojito-gin tonic; solo vodka; etcétera) para volverme una tomadora responsable. También pienso (solo pienso) en inscribirme en clases de cerámica. O de salsa. Pero decido que no. Y, claro, conozco a Mirta.

Mirta es la vecina del piso de abajo. Me ve subiendo las escaleras a las diez de la mañana del martes con un *six pack* de cerveza barata. Me mira, yo me paro en las escaleras y le sonrío. Me sonrío de regreso. Le digo qué tal, me dice muy bien y vos. Le explico que soy profesora y que me quedan dos días de vacaciones, que por eso el *six pack* tempranero. Que es mi último martes de artes del verano. Me pregunta qué es eso, le digo que el día del arte de no hacer nada y se ríe. Como tres cervezas después, alguien toca la puerta y es ella con un pedazo de torta de zanahoria, una lata de aceitunas y media botella de vermouth, preguntando si puede acompañarme. Da igual, che, si estoy casi jubilada. A brindar por este martes de artes, ¿no?

Mirta es una argentina simpática, de esas que te acurrucan y cansan al mismo tiempo al hablar, hablar y hablar de su vida y de sus otras tres posibles vidas si hubiese tomado distintas decisiones en distintos puntos de su vida real.

—Por ejemplo, si no hubiese decidido ser costurera, sino panadera, estaría, así como te lo digo y escuchame, en este *mismo* instante, gestionando una de las mejores pizzerías de Italia. De las mejores, eso. Y te lo digo no por boluda ni por gilipollas, sino porque tengo pasaporte italiano. Sí, sí. Pero en esta ciudad ni te imaginás, lo que hago es pasármela de casa en casa cosiendo vestidos para ricachonas. Ojo, se gana bien, eso sí no te lo niego, ¿eh?, eso sí te lo tengo que decir, aunque si esa mañana en la suite de una tal Mrs. Bjerkestrand, la noruega más elegante del siglo XXI, che, te morirías, si en ese momento yo le hubiese dado mi tarjeta, estoy segurísima de que.

Y más cosas que dejo de escuchar.

En algún punto, ya entrada la tarde y comprada una nueva botella de vermut, tomo la palabra y le cuento a Mirta sobre mi viaje de la infancia a Cancún. Fue poco después de que el Perú explotara, una vez más. Llevábamos casi dos años de habernos mudado a la nueva casa con Lucía y mi papá. La crisis (Montesinos desaparecido, Fujimori renunciando por fax desde Japón, la corrupción ahogando a todo el país como una lluvia de harina de pescado) vino acompañada por la muerte de mi abuela y, luego, unas «vacaciones» en Cancún.

Fueron nuestras primeras vacaciones de reinas. Antes de Cancún, pasamos por lo que entonces se llamaba México DF, a donde ya se había mudado mi mamá con su nuevo marido. Un día y medio.

Desayunamos Lucía, mi papá y yo con mi mamá —que llegó más de media hora tarde—, en el Café de la Concordia. Su nuevo esposo, un excolega del máster de Artes Plásticas, la dejó frente al café en un carro de ventanas grises. Mi mamá entró vestida con una falda amarilla, una camisa de mangas bombachas y el pelo largo, por fin. Le sonreí, ella no tanto. Nos dio un abrazo corto a cada una, nos regaló pulseras y un pote de mermelada de fresa. Como te encanta, Male, dijo, aunque a mí siempre me habían causado náuseas las texturas de la mermelada y de la gelatina. A mi papá le dio un beso en la frente. Nos preguntó cómo estábamos, y dijo iotra vez juntos, Los Cuatro Cuates! Lucía le dijo no, somos tres. Le parecía sospechosa esa señora, lo vi en la arruguita entre sus cejas. Mi mamá la ignoró y se pasó todo el desayuno sin quitarse los lentes oscuros con los que intentaba esconder un moretón junto al ojo izquierdo. Igual se lo vi, porque se sentó a mi derecha. Me acarició el hombro un par de veces, sin cariño. Ella ya no olía a café: olía distinto, como a limón. Lucía nos miraba raro a los tres, sin hablar, comiendo rapidísimo y regando chilaquiles por su nariz, por su entrecejo. Le pasé una servilleta. No me acuerdo cómo nos despedimos.

Esa tarde fuimos al Museo de la Luz, a un mercado con comidas de todos los colores, y cenamos en la casa de una pareja de amigos de mi papá, de su época universitaria. Mi hermana dormía sobre el sofá y yo le hacía cariño en la cabeza mientras pensaba en un examen de matemáticas para el que había estudiado tanto y al que no pude llegar, porque *my mom is very sick, Ms. Pitale, but I promise I'll keep studying* y la profesora de matemáticas mirándome desde muy lejos.

Después de muchos tequilas, la pareja se dio un beso largo en la boca. Lucía no vio el beso, pero yo sí y me generó confusión. Nunca había visto un beso entre adultos en la vida real —solo en películas. Pensé en *Titanic* y en *La Bella y la Bestia* mientras nos regresábamos en un taxi al hotel. Me dio frío en el pecho y en la panza, abracé a Lucía. Mi papá hablaba por teléfono. El taxista tenía una actitud sospechosa; frenaba en seco en los semáforos y cambiaba de estación de radio compulsivamente. Yo estaba un poco asustada porque había escuchado sobre alguna balacera en la capital de México entre bandas de narcotraficantes. No me gustaban las drogas ni los drogadictos. Había muchos en mi colegio nuevo, decían los chismes de mis compañeras; contaban que incluso había gente que traía *marihuana* y fumaba en el baño. La palabra me daba escalofríos, este lugar también. No me gustaba que mi mamá viviera aquí. No me daba curiosidad que mis papás se hubiesen conocido en esta ciudad, ni que yo hubiese pasado mis primeros años de vida en ella. La noche me parecía rota, amplia. Agradecí que solo nos quedaba medio día más.

Luego, Cancún. El hotel todo incluido, helados de vainilla y chocolate que nos podíamos servir y servir hasta sentir dinosaurios en nuestros estómagos. Yo le había dicho a mi papá que por qué no Miami, si todas mis amigas del British School of Lima hablaban de Miami y mi papá me aclaró que Cancún era mejor. No dijo que sería más fácil estar en un *all inclusive* en Cancún, donde no tenía que vigilarnos mientras se encargaba del desastre; no dijo que Estados Unidos era más peligroso para alguien que se esconde de un posible escándalo, ni que Cancún era un lugar tan concurrido que era ideal

para pasar de incógnito mientras se calmaba la situación en Perú. De todo esto no me enteré hasta muchos años después.

Cancún y mi papá y Lucía y yo. Sobre todo, Lucía y yo, porque mi papá se la pasaba en llamadas muy importantes, anotando y anotando cosas en unas libretas que nunca volví a ver. Yo iba en mitad de quinto grado, Lucía aún no había entrado a primero. Era noviembre, ya venían las vacaciones de verano. Mi papá nos sacó antes de que terminara el semestre, lo excusó como una «emergencia familiar». Usó a mi mamá como escudo: teníamos que ir a México porque estaba muy enferma, volveríamos el año siguiente a seguir como nuevas en el mismo British School of Lima. Me pidió que mintiera. Me prometió que algún día me daría cuenta de que no era del todo mentira, porque sí había una emergencia familiar, mi abuela se había muerto y teníamos que ver a mi mamá, que lo de enferma era una mentira piadosa, nada más. Le dije que claro.

Semanas y semanas en el hotel de Cancún, que era como un condominio. Yo leía a Louis Sachar, a J. K. Rowling, o a Roald Dahl (los libros en inglés me parecían mil veces mejor que los de español, quizás porque el inglés se convirtió en mi refugio, en un idioma más mío que el de otros, donde solo los autores lejanos y sus personajes podían entender mi extraña orfandad; los relatos que nos hacía leer la miss Róez en la única hora de Spanish de la semana sobre gallinazos sin plumas o sobre vuelos de cóndores me parecían, en cambio, lejanos, de otro mundo, de un Perú que nunca conocí). Lucía, ajena a la lectura, intentaba paradas de manos o piruetas en la arena, mira, mira, *mírame* y yo: *shh, Lu, I'm reading*.

La primera semana nos bañábamos juntas y largo en el mar después del desayuno. Yo le daba clases fallidas de natación. Luego le decía que podía hacer todos los castillos de arena que quisiera, que se uniese a las actividades de niños en la piscina Disney (había tres piscinas), pero ella decía que no, que quería quedarse conmigo. Le dije que entonces tenía que estar en silencio y le pedí a mi papá que le comprara lápices de colores Faber-Castell (eran los que usaban mis amigas, los caros) y un cuaderno, porque a mi hermana ya le gustaba dibujar a esa edad. Parecíamos un par de bohemias en miniatura, sentadas en un café del hotel, yo leyendo y ella rayando el cuaderno con soles y castillos mientras los demás niños participaban en búsquedas del tesoro o competencias de jalar la cuerda y se ganaban sombreritos de mariachi.

Un día, Lucía me salpicó un libro con agua de mar y se regó parte de la tinta de la página que estaba leyendo. Recibió tal regaño de mi parte que se hartó de ser bohemía y empezó a hacerse amiga de todas las niñas que llegaban y se iban del hotel. Ganó varios premios en esas semanas, incluido un diploma de cartón de «La niña más participativa del año 2000» que se inventaron los animadores solo para ella. A mí lo único que me interesaba eran los *shows* de la noche, a los que obligaba a ir también a mi papá. Lucía venía a veces, si lograba quedarse despierta después del agotador día de juegos y *nuggets* de pescado y papas fritas y corredera.

Recuerdo reírme a carcajadas con mi papá cuando le pedían que subiera a bailar. Y al señor que paseaba en bicicleta sobre una cuerda floja, a la chica que daba vueltas por el escenario como una rueda, las manos cogiendo sus talones, las piernas abiertas y la espalda arqueada como si fuese un caracol; a los imitadores de

ABBA; al mago que sacó un nacho tras otro —«ide carne! ide pollo! ide frijoles!», gritaba— de un estante vacío. Y, siempre, al final, el público y los animadores y mi papá y yo cantando el memorizable y grandioso himno del hotel, que, para mi dicha, era en inglés.

Pero también me acuerdo de las ausencias de mi papá durante el día. De sus cachetes rojos de la ansiedad (él decía que era el calor, pero claro que había aire acondicionado) al salir por las tardes del edificio de salas de reuniones, la puerta de su cuarto cerrada con llave por las noches, luego de los *shows*, noches en las que seguía conversando y conversando por teléfono, firme, pero muy suave. Imposible escucharlo.

Y me acuerdo de esa tarde después de un almuerzo, cuando llevé a Lucía a la *pop pool*, la piscina de adultos, la que tenía un bar-isla en el centro. Un señor se le acercó a mi hermana con algún trago en la mano. El tipo le dijo hola, señorita. Yo vi la escena desde mi silla desplegable y le grité a Lucía que se saliera de la piscina inmediatamente y ella dijo ino!, y me sacó la lengua. El señor la imitó. Lucía se rio y él con ella y luego él le dijo algo al oído y ella abrió mucho los ojos. Yo me lancé al agua mientras Lucía hacía un escándalo con sus flotadores y sus piernas. El borracho se rio de nosotras y yo lloré un poco, mientras que Lucía estallaba en lágrimas. Los turistas nos miraron con rechazo.

Saqué a mi hermana de la piscina y la llevé a nuestra *suite*. Llené la bañera con agua caliente y un sobre que decía «burbujas». Le pregunté qué le había dicho el tipo y ella me habló sobre algo de brujas y monstruos. Nos metimos a la bañera como si fuese una piscina solo para las dos, la hice enjabonarse bien y después de empijamarla armamos una carpa con una sábana entre la mesa y el

sofá de la sala para jugar a ser campistas, esperando a mi papá. Cuando llegó, quise contarle lo sucedido, mi miedo, mi heroicidad. Él me dijo que no tenía tiempo para hablar en ese momento, pero, pa, pero nada, ahora tengo una llamada, pero tranquilas que también les tengo una sorpresa, dijo.

La sorpresa fue ir a una pirámide ese fin de semana en Chichén Itzá. Me encantó el nombre, pero la pirámide me pareció un poco pequeña, sin mucha gracia. A Lucía y a mi papá, en cambio, les brillaban los ojos. Subimos hasta la cima porque mi papá se olvidó que tenía vértigo. Nunca lo había visto así de pálido. Uno de los guías tuvo que ayudarlo. Lucía y yo bajamos la pirámide casi corriendo. Vimos —ella sentada en mis piernas, su espaldita caliente en mi abdomen, mi mentón sobre su coronilla— cómo bajaban a mi papá cargado entre el guía y un par de turistas fortachones. Parecían orangutanes cargando a un herido. Cuando llegó a tierra, mi papá, ya no pálido, sino muy rojo, les agradeció a sus rescatistas, se limpió el sudor y nos abrió los brazos, aquí estoy, *my queens* (yo ya había comenzado a burlarme de su inglés) y los tres nos reímos y esa noche fuimos a cenar al restaurante especial del hotel, el que no estaba incluido en el *todo incluido*. Mi papá nos contó cada detalle de lo que había pasado por su mente en la cima de esa pirámide, desde su amor por nosotras hasta su amor por nosotras.

Al día siguiente volvió a sus llamadas en voz baja, a callarnos con la mirada, a refugiarse en el edificio de salas de reuniones. Lu y yo decidimos también vivir en secretos. Jugamos a ser transparentes. Una tarde de sábado o de miércoles o de lo que fuese, a Lucía se le ocurrió maquillarnos con arena mojada como si quisiera volvernos parte de toda la arena. Otra tarde, o la misma, fuimos el fondo del

mar. Los atardeceres se confundieron con las mañanas y las noches y los helados. Incluso fuimos exploradoras; una vez, nos desaparecimos juntas para que mi papá pudiese sentir lo mismo que sentíamos nosotras cuando no nos prestaba atención. Nos escondimos debajo del escenario. A la animadora que nos encontró no le encantó mi respuesta; mi papá nos castigó con dos días sin helado, algo que cumplimos al pie de la letra a pesar de que no nos vigilara, como si fuese la única forma de seguir estando con él.

Después de semanas y semanas de entrar y salir del hotel a la playa y de la playa al hotel, Lucía se enamoró de los peces del acuario de la zona de los baños. Eran peces de muchos colores y nadaban a distintas velocidades. Aprendió a darles de comer junto a la encargada de limpieza, y también a imitar los movimientos de los peces naranjas, los *goldfish*, con un baile de manos atrás como cola, mientras inflaba sus cachetes y echaba la nariz hacia delante, explorando con esos ojazos azules un acuario imaginado en cualquier lugar del hotel o de la playa. Yo disfrutaba su silencio durante las prácticas del baile pez. Lucía se lo tomaba muy en serio; tanto, que convenció a mi papá de que necesitábamos una pecera en nuestra casa de San Isidro. Lo logró. Entre carcajadas tras su presentación de baile de *goldfish* en una de nuestras últimas noches en el hotel, mi papá le dijo: si te hace tan feliz, sí, mi reina, claro.

Mirta no llega a escuchar todo Cancún, no hasta el final. Apenas termino de contarle lo del borracho en la piscina, me dice que qué asco, pero que aún más asco le da ahora su país, que no puede creer que el mejor país del mundo se haya convertido en este tremendo bodrio. A Mirta le encanta hablar de su país, le cuesta hablar de sus emociones. Me cae bien.

Nos seguimos viendo después de ese primer encuentro. Habla y habla sobre los Kirchner y la inflación. No me hace demasiadas preguntas, quizás para que yo no le pregunte a ella. No pregunta qué fue de mi hermana, ni qué pienso sobre que ahora la hija de Fujimori quiere ser presidenta, ni de quién soy hija yo.

Llega el primer día de clases. Alba me enseña su nuevo peinado en una especie de inglés. Mi celular vibra con la alerta de un correo de la empresa. No suelen mandarme correos por las mañanas; saben que trabajo en este colegio hace un buen tiempo, ya no en academias.

El correo:

Benvolguda,

Lamentem comunicar-li que no podrem continuar contractant els seus serveis de professora d'anglès després d'aquest semestre escolar per la manca del nivell de C2 de català. El seu contracte continuarà vigent fins al 15 de desembre d'aquest any 2021. Agraïm els serveis prestats a l'empresa i li fem saber que rebrà un últim bo de 125,59 euros.

Salutacions,

La Gestió

Resumen:

Bye.

¿Qué?

Alba me jala la manga de la camisa, me dice *plis*. Le digo (le gruño) *calm down*, le aparto el brazo. Me parece que se le comienzan a aguar los ojos, me disculpo:

—Sorry, sweetie. Alba, I'm sorry, I'm not feeling well.

Ella solamente me quería enseñar la trenza que se hizo ella solita por la mañana. A la mamá de Alba le diagnosticaron un cáncer hace un par de años. He sido su profesora desde que retomamos las clases postcovid; viví el final de la enfermedad y de la vida de su mamá. Desde antes de las vacaciones de verano, Alba siempre se sienta junto a mí, con sus seis años bien puestos, lista para escuchar o compartir lo que yo pida, siempre calladita en el minuto de silencio del comienzo de la clase. Casi nunca llora. Sonríe a veces. Me recuerda a Lucía. Yo, desde la separación, lloro un poco todos los días, un par de lagrimotas antes de irme a dormir. Poquito, pero algo. Y nunca frente a Mirta.

Pido silencio, funciona a medias. Les digo a mis alumnos, sentados en un círculo en el suelo, que tengo que salir de la clase *for one moment*. Indico que cada uno dibuje el animal en el que le gustaría convertirse en este nuevo año escolar y que estén listos para *explain why*. Miro a Alba y asiente, les va a explicar a sus compañeros qué tienen que hacer. El silencio dura muy poco; los alumnos hablan y hacen muecas y bailan y se ríen y pelean entre ellos. Gerard es el único que me sigue mirando. Me dice que no quiere quedarse, quiere venir conmigo. Exhalo. Le digo *ok, give me your hand* y dejo que me acompañe a Dirección de la mano. Voy a averiguar qué pasa. Que me digan las cosas a la cara. En el camino, me arrepiento. ¿Qué voy a lograr yendo a Dirección? El correo no lo mandaron ellos, me lo mandó la empresa.

Le digo a Gerard que vamos un momento al patio, que a esta hora está vacío. Llamo al Che, el jefe de Kenglish, la empresa de profesores de inglés. Hay confianza; soy una de las primeras a la que contrataron. El Che no contesta. Le escribo un mensaje al jefe:

Che, llámame urgente. Lo veo en línea, lo vuelvo a llamar. No contesta. Lo llamo una vez más. No contesta.

—¡Mierda! —se me sale el grito. Me tapo la boca.

Gerard me mira. Se ríe. Me dice que su primo boxea y que haga *like dis, miss María Alejandra!* Le da tres puñetazos al cielo y con cada uno grita, más fuerte que yo, ¡mierda, mierda, mierda!

Lima, julio de 2010

4 de julio. El día en que nacieron George Everest (el británico por quien se occidentalizaron los Himalayas) y Gloria Stuart (la actriz que hizo de Rose vieja en *Titanic* —la que lanza, tierna y loca, el diamante al mar); el día de Santa Isabel de Portugal y de San Andrés de Creta, de San Nafanión mártir y de Santa Berta de Blangy; el día en que el pueblo de Macharaviaya, en Andalucía, celebra a Bernardo de Gálvez, un macharaviayano que luchó por la independencia norteamericana. 4 de julio, el día en que revientan fuegos artificiales en Estados Unidos.

Fue un 4 de julio, específicamente el 4 de julio de 2009, a las seis y cuarenta y dos de la mañana, el momento en el que reventó lo que quedaba de mi familia.

Me despertó un grito de mi papá, un algo algo y algo y luego ¡la puta madre, hijos de puta! Medio dormida, pensé que era un temblor, pero nada se movía, ni mi cama, ni mis cortinas, ni la caricatura encuadrada de Lucía y yo que dibujó alguna vez un artista de una callecita en Praga. Solo eran gritos. Gritos seguidos por ladridos y ladridos de Seymour, el *scottish terrier* que murió pocas

semanas después, sin pelo y con los ojos rojísimos, atacado por ácaros. Seymour —bautizado así por mi papá— era más de Lucía que mío. Dormía con ella, pero ya estaba enfermo esa mañana. Aunque le quedaba un poco de pelo, el veterinario nos había dicho que ya no lo podíamos tocar. Las ronchas parecían tumores. Le habían prohibido a Lucía acurrucarse con él.

Segundos después de mi despertar abrupto, Lu se metió a mi cuarto y a mi cama aferrada a Monoliso, un mono color carne y sonrisa suave que me compró mi papá en Puerto Rico unos días antes de mi nacimiento. Ahora era suyo. Metió su cabeza en mi cuello y le dije qué pasa y me dijo algo bien feo, ¿no escuchaste?, y le pregunté qué y me dijo no sé y se puso a llorar un poco. Le dije tranquila, Lu, ¿tuviste pesadillas? Tranquila. La abracé, se calmó. Olía a saliva y a vainilla. Bostecé. Mi papá nunca hablaba así, entonces seguro había sido mi imaginación o mi propia pesadilla despertándome. Quizás había confundido los ladridos de Seymour con gritos. Volví a pensar que mi hermana ya estaba un poco mayor para Monoliso, decidí hablar con su psicóloga del colegio sobre el tema. Me estiré, hice torsiones, desperezos de derecha a izquierda, como estaba aprendiendo en las clases de pilates que odiaba, a las que me había inscrito Carlina, una nueva secretaria de mi papá, para manejar la ansiedad de volverme adulta. Lucía intentó imitarme con los movimientos, pero lo hizo al revés y terminamos en una guerra de cosquillas.

*Mi hermana y yo
dos sapos, la laguna
gotas de gloria*

pensé escribir en mi diario. Quizás, alguna medianoche peligrosa, escribiría ese haiku-grafiti en una pared de la San Marcos para que mis colegas vieran que no era *tan* pituca, que no solo era una pituca inteligente, sino que además sí me atrevía a hacer cosas más allá de nadar cien metros en piscinas de mansiones. A mis diecinueve años aún me interesaban los haikus y la grandiosidad. Tenía diarios pequeños, caros, *moleskines* que llevaba en mi mochila para escribir. Escribía frases, datos, observaciones, cosas que serían recuerdos para la futura Male, importantísima e imprescindible. Aún me encantaban mi nombre y yo.

Fuimos con Lu a mi baño, nos lavamos los dientes. Bajamos las escaleras en pijama al son de los gritos del teléfono de la casa. En el rellano de las escaleras, oí, lejos, la sirena de una ambulancia. Los ladridos de Seymour se desesperaron. Aceleré el paso.

Llegamos a la cocina calladitas. Mi papá estaba con el teléfono en la mano, ojos grandes, ojeras más moradas de lo normal. Viana estaba llevando una escoba y recogedor a la basura. Volvió, pálida, a adobar la carne para el almuerzo y le susurró a Seymour que sh, tsss, sh.

Domingo de lomo saltado. Nati no estaba los fines de semana; pero Viana, al igual que su tía, era muy eficiente, casi militar, horarios estrictos. Ni la fiebre la frenaba, ni sus gemidos suavecitos en el baño del tercer piso con Homero —el vigilante de día que, poco después de mi partida, se volvió su marido—, ni sus noches en vela, leyendo, leyendo hasta más tarde que yo. Viana, que me pedía libros prestados y con quien comentábamos toda la saga de *Los cinco* de Enid Blyton (siempre pensé que Enid era hombre, fue de mis

«autores» favoritos de niña): *Los cinco van de camping, Los cinco y el tesoro de la isla, Los cinco se ven en apuros*.

En la familia éramos cinco: mi papá, Viana, Lucía, Seymour y yo. Nati nos miraba desde otra edad, otro rol. Pero en la familia ya no habría *camping* ni tesoros, solo «apuros» (cagadas) de ahora en adelante. Vi un pequeño trozo de vidrio junto a la refri, se lo señalé a Viana. Le pregunté qué pasó, negó con la cabeza de manera casi imperceptible, mi papá descolgó y colgó el teléfono, que volvió a sonar de inmediato. Había tres vasos de jugo de mandarina recién exprimido sobre la mesa de la cocina, donde desayunábamos. Las arepas tostándose en el hornito. Sobretostándose, más bien.

Yo les había enseñado a Viana y a Lucía a hacer arepas como me había enseñado mi mamá, unas arepas apuradas, mazacotudas. Viana había perfeccionado la técnica. Arepas peruanas, las llamaba: crujientes, delgadas, pequeñas, casi como galletas de maíz. Fueron los únicos regalos que nos mandó mi mamá todos esos años de vida nueva: bolsas y bolsas de Harina PAN venezolana, «la mejor de las mejores para hacer arepas», escribía en un *post-it* o papel suelto dentro del paquete de entrega. Aún no la vendían en Perú.

Huele un poco a quemado, dije, y Lucía olfateó y dijo sí, sí, ichi huele!, a sus casi doce años que parecían menos. Pregunté: ¿papá? Viana apagó el hornito, recogió el vidrio con la mano. Mi papá volvió a descolgar y colgar el teléfono con un golpe fuerte. Suspiró. Disculpa, le dijo a Viana. ¡Negrito, ven, préndeme la vela!, gritó Lucía y movió el culito y se rio falso. En educación física le estaban enseñando bailes típicos del Perú tras un largo debate de inclusión e internacionalidad del Parent Teacher Association en el que participé una tarde, porque mi papá estaba muy ocupado.

Mi papá puso las manos en puño, miró al techo, miró al suelo. No nos dio el abrazo de buenos días de siempre, no nos preguntó su ¿cómo dormiste, reina? (a mí, que, aunque dormía más que Viana, dormía poco —las lecturas, el amor a distancia, la curiosidad), o su ¿lista para *il giorno, principessa*? (a Lu, que se había empeñado en meterse a clases de italiano porque su mejor amiga de turno era hija de un diplomático napolitano). Mi papá ni siquiera nos miró. Dijo: perdón, reinas.

Desde entonces, nunca pudo mirarme igual. Nunca como esa primera vez en que nos metimos juntos a la piscina de la casa de San Isidro, inaugurando nuestra vida nueva con chicha, chapuzones, Beatles de fondo; nunca más su mirada y la mía enternecidas, como cuando aplaudí y aplaudí y aplaudí fortísimo tras la charla que dio en el auditorio de nuestro colegio sobre la sutileza del humor en la literatura peruana; nunca más esa complicidad como cuando fue a mi concierto de canto en el ICPNA de Miraflores y, luego del concierto, mi profesora le dijo, tras un pisco sour en un restaurante con servilletas de tela y ceviche de lenguado, que yo no tenía un solo tipo de oído, sino que:

—Tu hija tiene los tres oídos —dijo la profesora. Sonrió un poco raro, se acomodó unas canas de su melena negra y larguísima detrás de la oreja derecha y comenzó a explicar lo que era el oído externo, el oído interno y algún otro que no recuerdo.

Quizás cogieron en algún punto ellos dos, por eso la cena después del concierto, por eso la profesora y sus favoritismos hacia mí, pero no me enteré. Mi papá nunca trajo una mujer a la casa. A Antonio Jeremías Ramos Valdivia —yo lo llamaba así, con sus dos nombres y dos apellidos, cuando quería hablarle de libros, o cuando

le daba algún discurso sobre lo que se sentía ser mujer, o cuando me molestaba con él por sus chistes imprudentes— y a mí nos pareció ridículo eso de los tres oídos. Él sabía tocar guitarra, había estado en un coro de pequeño, entendía la poesía a través de su melodía. Sabía perfectamente que yo cantaba casi desde que nací. En la cena, nos miramos y supimos. Decidimos, en los siguientes días, que yo no volvería a esas clases de canto. Para qué, si lo mío no era solo la música, me dijo una noche frente a la piscina; la música ya eres tú. Lo tuyo es más, ya vas a ver. Le creí y pensé en volverme abogada tras aquellas palabras de mi papá, que por fin me miraba como si ya no fuese una niña, sino una cómplice.

Unos cinco años después, aquel 4 de julio en la cocina, tras sus disculpas, mi papá se fue a su escritorio. Arrastraba un poco los mocasines y, junto a ellos, las medias largas, suavevititas, verde-oscuras que me encantaban y que a veces lograba robarle sin que se diera cuenta para usarlas en el invierno. Mi papá, a las siete de la mañana, ya estaba vestido de saco y corbata, su atuendo de trabajo. Trabajaba de lunes a domingo. Ese día tenía un traje negro claro, camisa celeste de botones, colonia en las sienes, cejas (enormes, poderosas, erráticas) ya peinadas. Uñas cortadas, corbata ausente. La corbata, decía, era solo para la gente insegura.

—¿Pa? —susurré mientras él salía de la cocina.

No me escuchó, o no quiso. Seymour había dejado de ladrar. Se había echado junto a la puerta corrediza de vidrio que daba al jardín interior. Observaba, muy concentrado, a una paloma que caminaba en círculos y que le daba uno que otro picotazo al pasto, que estaba muy tupido. Claro, pensé. Quizás el mal humor de mi papá tenía

algo que ver con el jardinero. Llevaba varios días sin venir. Tal vez era eso, no sé.

Lucía me miró, miró a Viana. Puso su mueca de prellanto, el labio un poco hacia arriba, la frente semifruncida. Le subí las cejas en un *ni te atrevas*, y no se atrevió. Relajó el labio y el ceño, se acercó a la mesa, cogió su vaso de jugo y se agachó junto a Seymour. Botó un poco de jugo al suelo. Viana le dijo qué haces, Lu, por Dios, ya sabes que no puede tomar nada más que agua ahora que está malito. Ya para, ya. Ya para, por favor. Lucía abrió la boca y sacó la lengua mirando al perro y jadeó y jadeó y jadeó hasta que Seymour se puso a lamer el jugo del suelo.

Viana lanzó una exclamación retenida. El ruido más fuerte que tenía, porque incluso sus gemidos con Homero eran tan, tan suaves. Había comenzado a picar la chirimoya para el postre del almuerzo y, por mirar a Lu y a Seymour —o por los nervios— se había cortado el dedo.

Sangró. Sangre, sangre sobre la tabla de cortar, de repente un par de gotas de sangre en el suelo. Sabíamos lo de Lucía, claro: su drama de agujas, de cuchillos, ver sangre. Le dije Lu, mejor subimos, hay que cambiarnos y bajamos a desayunar después. Sí, a cambiarse, coreó Viana, calmada, sonriente. Para Viana y para mí, la sangre era solo un elemento más, como los cerros o los escondites. Además de comedias románticas, nos gustaba ver películas sangrientas en el televisor enorme, desde *Kill Bill* hasta *Amores paramédicos*.

Lucía miraba a Seymour con esa tensión específica de alguien joven a quien le duele el corazón y aún no entiende la magnitud de ese dolor, porque no le cabe en el cuerpo. Yo ya había comenzado a

buscar dónde comprar un nuevo perro, para que la muerte no nos golpeará tanto, para que no golpeará a Lucía. Viana se envolvía el dedo herido con un poco de papel toalla. Seymour dejó de mirar a la paloma, cerró los ojos. Oí susurros frustrados desde la oficina de mi papá, la voz de mi papá, ¿el miedo de mi papá?, un par de golpes, ¿contra la pared, contra sus libros, contra el escritorio?

Viana se apretó el dedo cortado y limpió con más papel toalla las gotas de sangre y me señaló algo con la mirada. Miré. Era el periódico en una esquina del suelo, junto a la mesa.

—Ajá, Lucía, a mover el culéin —exclamé—. Si subes a cambiarte *ya*, vamos al cine en la tarde.

A Lucía se le olvidaron Seymour y el jugo de naranja, se le olvidaron el miedo de la mañana y los gritos y el silencio de su papá. Nuestro papá. Salió corriendo, ivamos, me juras que vamos! Habíamos dejado de ir juntas al cine desde que entré a la universidad.

Cogí el periódico del suelo. Titular de la noticia en primera plana del periódico que había recibido Kelvin, el vigilante de noche: «Desentierro de nueva tumba de vladvideos». Y en negrita, bajo el titular: «Ramos Valdivia, alias “El Profe”, sale de las sombras».

Después del *shock* inicial, las horas y los días y las semanas que siguieron a esa mañana, pensé muchas veces en que yo hubiese escrito un titular mucho mejor. Era malísimo. Desentierro y tumba, repetitivos. Vladvideos, un término inventado y sobreutilizado en el Perú de comienzos de siglo, una palabra que ya había pasado de moda.

Yo estaba empezando la carrera de Sociología en una de las universidades más antiguas de Latinoamérica, la universidad de

Arguedas, de Vallejo, de Varela, de Vargas Llosa. La universidad de mi papá. Mi papá, alias «El Profe».

Miré a Viana, que me miraba apretando su dedo cortado. ¿Estás bien?, le pregunté. ¿Te cortaste muy fuerte? Sí, sí, estoy bien, dijo. No hablamos del periódico ni de lo que decía. Subí corriendo a mi cuarto, aferrada al fin de mi ídolo: un papel. Leí. Leí otra vez. Entré al baño, me lavé la cara. Cara pálida, cara atropellada. ¡Ya estoy lista! Apareció Lu con su nuevo pantalón favorito (rosado, horrible) y una camisa de manga larga estampada con *2 good + 2 be = 4 gotten* que había heredado de mí. ¿Qué pasa?, me preguntó y le dije nada, Lu, tengo que hablar un rato con mi papá. Ve a desayunar, anda.

—Pero ¿vamos a ir al cine o qué? ¡No seas tramposa!

—Lucía, a desayunar. *Ya*.

Cogió a Monoliso de mi cama. Comenzó a decir algo, pero las ganas de ir al cine con su hermana mayor la retuvieron. Me hizo un saludo de soldada con la espalda recta, se dio la media vuelta y se fue marchando, rodillas muy arriba en cada paso. Quise sonreír, pero no pude. No me salió.

Volví a leer el artículo, parada junto al clóset. Mi cara muy cerca de la foto pixelada. ¿Sí es? ¿Es mi papá? ¿Es él? No puede ser, no puede. Es mentira. Es fraude. No sabía si bajar y preguntarle. Prolongué el momento. No quería saber la verdad, que me dijera sí, Male. Sí, reina. Lo siento, pero sí. Yo quería que no, que imposible. Mi papá nunca haría eso, cómo.

El artículo explicaba gran parte del cómo. Hablaba del fujimorismo, un poco. De los vlavideos, más. Sobre todo, de mi papá. En el colegio nos habían enseñado algo del fujimorismo,

aunque muy por encima, no fuera a ser que. Había un rumor de que la hija de Fujimori era muy amiga de un miembro del Parent Teacher Association. No se podía hablar mucho.

¿Qué hacía mi papá en este periódico, asociado a esta gente? ¿Cuándo? ¿En qué momento? Pero era él, era su foto. Sí era. Bajé. Oí a Viana y a Lu conversando en la cocina. Las palomas aumentaban el ruido con su cu-cu-cu-cu-cu-cú-cu /cu-cú-cu/ cu-cú. Las odié. Cállense, por dios. Acerqué mi oído a la puerta cerrada del escritorio de mi papá. No había voz, ni golpes. Solo las palomas y la cháchara de Lucía y Viana por mi oído derecho. Por mi otro oído, nada. Toqué la puerta.

—¿Pa?

No contestó.

—¿Pa? ¿Es verdad?

Toqué la puerta otra vez. Otra vez no contestó.

—Papá... Papá, ¿qué hiciste?

Mi papá, mi ejemplo, mi héroe, mi fan. Mi hombre de domingos por la tarde, mi abogado de lunes por la mañana. Mi amigo. Mi rey.

Escribo y revivo esos minutos; cada palabra, el peso de las nubes, Lucía comiendo arepas y tomando jugo en la cocina, yo en pánico sintiendo que podría sentir de todo a partir de ese momento, para siempre. Un hueco, un pozo, mi infancia entera y yo atragantándonos.

Lima, septiembre de 2011

Así fue mi despedida: mi papá en el timón (hablando por teléfono casi todo el camino, oye, compadre, tengo una nueva idea para un negocio, dame unos minutos y vas a ver), Lucía y yo atrás, mirando hacia delante. Estacionar en el aeropuerto. Bajar las dos maletas — las mismas que sacaría años después del piso de Rodrigo— y una mochila que se me perdió en algún punto de estos años. Lucía con la arruga entre las cejas muy pronunciada, los labios cerrados sobre esos *brackets* que acababan de ponerle y que aún le hacían daño por ser los primeros días. Seguro sangró toda la tarde tras cerrar tanto la boca.

Yo también estaba molesta, pero no con Lucía. A mi papá ni podía llamarlo papá. Desde ese 4 de julio: Antonio, a secas. Antonio, qué farsa. Antonio, qué indignante. Antonio. Antonio, he tomado una decisión. Me voy a España.

Estaba molesta y emocionada. Una vida al otro lado del continente y del Atlántico, lejos de las noticias, de los juicios, de la decepción. Lejos de que me despidieran, una por una, las familias con dinero, para las que hacía tutorías a sus hijos, niños y/o adolescentes. Cobraba cincuenta soles la hora que, para mí y en ese entonces, se iban convirtiendo en enormes ahorros. Pero no solo me quedé sin trabajo. Estaba también lejos de que me invitaran a los planes de fin de semana. Lejos de Asia, el balneario al que siempre había ido con una de mis mejores amigas de la infancia. Aquel balneario que parecía todo un continente separado del Perú, donde la pobreza no existía, donde la entrada para las distintas fiestas de año nuevo costaba el sueldo mínimo, donde las señoras de servicio tenían prohibido bañarse en el mar. A mí no solo me prohibieron el mar, me prohibieron ir.

—Male —me dijo por teléfono mi «una de mis mejores amigas»—, perdón, pero obvio que entiendes, ¿no? Solo es por un tiempo. Solo un poquito de espacio me ha dicho mi ma, solo por un tiempo, ¿ya? Entiendes, ¿no? Es que después de lo de tu papi.

Nunca volví a hablar con ella. Me mandó invitaciones de amistad por Facebook un par de veces cuando yo ya vivía en Barcelona, y hace poco me empezó a seguir por Instagram. Vi en sus fotos que se casó con un chico de nuestro colegio —aquella brillante y pesada burbuja—, que abrió un negocio de postres *light*, y que tuvo un hijo con una mancha morada en la frente.

Lucía no se quería bajar del carro. Dijo: yo espero aquí. La tuve que convencer fingiendo que me iría sin despedirme. Su intención era que yo perdiera el vuelo, claro. Mi papá hizo otra llamada sobre su nueva gran idea que nunca aterrizaría, aunque estaba a punto de aterrizar, esta sí, escucha: una librería en Miraflores que vendiera libros, café y vino, como en Europa o París o Buenos Aires, el auge de la literatura en el Perú, la cultura hecha negocio, etcétera. Pero la verdad era que nadie quería saber nada de él desde el escándalo. Al menos, no por un tiempo, hasta que saliera otro escándalo más grande y hasta que estuviese claro que él no iría a la cárcel.

—Nunca quiero volver a saber de ti —le dije una noche después de que un par de chicos, o un poco más de un par, me insultaran a gritos saliendo de clase en la San Marcos por ser hija de un corrupto de mierda.

Y me fui. Lucía no tenía nada que cuestionarle a mi papá. A mí sí, apenas le anuncié, en una de nuestras caminatas por el parque, que me iba a España. ¿De vacaciones? ¿Puedo ir? Sus ojos azules y enormes, su sonrisa diente de tiburón *prebrackets*, su universo de

mansión. No, Lu, no de vacaciones. Me voy a estudiar. Pero si ya estás estudiando. Sí, pero allá hay una carrera que aquí no hay. Pero allá no vamos a poder ir al cine juntas. Pero allá seguro no hay helado de lúcuma. Pero allá no hay nadie que conozcas. Sí hay. ¿Quién?

Barcelona, septiembre de 2021

Empiezo a salir de Barcelona y veo las estaciones, las plantas, el tiempo pasar. Es temprano, mi mente está débil, sin filtro. El tren que va a Gavà, donde queda el colegio, suele ir poco poblado a las siete y media de la mañana. Siempre hay sitio al lado de la ventana y la luz a esta hora es preciosa. Pasan los campos, pasan las casas, me imagino el mar, que está a solo un par de kilómetros de las vías del tren.

Para botarme de la casa, en agosto, Rodrigo me citó en una playa entre Barcelona y Badalona. El mismo lugar en el que habíamos decidido, una tarde de octubre, que nos mudaríamos juntos otra vez. Estaba sentado sobre la arena, mirando hacia el mar. Había una pareja jugando con su perro a la derecha, a la izquierda dos señoras tomando lo que quedaba de sol, aún en traje de baño. Me pregunté si llegaría a esa edad con Julia, si iríamos a tomar sol juntas.

Rodrigo no había ido a dormir a la casa por cinco días. Llamé a su prima preguntándole si tenía idea de dónde estaba. Ya sabes que a veces desaparece, pero tres días me parece mucho, le dije, y me dijo que no me preocupara, que más bien me fuese *ya* de ese peo, qué es eso de estar desapareciendo así, no joda, ya te lo he dicho.

Yo sabía que era algo grave. Salió una mañana muy temprano a su trabajo, después de que yo llegase ebria de las fiestas de Gracia la noche anterior. Intenté pasarme a su cuarto, pero me botó —creo que tuvo que darme un par de empujones dada mi insistencia. Me puse a llorar, le pedí perdón por haberme emborrachado, le pedí dormir juntos, por favor, pero no me acuerdo muy bien. Sí me acuerdo de sus movimientos al amanecer, golpes en el suelo, portazos de su clóset. Salí de mi cuarto, el dolor de cabeza como si me hubiesen apedreado el cráneo una y otra vez toda la noche. Él salió de su cuarto con su bulto de deporte. Le pregunté que por qué se iba tan temprano, no me contestó. Pensé que seguramente tendría alguna actividad, ciclismo en Collserola, meditación en grupo, algo así. Le intenté dar un beso. Me dijo que no había dormido en toda la noche. Me dijo, con asco: hueles a alcohol. Me dijo: hoy empieza una guerra que nunca en tu vida te hubieses imaginado y la voy a ganar.

Dentro de mi dolor de cabeza me sentí en *El señor de los anillos* o *Juego de tronos* o en alguna batalla entre dioses del Olimpo. Me imaginé en alguna ficción épica, exagerada, con montañas y espadas, rayos y musgo. No le di muchas vueltas. Pensé que ya se le pasaría —sus amenazas no escaseaban.

Esos días de agosto estuvieron llenos de incertidumbre. Volví a las fiestas de Gracia con Julia. Releí *Siddhartha*. Quedé con el Otro en un café. Me contó que por fin había comprado el pasaje, que iba a mudarse de regreso a su país, a estar más cerca de sus hijos. Me dio la mano, se la quité. Le dije que me parecía la mejor decisión. Me preguntó, una vez más, por qué no me mudaba con él. Le sonreí. Le dije que nunca había estado más convencida de que quería

intentarlo con Rodrigo. Que lo sentía en mi cuerpo, que iba a funcionar. Que lo nuestro había ocurrido solo porque pasaba el momento difícil de postpandemia, de bache en mi relación. Que ahora todo se iba a arreglar en mi vida y en la suya, solo que por separado. Y que siempre recordaría esa noche en que nos conocimos, esa única noche en que cogimos con cariño y varios *shots* de tequila en la sangre.

Un señor se sube al tren en la parada de Viladecans, donde hace poco hubo un secuestro que salió en las noticias. Lleva unos pantalones sueltos, sandalias que dejan ver sus uñas negras, una camisa del mismo color de las uñas. Carga un acordeón. Me quito uno de los audífonos. Empieza a mover el acordeón y canta en inglés, algo sobre la amistad y el hogar. Su canto me raspa como un lamento.

En algún momento de esos días en que Rodrigo desapareció, vino a la casa cuando yo no estaba. Dejó una nota en una servilleta sobre la mesa. Un poema:

Te veo el sábado 19.45 en la playa.

Sabes dónde.

Sé puntual.

Ahí sí me quedó claro que no era que algo andaba un poco mal, sino que algo andaba pésimo. Le mandé un mensaje, le rogué que volviera, le prometí que si volvía a tomar una sola gota iría a Alcohólicos Anónimos. Varias cosas más, hasta un *te lo prometo, Ro*. Este es un tema hereditario, genético, pero estoy dispuesta a

trabajarlo y lo haré. Por mí, pero sobre todo por nosotros, por nuestro futuro. No he tocado ni media cerveza desde esa noche.

Eso último era una mentira piadosa, necesaria. Pero decidí que la volvería verdad de ahí en adelante. Me compré una botella de vino y la vacié en el baño. Un acto simbólico, me dije, un verdadero nuevo comienzo. Quizás Rodrigo llegaría en cualquier momento. Prendí la televisión, me puse a ver *Pearl Harbor* en el Netflix de su prima. Él no llegó, no contestó.

Unas sillas más adelante una señora le da una moneda al señor del acordeón. Yo saco mi cartera, también quiero darle una moneda, pero solo tengo un billete de cinco euros. Él ya me vio sacar la cartera y se acerca. Le digo que canta muy bien. Titubeo. Cinco euros es mucho. Le doy el billete. Asiente, me sonrío, me desea un buen día, pasa al siguiente vagón. El tren llega a la estación de Gavà. Mientras bajo, alguien me empuja hacia adelante y casi me tropiezo, pero no. Escucho unas risas y volteo algo asustada. ¡Para, tío!, grita alguien. Veo a un adolescente flaco y ojoso gritándole a otro de pelo rapado y ropa negra muy pegada que cubre todo su cuerpo a pesar del calor. El flaco le dice al otro que qué se cree empujando así a la gente, que así no se hacen las cosas. El otro lo insulta en catalán, y le dice que ahora no se haga el santo. Esconde algo en el bolsillo, voltea hacia mí y me saca los dientes como si fuese un perro. Detrás de ellos aparece Gerard, que me mira un poco asustado y agarra la mano del flaco y le grita *vinga, Marc, tio!* No me saluda. Pienso si ponerme a discutir con los adolescentes, pero quizás Gerard podría asustarse más. Lo dejo así mientras Gerard arrastra al flaco hacia el colegio y el otro chico se va hacia otra dirección. De la mochila del flaco cuelgan unos guantes de box.

Reviso mi cartera a ver si está todo en orden y, en efecto, lo está. De alguna manera agradezco esta interrupción, porque ya no quería pensar más en la escena de la playa. Solo que ahora este agradecimiento me hace volver a ella. Y con cada paso vuelvo al pasado, a esa tarde que indicaba la nota, a la parada de metro donde debía bajar, a mi falda larga y a mí caminando rápido hacia el punto de encuentro. Veo a Rodrigo con más nitidez, Rodrigo sentado en la arena y mirando al mar, Rodrigo con la postura erguida, Rodrigo listo para atacar.

Ya no estoy en Gavà. Estoy en esa playa. El calor del sol me roza la frente, las olas me generan calma. Siento algo en el pecho, quizás esperanza. Cinco días sin vernos, sin hablar, sin tocarnos. Me siento junto a él. No se sorprende. Le intento agarrar la mano. Me la quita, me la arranca, y comienza. No me mira. Me dice que, por mi culpa, porque dejé mi computadora abierta un día y porque se la presto sin contraseñas, ha estado leyendo mis conversaciones hace semanas, hasta que ya no pudo más con el peso de mi traición. Claro que sospecha, que *sabe*, que tengo una relación paralela con un Otro y que sabe que yo he estado borrando conversaciones, escondiendo cosas, llegando borracha después de que me lama de arriba abajo otro imbécil, otro cobarde. ¿Cómo puedes ser tan puta? Siempre fuiste un poco puta, ¿pero tanto? ¿Cómo? Claro que ya averiguó su dirección, me dice, y claro que ha pensado mil veces en cómo matarlo a golpes, que no lo ha hecho solo por su madurez y su centro y su respeto a Chopin, a Freud, a Francisco de Miranda. Le digo que pero, y me dice que claro que él pudo estar con Otras, que yo también hubiese podido estar antes, pero que ya no, que ese ya no era el acuerdo, porque por fin nos estábamos dirigiendo hacia un

punto en común. (Quise preguntarle qué punto, pero para qué). Que soy alcohólica, que soy traicionera, que estoy hecha del guano hediondo que corroe todas las costas de mi país de mierda. Ni siquiera tu país, tú eres mierda, y tu otro tipo ese de mierda, dice, con todas las cochinadas que seguro hiciste, cada día, cada noche que llegabas tarde y cayéndote como una prostituta borracha, dice, escupe. Puta, grita. ¡Putas! La gente voltea. Le juro que no fue así, le ruego que no, pero él no quiere escuchar. Solo sigue y sigue. Y sigue.

Lima, febrero de 2026

En inglés, mi nombre significa macho. Male.

Male: malentendida, maleducada, malestar, maleza, malear, maleante, maletas.

Malévola, m'alegro, maleidi (ma lady).

My lady. My queen. Mi reina.

Macho. Por años, desde que supe pensar hasta como los doce, quise ser hombre. Quería ser como mi papá. Las mujeres me parecían un poco débiles, un poco estúpidas. A las niñas les gustaban las barbies, la moda, La Sirenita, y las adultas ni siquiera sabían escribir bien. En las clases de español, en las clases de inglés, todos los libros o relatos que leíamos estaban escritos por hombres. Los intelectuales peruanos importantes eran hombres, los intelectuales ingleses importantes eran hombres.

Con el tiempo lo superé y me volví lo contrario, una name dropper de lo femenino. Buscaba autoras mujeres, filósofas mujeres,

astronautas mujeres. Pero Male siempre está conmigo; cuatro letras y dos sílabas que se han convertido en un peso. Soy como esas viejitas catalanas que salen cada viernes de la carnicería y empujan el carro de compras lento, lento, parando cada tres metros durante las dos cuadras que hay entre el mercado y su casa. A ellas les pesan las morcillas, los chuletones y el vino; a mí me pesa Male y me pesan todas las cosas que fui y que ya no seré. Male con vestido largo y caro de quinceañera en el Club Nacional. Male arrasando en los debates de Model United Nations por las capitales menos dañadas de Latinoamérica, recibiendo medallas y felicitaciones y promesas. Male alcoholizada y tropezándose consigo misma por las calles de Barcelona. ¿En qué punto pasó eso? ¿Fue mi papá? ¿Fui yo?

Pero eso ya no importa. Lo que me pesa es la Male que soy ahora, la Male aterrizada en este virreinato, de regreso a un país de machos que se creen lords y otros que aceptan, o no tienen otra opción, que ser esclavos; mujeres que, si no compiten, «seguro son lesbianas» (dicen las que compiten); parejas fieles y posesivas que se van a tener sexo, por separado, a otros colchones de otros países con una tercera persona de esta misma ciudad. Y el chisme, el incansable chisme. Los rumores. Los apellidos. La comparación. El resentimiento. La envidia. En la salida de una obra de teatro: un gusto, Male, oye, ¿Male qué?, ¿de qué colegio?, ¿hija de tal?, ¿nieta de cuál? (Insisten e insisten, pero te logras escapar; por suerte, tu apellido es muy común). En el trabajo: ¿y tú dónde viviste de chibola antes de irte? (Insisten e insisten hasta que dices la semiverdad, murmuras Lince, nunca confiesas San Isidro, pero los colegas te van sacando datos hasta que aahh ya yaaa, con eso ya te ampayé ya, la

pituquita y se ríen detrás de sus vasos de gaseosa con un solo hielo). ¿A quién te estás haciendo?, ¿qué gasolina le echas a tu carro? Taque. ¿Quién es tu contador?, ¿cómo le pondrías a tu hijo si tuvieras?, ¿vas a tener?, ¿a cuántos chicos te has hecho en tu vida? Asu. Si no es molestia, ¿cuánto cuesta tu depa?, ¿por qué nunca hablas de tu vieja? Y así, y así, así hasta que te colocan la etiqueta exacta que te corresponde en Lima, según el siglo XVIII.

Esta es una de las cosas que escribí el primer año de mi regreso de Barcelona a Lima, la primera que se me aparece en el taxi camino al hospital a ver a mi hermana. Puse modo avión y abrí la sección de «Volver» en las notas del teléfono para pensar en otro tiempo, en otra cosa, en la escritura. Pero leo y cada palabra se vuelve más egocéntrica que la anterior, cada párrafo me ahuyenta con su insignificancia. Qué carajo importa un nombre, un apellido, si igual se va a terminar.

Vuelvo a la realidad, al meneo del carro, a las motos que pasan junto a mi ventana a toda velocidad. Nada tiene sentido mientras me ahogo en este olor a aromatizador de cítricos. La mano me sigue sangrando un poco, me vuelvo a lamer la herida para no hacer desastres. El taxista me mira por el retrovisor, sube las cejas y me pregunta si necesito ayuda. No, gracias, es solo un corte, respondo.

Él saca un estuche de la guantera, lo abre, me ofrece alcohol y algodón. Me dice que no me preocupe, que ya ahorita vamos a llegar a la clínica, que me ponga esto por ahora. Me dice que su hijo se ha graduado de médico y que esta ha sido su mejor recomendación: siempre hay que tener un kit de primeros auxilios en el carro. Me dice que su hija está estudiando Administración de

empresas mientras le agradezco el alcohol y el algodón. También agradezco que me duela algo físico, que me arda la mano. Solo por un momento, puedo dejar de pensar.

Ayer me lo anunció, a pesar de su intento de risa. Una risa de ojos chinitos, de ojos un poco menos azules con el paso de cada hora, de cada minuto. Me lo anunció a pesar de que me insistiera suavemente que ya se sentía mejor, que quería dormir sola, que necesitaba un *break*. No seas intensa, me dijo, y supe, aunque no quise saber. Lo vi en su piel, en la sombra sobre su almohada. Lo vi, pero no quise ver.

Yo no le pregunto, pero el taxista me dice que está muy orgulloso de sus dos hijos. Le digo que qué bueno mientras me pongo más alcohol del necesario sobre la herida. Quiere hablar. Le pregunto qué estudió. Ingeniería electrónica, responde. Y responde más: en los años ochenta y noventa instalaba equipos de repetidoras para Panamericana TV y para Frecuencia Latina. Cuando trabajaba en Frecuencia Latina fue el atentado de Sendero Luminoso contra su sede. Pero él cree que no fue Sendero Luminoso, sino que fue el gobierno para unir a la población en contra del terrorismo.

Cuenta que cuando iba de pueblo en pueblo, en las carreteras del interior, llevaba tabaco, pisco y antibióticos para que los terroristas lo dejaran pasar sin problema hacia el siguiente destino. Luego dice: y no creas que el terrorismo salió de la nada, ah. El terrorismo surgió por el abuso que había de los policías y los militares y otras autoridades, que autoridades no son, pues. No son. Nunca han sido. Te lo digo porque yo sé, yo soy de la sierra. ¿De dónde?, le pregunto y me dice que de Puno. Dice: explotaban a la gente. En esos pueblos donde no llega nadie, por allá te digo, toda, todita la sierra,

casi todo el país. Los policías, por ejemplo, violaban a las mujeres y no había justicia para ellas ni para sus familias. Eran los más temidos, los más monstruos. Unas bestias. Las bestias nacen de las bestias.

Ayer, en la clínica, le pedí a Lucía que jugáramos un «yo nunca» (con suero en vez de trago) sobre lo que nunca supimos cuando estuvimos lejos, como tu primer beso con *brackets*, le dije, o la noche en la que me emborraché trabajando en un bar del Port Olímpic. Me dijo, despacio, que ese juego es malazo, que yo ya sabía todo lo importante de su vida y que si le quería contar algo, que se lo contase de frente. Dije ok, empiezo: yo nunca he tenido sexo con un burro. Se rio un poco hasta que comenzó a toser. Le acaricié la frente, las cejas, la arruguita, me dijo deja y me dijo que claro que has cachado con un burro, ese huevón. Le sonreí. No podía creer su humor a estas alturas. Que siguiera hablando como si nada, incluso con la respiración que se le atracaba, el dolor de sienes, de venas, de cuerpo entero.

Le dije: ajá, te toca. Tosió otra vez, negó con la cabeza. Le dije que ok, ok, mejor solo hablamos de una anécdota que recordemos, una nueva que no hayamos contado. Quería que se durmiera, una vez más, junto a mí, para después soltarme poquito a poco de su abrazo con vías y acostarme en el sofá-no-cama, mirando su vida.

Anda, ayúdame, un cuentito más del viaje a México, solo uno, para el libro, le dije, o de cualquier otro viaje, le pedí, o de la casa, de la piscina. Como si un recuerdo pudiese frenar el futuro. Se negó. Sh, me dijo. Anda a dormir, ya te toca dormir bien, tienes unas ojeras de hipopótamo. Me pidió que le trajese un jugo de piña fresco mañana, que ya es hoy. La abracé. No soy un hipopótamo, me

quejé, pero ella ya había cerrado los ojos, su respiración más tranquila. No hubo forma de negar, en ese olor a transparencia con alcohol, después de más de cuatro años, que el final era inevitable.

Le hago más preguntas al taxista para que siga hablando, para que no me pregunte. Sus palabras, su tono firme, su manejo sin frenazos, me acompañan, a diferencia de la luz que casi no existe en esta mañana limeña. El cielo, aunque sea febrero, amaneció gris. Cierro los ojos, trago saliva. Me aseguro, una y otra vez, que ya vamos a llegar.

Barcelona, septiembre de 2021

Lo único que me pidió Julia a cambio de prestarme su apartamento fue que regara las plantas, así que voy a hacer un experimento. Tengo tiempo para experimentos. Es viernes sin trabajo. Hay tres grados que tienen una excursión; me llamó una de las profesoras de primaria minutos después de que saliera hacia el colegio. Se disculpó, tía, perdona, ya sabes cómo va esto, vamos a tope y entre tantas cosas se le había olvidado que eran las clases que me tocaban y que hoy yo no tenía que ir a enseñar. No entiendo cómo tienen excursiones desde ya, le dije, ¿no acaban de empezar? Ya, tía, bueno, *ja saps com va*, repitió. Me regresé a la casa. Ayer ni siquiera tomé alcohol, así que estoy sin resaca y con todo el día por delante, sola. Qué ilusión.

Mi abuela decía que las plantas sienten todo lo que pasa en su entorno. Hablaba siempre de un famoso experimento que habían hecho unos científicos en Europa:

—Le pusieron a un grupo música de Mozart, al grupo A, y a otro grupo esas huachafadas de rock, eso fue al grupo B, y eso que eran las mismas plantas, creo que eran flores, seguramente tulipanes si el experimento era allá. Y adivinen qué —pausa dramática, yo le intento dar un poco de pastel de choclo a una hormiga junto a mi plato, mi papá levanta por un segundo la mirada de su libro—, *adivinen* —no contestamos, prosigue—: las que crecían con Mozart eran bellas, radiantes, *irradiaban* luz, mientras que las del otro grupo de rock, pobrecitas, terminaban secas, casi muertas. Las plantas *sienten*, y no solo la música, sienten todo lo que pasa en su entorno, *todo*, las conversaciones, la contaminación. Las plantas son seres vivos —nos aseguraba la abuela a mi papá y a mí.

Lucía estaba sola en el jardín. Desde muy chiquita, se podía quedar un buen tiempo con la mirada fija en una flor, una rama, una raíz, una hoja, esperando a que se posara, en cualquier momento, una mariposa, una abeja o un colibrí. Lucía y la naturaleza. No me acuerdo de la imagen exacta de Lucía en ese almuerzo, pero sí de la de mi papá y su libro, los ojos saliendo de la lectura solo unos segundos para fingir que escuchaba a su mamá. Fue una de las últimas veces que vi a mi papá leyendo con tanta tranquilidad. Poco después, le llegaría una oferta, la primera oferta «muy importante» del gobierno para formar parte del recientemente inaugurado Ministerio de Promoción de la Mujer y del Desarrollo Humano.

Yo no me interesé nunca por las plantas, pero sí por el rock, género musical que unió a mis papás en un concierto cuando vivían en México en los ochenta. Fui fan del rock hasta que pasó lo que pasó con mi papá y me retiré de Lima. Por un buen tiempo en Barcelona, pensaba en mi abuela mientras buscaba un nuevo género

que me definiera y que no tuviese nada que ver con mi papá ni con AC/DC ni con Rod Stewart. Quizás le hubiese dado un real chance a Chopin si no lo hubiese escuchado tanto (a él y a sus compadres) en aquella temporada en la que Rodrigo se volvió apóstol de un filósofo que decía que la música clásica debía escucharse a lo largo de todo el día y de toda la noche para llegar a la armonía con el universo. Cocinar con música clásica. Hacer yoga con música clásica. Ver series con música clásica de fondo. Dormir con música clásica. Pensar con la vibración de la música clásica. Discutir por encima de la música clásica. No tener orgasmos (ninguno de los dos, por meses) al ritmo de la música clásica.

Si las plantas sintieran todo lo que pasa en su entorno, todas las plantas de la casa de Rodrigo estarían muertas después de nuestra relación; pero cuando me fui, Rodrigo ya había comenzado a armar lo que denominó «el vivero de la autosuficiencia»: tomates, albahaca y un desván de hongos alucinógenos. Si las plantas realmente sintieran, en el jardín de la casa de mi papá solo habría hierba mala, y no esa cantidad de buganvillas floridas que no dejan de trepar por las paredes.

Pero quién sabe. Tengo tiempo, me pica la espalda, no quiero salir, no puedo leer, no quiero ducharme por tercera vez desde que me desperté. Quiero entender qué pasa con ese experimento del que hablaba mi abuela, si es verdad que las plantas pueden dejar de ignorarnos y ser nuestras compañeras, no nuestras mascotas. Quizás las plantas son mejores compañeras que los humanos. Al menos, mejor que los hombres.

Los hombres. El martes vi a un amigo mexicano que me cogí el fin de semana pasado. Miguel. Me había invitado a tomar unos vinos

en su casa. Con Miguel ya había cogido una vez, en uno de mis *breaks* con Rodrigo. A Miguel, Julia le puso el apodo de «*Fast and Furious*» porque el joven, tras terminar en dos minutos, me dio un piquito, se vistió y, mirando al techo, dijo que se había dado cuenta de que tenía cosas que pensar, que estaba en una relación platónica con su ex. Volví con Rodrigo un par de días después.

Ahora que Miguel se enteró de que estoy en una nueva terminada (se enteró porque se lo escribí una noche tras varias cervezas y lectura en el balcón), me ofreció lo del vino en su casa. Me pidió perdón por el mal *performance* de ese día hace tanto tiempo; me habló de las sesiones con su terapeuta, de sus intentos de cambio y mayor respeto (usó la palabra *respetuosidad*) hacia los otros. También me dijo que no tenía mucha esperanza en la humanidad. Yo le respondí que su performance, sin cursivas, son cosas que pasan; que en algún punto me consideré una potencial alcohólica, pero que yo sí veo esperanzas porque estoy aprendiendo a pasar días, incluso de lunes a jueves, tomando solo agua con gas. Entonces él me contó sobre un cáncer de tiroides en su adolescencia tardía, yo le conté sobre una prima segunda que se suicidó en mi infancia, él me contó sobre su hermano que vive en Nueva Zelanda, yo le dije que alguna vez fui alumna de flamenco en Lima, y terminamos bailando salsa medio mexicana y cogiendo. Esta vez, se lució.

Al día siguiente me escribió que estaba muy ilusionado, que me quería dar un regalo. Aguardaré impaciente, morrita, hasta nuestro próximo encuentro, que fue dos días después, un martes, en el que me invitó a cenar tailandés. Me dijo que tenía que presentarme a alguien muy importante, me regaló un libro de relatos de Denis Johnson (traducido al castellano, con una dedicatoria sobre

amaneceres y locura) y me aseguró que estaba muy ilusionado porque se había dado cuenta de que valoraba mucho nuestra amistad. Me dijo que soy una sobrepensadora como él, y que lo ideal sería dejar la relación carnal de lado para poder crecer y compartir juntos como intelectuales. Le dije que no, gracias.

En estos últimos días de agua con gas, nombré a cada una de las plantas. Patricia es la palma de la entrada; Tracy, el helecho junto al baño; Elena, el romero del balcón. No sé si son palmas ni romero, pero al menos dan esa impresión. Con dos semanas aquí ya nos hemos ido conociendo mutuamente. Ellas, conociéndome bastante bien: desnuda, que es como paso la mayor parte del tiempo en esta casa. Elena es la única que me ve con bata, cuando salgo a tomar una que otra *kombucha* y comer quesos (ha sido un regalo volver a la lactosa, con Rodrigo éramos veganos) y mirar a los transeúntes y aburrirme de sus pasos, de sus sonrisas, de sus complacidas rutinas en Barcelona.

Barcelona, la ciudad más preciosa, donde te enamoran sus calles anchas, su luz por la tarde al otro lado del mar, su vino barato y bueno, sus *perruqueries*, sus *castellers*, sus fiestas del barrio, y que nadie sepa quién eres y que a nadie le importe. Barcelona, donde hay reciclaje a máximo cada tres cuadras y donde doblas una esquina y te encuentras con la Sagrada Familia o Santa María del Mar o una escultura de Miró. Barcelona, donde te meten mano en algún bar si es muy tarde, pero al menos puedes denunciarlo a la policía y todos se indignan en lugar de burlarse de ti. Barcelona, donde tienes relaciones tóxicas, pero tanta otra gente con quien coger para darte cuenta de que hay opciones. Solo que nunca hay una sola opción; hay muchas, dispersas, descomprometidas.

Saco una cerveza de la nevera. Ya es mediodía. En abril, antes de irse al Camino de Santiago, Rodrigo me dijo que ese trayecto podría ayudarlo a pensar sobre qué hacer con nosotros. Que ya no estábamos en el mismo barco, etcétera. La metáfora del barco empezó poco después de que mandaran un correo desde la finca que le gestiona el edificio donde vive —donde yo viví con él— a todos los vecinos. Decía el correo que no pueden estarse tirando latas de cervezas vacías al entresuelo, que esto no es un basural, que se espera mucho más de los residentes y que estas conductas son inaceptables, irrespetuosas, irrepetibles. Rodrigo me lo leyó (los correos solo le llegaban a él), preguntó si había sido yo, le dije no, cómo se te ocurre, quién crees que soy. La verdad es que creo que sí fui, una noche en que estaba tomando cervezas en la bañera mientras él tenía una reunión en la sala, *online*, con su grupo de hongos alucinógenos. Como sabía que él tenía reunión, me traje un *six pack* de donde Hakim en la cartera después de haberme tomado una botella de vino en un almuerzo del trabajo en el que no comí —estaba ansiosa, no tenía hambre. Me metí al baño. Subí el volumen de mi celular haciendo como si escuchara un *podcast* cuando en realidad estaba abriendo cervezas y jugando con el agua de la bañera, como jugábamos con Lucía en esos baños en que la tenía que convencer para que se metiera. Recuerdo, en algún punto, pensar que no podía botar todas las latas vacías en la basura de plástico porque habría, nuevamente, un comentario sobre mi falta de voluntad.

La idea es regar las plantas con cerveza para ver si ellas se relajan un poco, si la cerveza las hace durar más sin ser regadas. Con cervezas, los humanos y yo duramos despiertos más tiempo que

con agua. Seguro pasa lo mismo con las plantas. Las riego y el gas se queda un rato sobre la tierra, desaparece poco a poco. Casi puedo oírlo ser absorbido. Me pregunto si mi estómago absorbe el gas como lo hace la tierra, o si las burbujas se quedan dando vueltas por horas alrededor de mi cuerpo, en mi cerebro. Me siento en el sofá y pongo una *playlist* de rock en mi teléfono. En algún punto, me quedo dormida. En otro punto, me levanto. Otra ducha, salgo, vuelvo al sofá.

Antes de dirigirme hacia la próxima cerveza, mi mirada vuelve a toparse con el cuadro largo que está apoyado, vertical, en la esquina junto a la entrada. Es casi de mi tamaño. Lo noté como al segundo día que estuve aquí, después de que se me pasara la primera borrachera, pero no he visto qué tiene pintado porque está mirando hacia la pared. En la esquina de abajo hay una mancha o unas iniciales en negro que no puedo distinguir; parece una luciérnaga.

No he querido voltear el cuadro hasta ahora. Una de las amigas de Julia es artista. Pinta plátanos deformes y berenjenas marrones y palos de escoba tachados por grafitis que dicen *visca el feminisme*. Me agobian las feministas y probablemente el cuadro es de ella, pero como es mi día libre, por qué no. Qué es lo peor que podría pasar. Lo volteo con los ojos cerrados, con miedo a lo que voy a encontrarme. Los abro poco a poco. Me acuerdo de la risa de Lucía, cuando jugábamos a cerrar los ojos por un minuto entero y luego a abrirlos muy lento y actuar como si estuviésemos en otro lugar, en India, por ejemplo, como *La princesita*, o en los Alpes, como los hijos del capitán von Trapp.

No hay plátano ni berenjena. Hay dos ojos verdes. Labios finos. Una cicatriz casi imperceptible en el cachete. Pelo que llega hasta los

hombros. Tetas (itetas!), pequeñas, pero ahí, un poco caídas. Unas areolas claras rodean los pezones. Un torso que no reconozco, una cintura que no era mía hace años. La negrura gruesa de una vagina sin depilar. Muslos que casi se tocan, rodillas reseca. Los pies descalzos lucen uñas que, sin duda, tengo que cortar.

Subo los talones para ponerme de puntillas. No sé cuándo fue la última vez que me vi en un espejo de cuerpo entero. A Rodrigo no le gustaban; decía que eran la encarnación de la vanidad. Me volteo, me toco las nalgas. Estoy más gorda, más presente. Ocupo más espacio en el mundo. Siento un cosquilleo en el cuello y me volteo otra vez, subo los brazos. Saco el labio inferior. Saco la lengua. Pongo sevillanas, bailo un poco. Pongo sardanas, pongo merengue, pongo reggaetón y bailo más. Mis ojos brillan como los de algunos de mis alumnos antes del recreo. Como los de Lucía cuando iba a buscarla a sus clases de dibujo.

Me pongo la bata, bajo las escaleras. Le toco el timbre a Mirta. Me abre, bosteza, joder, qué calor. Me ofrece mate. Le pregunto si por casualidad tiene maquillaje. Le digo que tengo una reunión importante y que todo mi maquillaje se quedó en algún rincón de una casa en Lima. Es verdad, porque desde que llegué no he vuelto a tener maquillaje. Siempre hay amigas que me prestan. Como tú, le digo, y me dice que soy una boluda, que cómo puedo vivir sin maquillaje. Le digo que va un poco en contra de mi forma de ser y en pro de la austeridad. Iba, perdón, *iba* en contra. No le digo que a Rodrigo no le gustaba. Me mira raro, arruga la frente. Me hace pasar. Entra al baño, hace mucho ruido y vuelve con un estuche morado de plástico.

—Te lo regalo, querida. Maquillaje de mi juventud. De la mejor calidad. Todo para ti.

—¿Qué?

—Tomá, aceptalo. No puedo tener una vecina sin maquillaje. Ni loca.

Me río, se lo agradezco. Me pregunta de qué es la reunión. Le respondo con evasivas, me aprieto el amarre de la bata. Le pregunto si piensa que me veo muy gorda. Sos un palo, responde. Gorda mi abuela, responde: lo que sos es un pibón.

—¿En serio?

Ella vuelve a fruncir el ceño.

—Vos también —le digo.

Se carcajea, me dice que lo sabe. Le agradezco por el maquillaje y vuelvo a subir.

Creo que exagero un poco, en especial en los párpados. Tonos naranjas y marrones y un dorado con escarcha. Me cae un poco de escarcha en el cachete. Lo intento mejorar con un tutorial de internet, funciona. La adolescente del tutorial dice que es el *look* de «*this girl is on fire*». Me pinto los labios. Me río. No puedo creerlo, llevo como media hora en esto. Busco entre la ropa en mi segunda maleta. Me pongo una falda corta que no usaba hace tiempo. Una camisa que ahora me queda demasiado apretada y que cambio por otra más suelta. No puedo dejar de mirarme al espejo. ¡Mis tetas!, grito. Me río otra vez.

Pocos minutos después ya estoy en la calle y voy hacia los Cines Icaria. Busco la programación en mi teléfono. No hay nada interesante. Sale que pronto se estrena la próxima de 007. Es de los pocos cines en la ciudad en el que las películas no están dobladas al

español. La película que dan más pronto parece de vampiros. No me interesa, pero no he ido al cine desde que empezó la pandemia. Voy al *supermercat* más cercano al cine a comprar dos latas de cerveza de medio litro y una bolsa de cotufas. Palomitas, tengo que aclararle a la mujer que mira algo (¿una telenovela, las noticias?) a máximo volumen en su teléfono en un idioma que no entiendo. Ella levanta la mirada. Cuando me ve, da un pequeño salto en su silla. Palomita segundo pasillo, dice. Las busco, vuelvo, pago. Pareciera que tiene algo que decirme, pero no lo dice. Quizás es mi imaginación. El de la taquilla del cine tiene una reacción similar cuando me ve. Debe ser porque no hay casi gente en el cine a esta hora. O porque me puse rápido y mal la mascarilla, hasta cuándo las mascarillas. O por mis ojos, llenos de adrenalina.

Me da la entrada. Tengo mucho cuidado al caminar y pasar por el que acepta el boleto para que no escuche el crujir de la bolsa de cotufas dentro de mi cartera (son muy caras en el cine). No escucha, solo dice: *sala tres, a la dreta*.

Tienes que aprender a manejar los impulsos, me insistió la psicóloga en alguna de las pocas sesiones a las que fui. Me dijo: de eso se trata la adultez. GK, el profe de meditación, también explicaba cómo la respiración puede ayudarnos a observar lo que sentimos en el cuerpo, solo observar, en lugar de reaccionar todo el tiempo a lo que nos pasa.

En el retiro de diez días, pasábamos una hora entera en la mañana y otra en la noche sin movernos, sin rascarnos, sin quejarnos, sentaditos con las piernas cruzadas, los ojos cerrados y el cuerpo en sufrimiento. Las rodillas, la espalda, la cabeza, el pie izquierdo adormecido, el muslo derecho a punto de reventar.

Calambres, tortura. En algún momento me pregunté si estaba loca, si autoinfligirme dolor por no moverme no sería un poco masoquista, si no había ya suficiente dolor en el mundo, y en mi mundo también. Pero a partir de un punto, en el cuarto día, me pasó lo que él aseguraba: después de unos larguísimos minutos, pasaba el dolor. Todo pasa, nos decía GK en sus charlas por las noches, hay que aprender a ver a través del cuerpo cómo todo pasa y todo cambia. Tras mucha práctica eso se verá reflejado en nuestro día a día, en nuestras acciones, en nuestras decisiones, en nuestra comunicación. Mucha, mucha práctica y disciplina. Eso es la paz.

Pero yo hace tanto que no medito. Imposible. La paz es más difícil que mover el cuerpo. En el cine, después de las cervezas, empiezo a sentir el impulso. Bueno, lo siento casi todo el tiempo. Pero esta vez, al igual que muchas otras, me gana.

Salgo de la película y voy a la playa intentando *no* actuar. En el mar la vida es más sabrosa y el cuerpo lo sabe, o ansiedad de tenerte en mis brazos, o negrito, ven, préndeme la vela. Cosas así me pongo a pensar y cantar para borrar de mi cuerpo lo que en verdad quiero hacer. Llego a la arena, intento meditar muy cerquita de ese mar sin olas. La brisa sobre mi cara, el olor a plástico de la Barceloneta, los gritos de los jugadores de vóley.

Pero no puedo. Entonces decido que será mejor meditar con mojito en mano y me voy a comprar uno al chiringuito. Es viernes de celebración, no he tomado alcohol en toda la semana. Cuando vuelvo a mi punto en la arena, está otra persona sentada justamente

al lado del hueco que acaba de dejar mi culo. Una chica más o menos de mi edad, con *dreadlocks* y un tatuaje de «*carpe diem*». Su mirada está muy concentrada en un punto de su muñeca izquierda: tiene que estar completamente pegada. Coca, hongos y demás. Se nota que es turista y le pido en inglés si por favor puede arrimarse un poco porque este es mi *designated spot*. Me pregunta en catalán que qué le pasa a mi cara. Le digo que nada, qué va a pasar, es maquillaje. Me dice tía, *semblas un pallaso*. Le respondo que tú pareces una— y lo digo. No sé de dónde me sale esa barbaridad. Algo que nunca en mi vida había dicho. Nunca. Me doy cuenta de que algo está muy, muy mal. Mis impulsos. Me dan ganas de llorar.

De chiquita yo siempre abría la boca, pero nunca así. De adolescente también. Y de joven, más. En especial cuando pasó lo de mi papá. Un día, poco después de la noticia, volvió muy, muy tarde, con los ojos rojos del cansancio. O de la vergüenza. Lucía y yo seguíamos despiertas; Viana estaba de vacaciones. Mi papá se me acercó a darme un beso, lo aparté. Le había quitado el habla. Le quité el habla por semanas. Luego, monosílabos.

Había leído en una novela que los *amish* dejan de hablarle a la gente cuando tienen un mal comportamiento en la comunidad, cuando hacen algo poco ético, como robar. La comunidad hace como si la persona no existiera. Las examigas le cierran la puerta en la cara. La pareja deja de tocarla. Ni siquiera los hijos le pasan la sal. Así me puse con mi papá.

Él comenzó a ir a juicio tras juicio para escapar de los años de cárcel. Ese día que llegó con los ojos rojos venía de un juicio, olía a dulce. Me convencí de que había estado en un prostíbulo y lo odié

más, pero como no le estaba dirigiendo la palabra, no pude decírselo. Tampoco podía decírselo a Lucía, cómo y para qué.

Ella no preguntaba mucho, quizás no quería saber. Él siempre nos trajo regalos, pero empezó a traernos muchos más después del episodio. Yo dejé de aceptárselos, las entradas al teatro, las bufandas de baby alpaca. Me consiguió una copia de no sé qué siglo del *Quijote* y la vendí. Comencé a manejar mis ahorros con pinzas, a crear hojas de cálculo, a planear mi partida. Se enseriaron las conversaciones de mudanza con Rodrigo a Barcelona. Retomé mi negocio adolescente de repostería y me puse a vender queques de plátano y alfajores en la universidad, pero tuve que bajar el precio porque nadie pagaba lo que sí habían pagado las mamás de mis amigas del colegio. Era mi primer año en la Universidad de San Marcos y todos me miraban mal, incluso los profesores. Al menos, eso sentía. Comencé a trabajar de recepcionista en un hotel, donde nadie sabía que era hija de mi papá. Y cada vez que mi papá podía oír, hablaba de lo terrible que era lo que él había hecho. Imperdonable. Latinoamérica, un continente de mierda, de mesías y metacorrupción. Y Perú, la epilepsia convertida en país. Todo esto en diálogos inacabables por Skype con Rodrigo. Lo que antes eran conversaciones escondidas comenzaron a ser manifiestos con la puerta de mi cuarto abierta. Mis únicos problemas eran Lucía y no poder mostrarle tanto mis jóvenes tetas a Rodrigo por la *webcam*. Comía bien. Me gustaba mi cuerpo. Pero me dejó de gustar de dónde venía ese cuerpo, esa yo.

El cuerpo de la chica del tatuaje es bastante más grande que el mío. Ella me agarra de las muñecas, me dice que cómo se me ocurre decirle eso, ya en castellano. Mi primer impulso es escupirle para

que me suelte. Es entonces cuando entiendo por qué Rodrigo me escupió ese día en la playa, luego de decirme todo lo que me dijo. Fue su impulso. A todos nos pasa. Probablemente está ahora mismo arrepentido en su apartamento que aún es nuestro, si yo le dejé pagado todo el mes de septiembre, si ahí sigue la mitad de mis cosas.

Le pido disculpas a la chica después de que un par de turistas se acercan a ver qué pasa. Le digo que *perdona, tens tota la raó* en el mejor catalán posible, *ho sento molt, tia, no sé qué em passa*. Lo siento mucho. También lo siento por mi mojito de diez euros que se cayó a la arena. Y así, me cae encima el verdadero impulso: ir a su casa. Nuestra.

Cojo el metro, pero no sin antes comprarme otro mojito. Me da hipo, un hipo tan intenso que se me mueve el vaso más de la cuenta. Estoy nerviosa y un poco de mojito cae sobre las piernas de una *yaya* (que es abuela) y comienza a gritarme más fuerte que la tipa de la playa. ¡*Guiri irresponsable!* (que suena como *guiri irresponsable*, porque lo grita en catalán y me da un poco de risa). La gente alrededor se indigna y llegamos a la próxima estación donde hay dos *mossos d'esquadra* con un perro, porque es la línea de metro donde más se trafican cosas. Los policías, uno como de mi edad y el otro como recién salido del acné, se escandalizan con el escándalo. Los intento calmar, les digo que solo se me cayó un poco de moj —estoy tomando alcohol en el metro, donde no se puede tomar, no legalmente. Me piden mi DNI, pero yo no tengo DNI sino NIE, que es el documento para extranjeros. Les doy mi NIE, lo siento mucho, por favor, y mientras avanza el vagón revisan mi

documento. Sucede que se venció el 27 de agosto, hace como tres semanas.

Mi papá escuchó Queen toda su vida con nosotras. Lo recuerdo un día bailando conmigo y Lucía recién mudados a la casa nueva en San Isidro. «*I feel alive and the world, I'll turn it inside out, yeah!*» gritaba mi papá y Lu y yo «*don't stop me now, don't stop me now*». Mi papá tan feliz, nosotras también. Todo el Queen del mundo bajo nuestros pies y desde todas las paredes, música que venía del techo con parlantes que nunca antes habíamos tenido. Mi mamá y su alcoholismo y sus cortes de pelo y sus arranques de ira ya muy lejos de Lima y de nosotros. Íbamos a ser solo los tres, íbamos a ser felices. Si ya éramos ricos. Ya estábamos completos.

Todo esto antes de que encontraran a Montesinos en el país de mi mamá. Pero eso pasaría casi desapercibido para Lucía y para mí. Pa, ¿no era tu amigo ese señor?, le pregunté yo a mis diez años cuando lo vi en la televisión.

—No. Y nunca se vuelve a hablar de eso —me dijo, su nariz tan cerca a la mía, su aliento ahora a libros importados de Europa y a restaurantes caros—. Nunca más.

Ir a la comisaría en Barcelona no tiene nada que ver con ir a la comisaría en Lima. Eso igual ya lo sabía, porque desde que llegué me han robado la billetera en dos ocasiones y el celular, en tres. Todas las veces fui a declarar el robo. Ninguna vez me devolvieron nada. *Tingueu cautela amb els carteristes*, suena la misma voz robótica de mujer por todo el metro, en especial en las horas punta.

Los conductores los tienen identificados. Algunas veces ponen esa grabación, pero cuando es más evidente, hablan por los parlantes y dicen que en tal vagón hay personas identificadas como carteristas y que vigilemos, *vigileu*. Entonces todos nos ponemos nerviosos y empezamos a sospechar de las de piel más morena con culazos o del que tiene *piercings* faciales y pelo largo o del que estudia un papel mientras suda desde sus cejas hiperpobladas y se acomoda los mocasines rotos. Mi piel es casi blanca, mis ojos son claros, mi culo es pequeño y siempre boto mis zapatos cuando se rompen (cada año, aquí se camina mucho). Por eso —dice la norma no dicha— puedo sospechar, en lugar de ser sospechosa. Aunque con lo del mojito no soy sospechosa; soy culpable y ya.

En Lima nunca me robaron nada, pero sí tuvimos que ir a la comisaría del oficial Meléndez por lo que pasó con mi papá. Después de que lo descubrieron. Julio y 2010; *e/* año de mierda. Fuimos con Viana. Viana de Trujillo; Viana, criada por sus tíos terceros, porque sus papás murieron en un accidente que nadie sabe bien; Viana, la conocida de la empleada de uno de los primeros amigos que hizo mi papá en el Ministerio de Promoción de la Mujer y del Desarrollo Humano; Viana, que venía de trabajar en una fábrica de espárragos para buscar su gran futuro en Lima; Viana, mi hermana mayor prohibida.

Mi papá había salido temprano esa mañana, como toda la semana. Ya había explotado la noticia; él casi no dormía, yo tampoco. Se la pasaba entre la oficina de su abogado, los baños turcos y algún bar. Nunca antes había visto a mi papá borracho hasta que llegaron esos días, las toses roncadas de madrugada desde

su baño, las arcadas, la cara rojísima aquellas pocas mañanas en las que me fijé en su cara.

El oficial Meléndez llegó sin aviso previo. Lucía y yo estábamos cogiendo flores del jardín. Escuché a Meléndez decirle a Homero, el vigilante, que él era de la fuerza policial, que no se preocupara. Homero abrió la puerta y entró Meléndez, seguido por su ganado.

Viana se puso pálida, yo casi morada de la furia y Meléndez nos dijo no se preocupen, solo van a entrar estos jóvenes a revisar unas cositas en la casa, pero no hay ningún problema. Pensé en Monoliso, en las cartas que me había mandado Rodrigo, en los cien dólares que tenía guardados en un sobre dentro de un libro de Alice Munro. Pensé en el primer cuento de ese libro, en aquel horror que no me correspondía y ahora pienso que el horror no le corresponde a nadie, que solo le llega.

Meléndez nos pidió que por favor nos sentáramos en la sala. Los de su equipo ni nos miraron y empezaron a buscar, como con miedo, algo. La búsqueda comenzó frente a nosotros y en algún punto me dio pánico que buscaran algo dentro de nosotras, pero solo buscaban en las macetas, bajo las velas, dentro de la cola del piano. Uno incluso metió su cabeza en la chimenea. Lucía respiraba rápido. Un señor perseguía a los que buscaban, tomando fotos. Mi casa, toda mi casa, retratada en fotos que saldrían, infiltradas, por tantos periódicos y reportajes del país. Mi casa que en ese instante dejó de ser mía y que se convirtió, por semanas, en una granja llena de caca para todos los programas de televisión y para todo el Perú, a toda hora.

Siguió la búsqueda y Meléndez, falsamente cordial, nos dijo que por favor lo acompañáramos a su carro, que no era de policía, que

era color diarrea clarita y que estaba recién lavado, sin un solo cague de paloma sobre el parabrisas. Viana, aferrada a nosotras, vino también. Solo tienen que verlas salir de su casa a ustedes, eso es todo, hay que hacer ver como si fuéramos a hacerles preguntas más difíciles, pero no es así, no es, calmaditas, ¿ya? Tranquilas nomás. Sí, huevón, pensé. Pero solo lo pensé, porque no podía hablar: todo mi cuerpo temblaba.

Un par de hombres con cámaras nos tomaban fotos desde una camioneta estacionada frente a mi casa. Me pregunté cómo los habían dejado entrar al condominio. ¿Serían amigos de Meléndez? Meléndez nos abrió la puerta de su carro, Lucía comenzó a llorar. Colgaba una virgen del espejo retrovisor, el cielo estaba gris, la humedad también. Lu se sentó entre Viana y yo, me agarró la mano y yo vi El Óvalo pasar, la iglesia, semáforos hasta la Vía Expresa, directo hasta salir por la calle tal y acelerar y ver cambistas, zapatería, parque, un gato, otro, una moto sin ruedas, una reja. Iban pasando las cosas de Lima mientras Meléndez pegaba frenazos y gritaba este conchasu, autocensurándose mientras casi lo chocaba una combi.

Llegamos a la comisaría y nos dirigieron a una sala de espera. Las paredes estaban carcomidas por la humedad. Olía a arroz verde con pollo, del que huele por dos días en la cocina, o más. Había un chico sentado frente a nosotras que llamó a alguien por su celular y le oí decir algo como: no, marico, te ejtoy diciendo que la vaina no fue así. Supe, de inmediato, de dónde era. Lucía también lo supo y volteó a mirarme con los ojos muy abiertos, aún aguados. Le guiñé.

Cada vez había más venezolanos en Lima. Desde lo de Chávez, creció la inmigración. Poco a poco, fui escuchando a mi mamá en

algunos rincones, pero lejos. Al otro lado de los vigilantes. En esa ocasión de la comisaría, nunca me imaginé que, años después, la mayoría de los acentos que se escucharían en comisarías limeñas serían iguales al de mi mamá, quien fue, siendo honestos, una criminal que nunca pisó una comisaría en el Perú. Abandonar a tus hijas debería ser un crimen.

El oficial Meléndez interrumpió mis pensamientos con su reaparición, su uniforme, su poder no consumado. Sonrió. Daba miedo, daba rabia. Tenía ahora un pedazo de perejil o culantro entre los dientes. Me miró a los ojos y me dijo, señalando una de las puertas, que ya podía pasar. No consumó más que una conversación unilateral de burla y amenazas, incluyendo que todos los oficiales de la comisaría se irían con suficientes cosas en la mente para masturbarse el resto del mes cuando me vieran salir, blanquita, rica y desempoderada, cabizbaja y lagrimeando, de su oficina. Era lo único que necesitaba: poner a su ganado en orden, hacerlos pensar que todavía era el rey de la selva, ya sabes. Y que si se enteraba mi papá de esto, ni hablar de las consecuencias, *mamacita*.

Salgo del recuerdo cuando los *mossos* me piden que baje con ellos en la siguiente estación. Me llevan a una esquina junto a las escaleras mecánicas, les pregunto si quieren sentarse. Me preguntan si estoy al tanto de mi situación. Les digo que he tenido una dinámica algo complicada con mi pareja los últimos meses, que se me pasó por completo lo de la renovación del NIE, pero que tengo *un contracte en una empresa perquè sóc professora d'anglés*. Espero

que el catalán ayude, pero los *mossos*, como la mayoría de catalanes cuando escuchan mi esfuerzo por hablar su idioma, me responden en castellano mientras se va el tren, mientras la gente sube por las escaleras mecánicas, mirándome de reojo, pegando sus carteras a su cuerpo. Huele a sudor, huele a medias, huele a alientos detrás de mascarillas. Frente a nosotros hay un pedazo de suelo cubierto por polvo blanco. Los *mossos* me dicen que podría tener problemas si no renuevo mi documentación dentro de los siguientes tres meses, que incluso me podrían echar del trabajo, del país, si no tengo cuidado y que, ah, por cierto, lo siento mucho por lo de tu relación, dice el más joven de los dos, el postacné.

Me preguntan de dónde soy, respondo que peruana. Se sorprenden, como se sorprenden todos. ¿No eres argentina? Les pregunto si no han revisado lo suficiente el NIE, porque ahí sale mi nacionalidad. No les digo que mi mamá es de Venezuela, ni que nací en Puerto Rico. Tampoco les pido que se unan a un mojito más, aunque me muera de ganas. Ninguno es guapo ni con mascarilla puesta, ninguno parece interesante. Llega el próximo tren de metro, se abren las puertas, sale la gente, nos mira la gente, camina la gente, comienza a sonar la alarma y la voz de «cerrando puertas» (*tancant portes*). Una adolescente con audífonos y *jeans* de campana corre bajando las escaleras, casi se tropieza, pisa el polvo blanco y entra justo a tiempo antes de que se le cierre la puerta sobre la mochila.

Toso y mi tos huele a alcohol. Les digo a los *mossos* que tienen toda, absolutamente *toda* la razón, que saliendo llamaré a un abogado para consultar el tema. Sonrisa, sonrisa más grande —está comprobado que, aunque no se vea la sonrisa, hace que brillen los

ojos—, espalda más recta, pequeñas tetas más visibles. Reaccionan bien, aunque no me la ponen tan fácil. El mayor aclara que el problema es que haya bebido alcohol en el metro. Respondo que claro que sí, que lo siento mucho. Me dicen que, aunque lo sienta, tengo que pagar la multa. Me dicen: no se bebe en lugares públicos. Casi respondo que en Barcelona *solo* se bebe en lugares públicos, pero mis impulsos ya no están, mi cuerpo tampoco. Mis tetas, mis pestañas, mis clavículas; ya no hay nada más que pánico y soledad. Solo asiento. Y asiento y asiento. Llega el próximo tren, baja la gente, nos mira la gente, sube la gente. Asiento. Y aunque intento evitarlo, me pongo a llorar. Me acuerdo de ese día en la comisaría limeña con Lucía y Viana, me acuerdo de la vergüenza, me acuerdo de que había decidido no ser alcohólica y me acuerdo de las plantas. Me acuerdo de que por mucho tiempo no tuve tetas. Me acuerdo del veganismo y de gritarle a Rodrigo que dejara de ser tan coñoemadre y me acuerdo de las mariposas en el patiecito de mi abuela. Les pregunto a los *mossos* si por favor podemos ir a la comisaría; ya no quiero, ya no puedo estar aquí.

Los *mossos* se asustan, creo, aunque no sepan sobre las mariposas ni sobre Meléndez ni sobre mi papá. Me dicen que no hace falta, *no cal* dice el joven y el mayor baja la voz, dice que por esta vez no me harán pagar la multa, que pueden dejarlo ir muy excepcionalmente, pero que no lo vuelva a hacer. Y renueva tus documentos, tía. Es que ustedes sois la hostia. Interpreto que con ustedes se refiere a sudacas. El *mosso* menor me toca el brazo, suave. Yo quiero abrazarlo, pero solo sigo en llanto por varios minutos más, mientras pasan los trenes y la gente y una que otra mascota hasta que por fin me calmo, con ganas de otro mojito.

Lima, diciembre, 1999 – enero, 2000

Mi mamá se fue. A mi papá lo ascendieron a algún nuevo cargo en el ministerio. Lucía había cumplido tres años, aunque parecía de seis de tanto intentar tener mi edad, que era de nueve (esto iría cambiando a través del tiempo e iría pareciendo más chica de lo que era). Mi abuela, a quien veíamos cada vez menos, seguía hablando de plantas y de lo orgullosa que estaba de mi papá mientras *El baile del Chino* se reproducía cada tantos minutos en todas las televisiones del país; era la nueva campaña electoral del presidente peruano que había sido siempre el mismo desde el año en que nací.

Les tengo una sorpresa, dijo mi papá una noche después de los huevos revueltos con tostadas e Inca Kola, después de la Doña Pepa del viernes y de la mancha de chocolate sobre el labio de Lucía. Dijo mi papá: vamos a tener una casa nueva, ¡una vida nueva!

Dije: ¿qué?

Dijo: sí, mi reina.

Sonrió, sorbió más hierbaluisa, una taza y una costumbre que cambiarían pocos meses después por falta de tiempo y exceso de dinero. Mi papá cambiaría la hierbaluisa por un *shot* de agua helada con limón; las sobremesas, el teatro y las lecturas de la noche con nosotras por más y más horas en la oficina; las tazas viejas de mi abuela por tazas importadas de Japón. Pero en esa sobremesa estaba muy calmado, como si tuviese todo el tiempo del mundo, como si estuviese hablando con sus alumnos de los talleres de los sábados, con quienes se extendía en discusiones literarias hasta que nuestros estómagos nos recordaban a gritos que teníamos que almorzar. Lu y yo siempre fuimos parte de esos talleres, sentadas en

el suelo entre la estantería y la mesa y los participantes. Nos la pasábamos jugando o yo contándole cuentos en voz muy bajita mientras mi papá hablaba de la eficiencia de Flaubert, del desamparo de Vallejo.

Esa noche mi papá nos dijo que íbamos a ser como la bella durmiente que estuvo tanto tiempo encerrada y dormida sin poder ver lo que pasaba a su alrededor y que de repente se despertaba en un castillo con todo solucionado. Yo le respondí que no éramos como la bella durmiente porque ella no existía. Y que igual, si existiera, sería mucho mayor que nosotras. Y la bella durmiente tiene *dieciséis*, papá, dije, cada vez más molesta. Estaba de mal humor porque esa mañana se habían burlado de mí en el colegio; un chico me había puesto goma en la silla para que me quedara pegada. Si tanto te gusta chanconear, no salgas a jugar, cantaban en tono burlón él y un par de chicas mientras yo me limpiaba la mancha de la falda larga azul marino que usábamos de uniforme. Lucía se puso a llorar cuando escuchó el símil de mi papá de la bella durmiente. Se acordó del jardín lleno de espinas y de la bruja con cuernos, la escena de la película en la que salía corriendo a esconderse al baño. Mi papá suspiró, aceptó a Lucía sobre sus piernas. Ella se acobijó en su pecho, él le acarició la cabeza. A mí me dieron ganas de ser así de chiquita y él nos dijo: escuchen. Dijo que, aunque sonara confuso, esta era una gran noticia. Nos vamos a mudar más cerca al malecón, donde queda el teatro grande al que fuimos a ver *Pinocho*, ¿te acuerdas, Lulita? Desde donde se ve el mar. Y Lucía: imar, mar!

Era mediados de diciembre, pronto empezaría la pausa del año escolar y mi papá me miró y me dijo que después de las vacaciones de verano me tocaría comenzar el año en un nuevo colegio, un

colegio mucho mejor, un colegio *en inglés*. A mí me encantaba el inglés, sonreí y Lucía preguntó ¿qué? Ella estaba a punto de entrar al nido. Lo primero que pensé fue que qué suerte tenía de salvarse de ir al mío. Lucía siempre tuvo más suerte que yo: casi no tuvo que escuchar las peleas de mis papás en el espacio entre la cocina y el «baño de visitas» (que también era el baño de nosotras), no tuvo que comer las arepas medio crudas que hacía mi mamá, no tuvo problemas de identidad nacional. Le dije imagínate, un colegio en *english*, Lu, *head, shoulders, knees and toes* que era una canción que yo había aprendido hacía poco en las clases particulares de inglés que empezó a pagar mi papá desde que entró al ministerio. Las clases de inglés me encantaban. Me sentía importante, poderosa. Esa noche, Lu y yo nos pusimos a cantar y a bailar un rato juntas, sin saberlo, intentando silenciar a la incertidumbre mientras mi papá veía las noticias en la pequeña televisión de la cocina, la única que había en esa casa.

Más tarde, dormimos abrazados en la cama de mi papá, algo que solo estaba permitido en ocasiones especiales, como en nuestros cumpleaños o en cada último día del mes. O tras esta noticia que cambiaría nuestras vidas para siempre, siempre.

Asimilé la mudanza con mi pequeña frente en alto. Igual mi colegio, María Reina de los Ángeles I, no me gustaba mucho. Me pasaba el recreo leyendo en el baño o hablando con las profesoras sobre mi futuro. Aún estaba decidiendo entre ser astronauta, profesora o abogada, como mi papá. No me gustaba jugar con muñecas, me parecía aburrido; no entendía el punto de tener hijas de plástico. Mi papá me regalaba principalmente libros y mi mamá solo me había regalado pulseras y collares hechos por ella. Mi abuela

se rindió al ver a las dos *barbies* que me había comprado con el pelo cortado a tijerazos y el cuerpo lleno de garabatos. También entendió que Monoliso sería el único peluche de mi agrado. Pero a las del colegio María Reina de los Ángeles I sí les gustaban las muñecas. Lo que detestaban eran los libros. Decían que leer era para chanconas mientras yo las amenazaba con que morirían en París con aguacero. Ellas, como respuesta, me acusaban de ser como Lucrecia de Vil, la mala de *Travesuras del corazón*, una telenovela para niñas que había salido hacía unos meses en todo el Perú, menos en mi casa.

En esa primera casa siempre estuvieron prohibidas las telenovelas, incluso las «para niñas». La basura dura lleva a la locura, respondía mi papá con una media sonrisa a mis reclamos y me señalaba el pequeño cuarto que era al mismo tiempo la biblioteca, su escritorio y el salón de talleres.

—Ahí hay entretenimiento de sobra —decía tajante como un guion.

Y bueno, sí había. Yo dejaba de discutir.

Año nuevo, vida nueva, anunció mi papá ese segundo o tercero de enero de 2000, frenando el Toyota que dejaría de ser nuestro la siguiente semana, cuando nos lo cambiaron por una camioneta Volvo roja y blindada. Ahora sí, nuestra casa de verdad, dijo. Suspiró un por fin. Yo le pregunté cómo que casa, si estamos parados frente a una reja.

Nos habíamos pasado el año nuevo empacando cajas. Yo había visto una película en que toda una familia pintaba la casa que dejaba

atrás, y una mañana convencí a Lucía para que me ayudara a empezar a pintar; quería sorprender a mi papá con esa hazaña. Cuando él llegó y vio el desastre, en lugar de molestarse, se puso una muda de ropa vieja y nos ayudó a terminar de pintar la pared en la que habíamos trabajado con Lu toda la mañana. Seguimos así por un par de días. Años después, entre carcajadas, me enteré de que mi papá tuvo que contratar a un pintor para rehacer todas las paredes, porque lo que a mi hermana y a mí —y, por lo tanto, a mi papá— nos había parecido una obra de arte, fue considerado un insulto por la dueña de la casa.

Además de pintar paredes me comencé a despedir de las cosas, una por una. Lucía me seguía como un imán. Yo le había rogado a mi papá que nos lleváramos todo, pero me dijo que no era necesario. Chau, mesita del estudio de mi papá. Chau, silla de plástico uno y dos y tres y cuatro y etcétera del estudio de mi papá. Chau, estantería vieja y preciosa. Chau, cama. Chau, ventana. Lucía le daba un beso a cada cosa después de que yo dijera una pequeña oración de despedida. Solo no pudimos despedirnos del olor a primer hogar, del aroma a maracuyá con madera, de los ecos de los gritos de mi mamá.

La noche anterior a la mudanza metimos todo lo que cupiera al Toyota. Ropa, libros, pulseras, cuadernos, mi Monoliso, la cobija de Lucía. Lo demás no hacía falta meterlo, quedaría atrás: tendríamos nuevas camas, nuevos muebles, incluso nuevos televisores.

Esa mañana nos despertó la emoción. Ya frente a la reja, mi papá me guiñó, tocó el claxon dos veces, y de la caseta de la izquierda (yo ni siquiera había visto la caseta) salió un señor con uniforme como de policía, pero marrón y beige. Subió la mano a manera de

saludo y mi papá bajó la ventana y le dijo cómo estás, Andrés. Andrés asintió sin mirarlo a los ojos, con el labio ligeramente torcido en una mueca con miedo de convertirse en una sonrisa. Bienvenido, doctor. Me pareció todo tan raro. Era la primera vez en mi vida que veía a un vigilante de condominio en la vida real. Solo los había visto, en secreto, en una que otra telenovela.

Lucía estaba menos confundida que yo, sentada atrás, concentrada en el movimiento de sus piecitos. Primero los dos juntos hacia adelante y hacia atrás, luego intercalando derecha izquierda, derecha izquierda y luego otra vez adelante y atrás, juntos. Lo hacía cada vez que frenábamos en un semáforo. Yo intenté buscar su mirada cómplice por el retrovisor, pero sus casi tres años no daban para tanto. Comenzó a chocar los pies uno contra el otro. No levantó la cabeza cuando escuchó la voz de Andrés, no hizo preguntas. A mí me pareció extraño que Andrés ni siquiera nos saludara a mí y a Lu, como si no existiéramos. También que le dijera doctor a mi papá, si mi papá era abogado, no doctor. Pensé en decirle hola, pero él ya se había dado la media vuelta después de asentir un poco más. A falta de la mirada de Lu, encontré complicidad en la mano de mi papá, que me dio un apretón mientras Andrés abría la reja con parsimonia. Bostecé, Lucía bostezó. Mi papá empezó a acelerar muy lento. Me imaginé que estábamos en una carroza. Pasamos junto a un parque largo, tan verde y con tantos árboles que parecía de cuento de hadas. Pasamos frente a un edificio blanco y, según yo, feo, defendido por dos señores de mirada perdida y postura muy recta con un uniforme parecido al de Andrés. Pasamos frente a una casa que no se podía ver porque estaba rodeada de paredes altas y cerco eléctrico, frente a otra casa parecida y frente a otra y otra iguales

hasta que nos detuvimos frente a algo que no era una casa: era una mansión.

Mi papá sacó un aparato de la guantera y lo colocó en mi mano. Es un control remoto, dijo. Aprieta, dijo y apreté y ábrete sésamo, susurró mi papá. ¡Ábete, ábete!, gritó o cantó Lucía mientras veíamos subir la puerta del garaje y yo le pedí que ishshhhh, Lu!, y mi papá dijo déjala, riéndose. Mi papá tan feliz. Antonio, mi papá. Apareció un jardín enorme. A la izquierda, el árbol de floripondios bajo el que enterraríamos un tiempo después a dos peces, nuestras primeras mascotas. Y más a la izquierda, flores, y más a la izquierda más flores, flores en todas partes, flores que cortaríamos Lu y yo cada semana para ponerlas como centro de mesa o para decorar nuestros baños —sí, cada una tendría un baño propio, mi papá también, él incluso con *walk-in closet*— o para jugar, con los pétalos, a si alguien me quería o no, porque ella siempre era muy chiquita para que un chico la quisiera, pero nunca tan chiquita como para ver conmigo las comedias románticas, siempre situadas en Nueva York, que pondríamos en la televisión enorme. Las paredes del jardín altísimas y con enredaderas domesticadas por donde se pasearían los gatos caros del vecindario; una terraza donde me daría mi primer chape con lengua; un garaje techado donde, aprendiendo a manejar, chocaría la camioneta más de una vez contra las paredes al retroceder. Una piscina de agua cristalina donde Lucía y yo pasaríamos horas, donde inventaríamos coreografías de nado sincronizado, donde intentaría ahogarme (solo por unos segundos) el día en que me enteré de dónde había salido todo esto.

Silencio. Luego, sonrió Lu: aaaaaalta. Miré hacia arriba. Había tres pisos que parecían cinco.

Bajamos del carro, yo no podía dejar de mirar la piscina y le pregunté a mi hermana si quería meterse, me dijo que claaaaaaaro, pero mi papá nos dijo esperen, paciencia, quiero que conozcan la casa primero. Entramos. Un pasillo largo junto a una sala (toda una sala, tres sofás, *una chimenea*, dijo mi boca medio abierta) iluminada por la luz de un mediodía de verano en Lima. A la derecha del pasillo, separado por una pared, un comedor con una mesa donde cabían mínimo doce personas adultas, o diecisiete niñas como yo o veintidós como Lucía, y en la mesa una torta enorme de chocolate y una jarra de algo morado que seguro era chicha porque ninguno de los tres tomábamos vino y junto a la puerta del comedor, con las manos cruzadas detrás de la espalda, una chica algo sonriente, de pelo negro y lacio, piel clara, alta, con una ligera joroba, una camisa de Tom y Jerry, buso azul marino y mocasines desgastados.

Ella es Viana, dijo mi papá, Viana nos va a ayudar con la casa de ahora en adelante y le dijimos hola. Nunca habíamos tenido una «empleada de servicio», solo mi abuela contrataba a una señora, Betsy, que le iba a cocinar y limpiar la casa los martes y jueves. Yo le había enseñado a Lucía a ayudarme a lavar los platos (a apretar el jabón sobre cada objeto), mi papá se encargaba de limpiar el baño y la cocina una vez a la semana, Betsy venía una vez al mes, pero nuestra primera casa tuvo casi siempre una fina capa de polvo sobre todas las cosas. Esta casa sería distinta.

Viana asintió, movió la boca, no dijo nada, miró al piso. Me dio nervios. Sentí, sin saberlo con palabras, que aterrizaba en una nueva y desconocida clase social mientras Lucía le preguntó a Viana que cuántos años tienes y ahora Viana sí habló, miró solo a Lu, le dijo

diecinueve. Le dijo: un gusto, señorita, ¿y usted? Mi papá dijo que sobra el usted, ella es Male, ella es Lucía, seguro que se van a llevar muy bien, ¿no? Nos miró buscando apoyo.

A Lucía y a mí, Viana nos pareció una señora medio muda pero *muy* bonita. Lu y yo lo comentamos esa noche bajo las sábanas, después de haber comido un pedazo de torta de chocolate, después de haber hecho el tour por toda la casa, después de haber almorzado y haber mirado y mirado de reojo a Viana y jugado un juego de mesa con mi papá, que estaba tan presente, tan contento, que se metió con nosotras a la piscina, que nos preguntó si queríamos algo más para nuestros cuartos. Viana es vieja, me dijo Lucía en su idioma aún sin filtro, pero qué bonita, ¿no?, le dije y me dijo sí, como Rocío, que para nosotras era la chica más bonita del póster de *Travesuras del corazón* y también se veía como la más buena y me reí y nos hicimos cosquillas y jugamos al cuento del gallo pelón. Era algo que me había enseñado mi mamá en alguna de sus borracheras, una noche en que se había pasado a mi cama en plena madrugada porque a mí no me molestaban tanto sus ronquidos y mi papá no los soportaba; decía que era como dormir con un dragón. Esa vez mi mamá ya estaba embarazada, llegó de puntillas pero igual me despertó, se echó junto a mí y le dije que parecía un gallo con su pelo teñido de naranja y me preguntó si me sabía el cuento del gallo pelón.

Esa noche, en la nueva casa, Lu se durmió, y yo me quedé mirando el techo lleno de estrellas de plástico que brillaban en la oscuridad. Sentí que mi cuerpo brillaba con ellas. Me quedé tan despierta que amaneció, celeste. Suspiré, me dormí.

Al despertarse, después de varios bostezos ruidosos, Lucía lanzó los pies hacia el techo, piernas en vertical. Movía las piernas hacia atrás y hacia adelante, hacia atrás y hacia adelante. Le pregunté qué hacía y me dijo que estaba caminando al revés. La verdad es que esa mañana se sentía sin gravedad, como si fuésemos astronautas en un nuevo planeta, el planeta del condominio más caro de San Isidro. Los techos de la casa eran mucho más altos que los de cualquier casa que yo hubiese visto; me sentí más en una iglesia que en un cuarto. Todo estaba limpio; olía a ligereza. Las ventanas junto a mi cama eran grandes y daban al jardín; nunca antes había despertado con tanta luz. Le pregunté a Lucía si tenía hambre. Negó con la cabeza y sacó la lengua, que en nuestro idioma significaba que por supuesto. Había aire acondicionado, la pijama no se me había pegado al cuerpo, el colchón era tan cómodo. A pesar de haber dormido tan poco, me sentía con energía. Mi papá se había guardado el día para estar con nosotras otra vez y yo quería pedirle que nos preparara su versión de tostadas a la francesa, que eran con chancaca y clavo.

La tarde anterior, mientras los tres nadábamos en la piscina y jugábamos con mi papá a la ballena, Viana ya había sacado la ropa de las maletas y la había colocado de manera muy ordenada en cada uno de nuestros respectivos cuartos. Nunca había visto un clóset con tantos cajones. Me vestí mientras Lucía seguía caminando al revés. La llevé a su cuarto a vestirla y me pregunté si mi papá me habría leído la mente, porque él sabía leerme la mente muy bien, y si estarían listas las tostadas cuando bajáramos, vestidas para nuestra nueva vida, una vida *a lo Hollywood* que me emocionaba cada vez más. Le dije a Lucía que teníamos que aprender a caminar como

reinas, le dije que algún día usaríamos tacones y que había que ejercitar el arte de caminar en puntillas, así que bajamos las eternas escaleras como bailarinas de ballet, maravilladas por la baranda de madera, por las paredes, por tanto espacio.

Empujé la puerta de la cocina segura de que ese olor eran las tostadas con chancaca. ¡Buenos días, mi rey!, grité subiendo los brazos, con una sonrisa casi más grande que la casa, pero no había ningún rey. Había una señora que no era Viana vestida con algo que luego descubriría era el uniforme de las cocineras de Lima, un vestido del color de cielo de película con un mandil blanco que le cubría el pecho y las piernas, un moño bien apretado con una liga gruesa, algunas canas. Lu entró detrás de mí, vio a la señora y salió corriendo. ¡Lu!, grité y la señora me dijo buenos días, señorita, yo soy Natividad, para servirle. Yo, con la sonrisa congelada en mi cara como si me hubiesen metido uno de esos aparatos de dentista que no te dejan cambiar de expresión, hice un saludo, una cortesía como si fuese, en efecto, una señorita de otro siglo. Extendí mis brazos hacia los lados para sostener una falda imaginaria y doblé una pierna detrás de la otra. Bajé ligeramente la cabeza, saqué los labios. Luego me fui corriendo a buscar a Lu. La encontré unos minutos después en el cuarto de mi papá, de espaldas en el suelo, caminando otra vez en otro planeta.

No desayunamos, a pesar de que Natividad, Nati —que era, extraoficialmente, la tía cuarta de Viana, y, oficialmente, la cocinera de la casa—, subió a buscarnos cargando una bandeja con un *bowl* de piña golden cortada como pequeñas coronas, un plato de huevos a la no sé qué y un pan integral y un platito pequeño con una especie de campana de cristal para la mantequilla que nunca

habíamos visto. Le dije a Nati, que era aún Natividad, que no se comía en el cuarto y le pregunté que dónde estaba mi papá. Me dijo que el doctor había tenido que salir por trabajo. Le dije que qué, pero si hoy iba a pasarla con nosotras porque era nuestro día y vi, por primera vez y muy fugaz, la ternura y la compasión en los ojos de una mujer. Dijo que seguro volvería pronto mientras Viana apareció detrás de ella con un buenos días casi inaudible.

Con el tiempo me enteraría de que Viana se negaba a utilizar el uniforme que su tía cuarta le intentó implantar. Quizás solo por eso acepté que Viana tendiera la cama del cuarto de mi papá mientras Lucía y yo jugábamos a ser astronautas, o que entrara a mi cuarto a usar la aspiradora y a acomodar bien las persianas (mi cama ya estaba tendida por mí), o que, unas horas más tarde, mientras crecía mi mal humor y el de mi hermana, mientras crecía la ausencia de nuestro papá al que ahora le decían doctor, nos convenciera de sentarnos a almorzar. Nunca volví a probar un almuerzo tan sabroso y desolado como ese primer ají de gallina de Nati.

Lima, abril de 2010

Este era el plan:

Jueves. Me busca el taxi a las 8:30 a. m., llegamos entre las 9:50 y 10:10 a. m. al aeropuerto. Así tengo tiempo de sobra para relajarme, tomar un café, escribir un poco y mandarle un mensaje de texto a mi papá: *ya llegamos, besos*. Le dije que pasaría el fin de semana largo en la casa de playa de una amiga. 11:30 a. m.: aterrizo el vuelo de Rodrigo, se baja y no hay cola en migraciones

porque es jueves y los jueves no debe venir mucha gente a Lima. Igual él tiene pasaporte europeo (su abuelo era vasco) y eso siempre acelera las cosas. Viene por pocos días, no tiene que esperar maletas. Sale y nos vemos de inmediato, trota hacia mis brazos abiertos, nos abrazamos largo, me da un beso, todo se siente bien. Cogemos un taxi del aeropuerto al hotel. Pasamos todo el día juntos, bastante tiempo en el cuarto, juntos. [...] En la noche, vamos a comer al Vivaldi. No, tranqui, yo invito, le digo, me fue bien este mes con lo de las tutorías. Rodrigo me sonríe, pero no acepta e invita él. Comemos sabroso.

Viernes. Estamos juntos, hacemos lo que queremos. [...] Hablamos sobre nuestro futuro.

Sábado. Estamos juntos, hacemos lo que queremos. [...] Decidimos nuestro futuro.

Domingo. Llamo a mi papá y le digo que nos vamos a quedar hasta el lunes en la mañana en casa de mi amiga, igual estamos en vacaciones y no le va a importar. Seguro está con una chicha morada en mano, trabajando en la terraza mientras Lucía juega en la piscina. Vamos con Rodrigo a surfear porque le encanta. Yo nunca he surfado, pero sigo sus instrucciones y me paro sobre la tabla bastante más rápido de lo común que una principiante; lo sorprendo. También lo sorprenden las olas del Pacífico. Es la primera vez que corre tabla en Perú. Es la primera vez que viene a Perú. Somos felices. Volvemos al hotel. [...]

Lunes. [...] Acompaño a Rodrigo al aeropuerto, lloro un poco, pero estamos tranquilos porque ya tenemos planes claros. Vuelvo a mi casa en calma y decido cómo explicarles a mi papá y a Lu y a Viana mi nuevo camino, ahora en pareja. Al principio, mi papá se

molesta por mentirle sobre lo del fin de semana, pero, después de un rato, entiende. Lucía también entiende. Viana también entiende. Seymour me lame la mano. Todos se alegran por mí.

Esto fue lo que pasó:

Jueves. Llega el taxi a la entrada del condominio. El taxista le dice a Andrés —quien sigue siendo el vigilante de la reja, el de la caseta, el que nos dio aquella parca bienvenida y que a partir de mis catorce años se había convertido en un detective a esquivar— que viene a mi casa a buscarme. Dice mi nombre y apellido y no sé qué le pregunta Andrés para que el taxista diga que la carrera es al aeropuerto, cosa que le comunica de inmediato Andrés al guardaespaldas y todero de mi papá, y a su vez este último (mi papá) me llama y me dice que qué carajo está pasando. Le digo que nada, pa, ¿por? Me pregunta si he pedido un taxi al aeropuerto.

Me quedo en silencio unos segundos. Por alguna razón —la floreciente madurez, seguro—, le digo que sí. Aprieto el suelo con mis pies y me siento un poco más alta. Me pregunta, subiendo bastante el volumen, que cómo que al aeropuerto, que qué voy a hacer ahí. Le digo, madura, barbilla en alto (me ayuda a estabilizar mi voz, mis nervios): buscar a mi novio. Qué novio, ladra, de qué estás hablando. Le digo que sabe perfectamente qué novio, que tengo un solo novio, y empiezo a bajar las escaleras porque el taxi debe estar esperándome en la reja si es que Andrés no lo ha dejado pasar. Mi papá me pregunta qué estoy haciendo en este preciso instante, le respondo que yendo hacia el taxi. Me dice que si salgo

de la casa no vuelvo a entrar, que ni se me ocurra, que me ubique en este instante, ¿escuchaste?, mientras Viana me sonríe y me dice buenos días, Nati ya puso tu desayuno en la mesa y la saludo con la mano, tapo el teléfono, le digo: vuelvo el lunes, Vi.

Escucho un qué de Viana mientras salgo al jardín, luego a la entrada y Kelvin, el vigilante de la casa de la noche, está hablando con Homero, el de día, que seguro acaba de llegar porque su turno empieza a las nueve y Nati le da desayuno antes. De nueve a nueve son los turnos, dice mi papá que es mejor así, no sé por qué, y ahora mi papá pregunta si lo estoy escuchando. Le digo sí, pa. Si quieres no regreso a la casa. Emite algo entre un gruñido y una gárgara. Me cuelga.

Casi no hay tráfico y llego al aeropuerto a las 9:34 a. m. Entro y subo a la zona de restaurantes. Me pido un capuchino en la panadería mientras ojeo un Bambos que queda en la otra esquina del *foodcourt*. No he desayunado. Me dan ganas de comerme una hamburguesa, pero me controlo. Releo *Hamlet*, lo leímos para la clase de narrativa en el último año del colegio y me fascinó. O sea, me fascinó la obra, pero más las comparaciones que tuvimos que hacer para el ensayo que nos hizo escribir la *miss* Yuli en IB Spanish. Pienso en lo que nos contó la *miss* Yuli sobre sus días en el colegio con su amiga que luego se convertiría en la mujer de Vargas Llosa y pienso en cómo será tener la vida de Vargas Llosa para no pensar en cuál va a ser el castigo de mi papá. Con el tonito que le escuché en la llamada, sospecho que me va a quitar el habla por unos días, es igual de terco que yo, pero ya le explicaré con más calma y todo se va a arreglar, seguro. Nunca antes me había colgado el teléfono así. Pero claro que me va a dejar entrar a la casa. Y si no— pido otro

café y me mareo un poco. Pienso en la hamburguesa. Saco mi teléfono apagado de la cartera, lo miro, lo vuelvo a meter. No logro concentrarme en *Hamlet*, escribo oraciones sueltas sobre una servilleta. Pienso en qué estará haciendo Lucía.

Hora y media más tarde, la pantalla anuncia la llegada del vuelo de Rodrigo. Bajo a recibirlo y lo espero parada en «Llegadas Internacionales» por treinta y ocho minutos hasta que aparece. Nos abrazamos, me da un beso en la frente. Huele un poco distinto a la última vez que nos vimos. Es la primera vez que veo sus *dreadlocks* en persona, los acaricio hasta que me aparta la mano, me dice que no son mascotas.

Nos vamos al hotel en un taxi y después de que me cuente sobre un pequeño libro de oraciones trascendentales que descubrió hace poco en la biblioteca de su tía, le digo que estoy preocupada por las consecuencias de estos días juntos, lo de la llamada de la mañana. Se molesta conmigo mientras bajamos del taxi por ser tan hija de papi y no haber salido aún de mi casa, como él. Le digo, mientras iniciamos el *check-in*: pero si tú vives con tu tía y a media hora de casa de tu mamá. No responde, pero noto cómo se tensa todo su cuerpo. Me arrepiento. Nos dan la tarjeta a la habitación y cuando entramos me sube el tono más que mi papá por teléfono. Me dice — muy fuerte— que yo no sé nada de su vida cotidiana en Caracas, de su independencia y de los retos de vivir en esa ciudad, en ese país. Dice bastantes más cosas que bloqueo. Me meto en el baño a respirar. Me dice desde el otro lado de la puerta que necesita un tiempo y sale, y yo lloro y doy vueltas por la habitación y escribo y reescribo mis disculpas en mi mente.

Cuando entra, pide perdón. Yo también. Nos decimos cuánto nos queremos y hacemos el amor, pero él no acaba. Yo tampoco; a mí me estaba doliendo. Me informa que ha decidido ir al sur por un par de días. Le pregunto cómo que al sur y sucede que él conoce a alguien que vive cerca de las líneas de Nazca que tiene unas respuestas que Rodrigo está buscando. Me pongo a llorar otra vez, siento que es mi culpa. Me da besos en la frente, me dice que todo está bien, que me quiere mucho, que es cosa de él, que tiene que trabajar en su ira, que de verdad lo siente por su reacción de la tarde, que no tiene nada que ver conmigo, que soy una mujer espectacular. Me encanta cuando me dice mujer. No hacemos más el amor.

Viernes. Rodrigo sale a las 5:00 a. m. a tomar un bus al sur. No me deja acompañarlo donde su amigo, dice que es un experimento: estar en el mismo país al mismo tiempo, sentirnos el uno parte del otro, pero no estar físicamente juntos. Dice que aproveche este par de días en soledad para pensar, que no vuelva a mi casa para poder estar ambos en la misma vibra de reflexión. Le digo que ok, pero igual lo acompaño a la estación. Tengo una sola llamada perdida de mi papá y un mensaje de texto de la noche anterior. 10:42 p. m.: *si no llegas en una hora no vuelves a entrar a esta casa.*

Vuelvo al hotel. Intento leer *Hamlet* otra vez a ver si me da alguna pista —a veces los libros me dan pistas sobre qué hacer en la vida real—, pero me quedo dormida. Abro los ojos, miro el gris de la ciudad por la ventana. Paseo un poco por Miraflores, llego al Parque Kennedy y me compro una hamburguesa con papas fritas de McDonald's, me la como. Me como dos más, una en un Burger King y otra en el Bembos cerca del malecón y también un helado de dos

bolas en la 4D, avellana y frutos rojos. Termino vomitando en el hotel. Vomito tanto que me da hambre y pido *room service*, una pasta con pesto que al final decido no probar y dejo en la refri del minibar. Prendo la tele.

Sábado. Me paro tardísimo. Camino hacia el mar. Pienso en ir a la bioferia que queda cerca, comprar algo sano, un agua de piña, unas barritas de ajonjolí, un regalito para Rodrigo. Luego pienso en comprarme otra hamburguesa y hacer lo mismo que ayer. Pero esta noche vuelve Rodrigo y no quiero oler a vómito. Me tomo una cerveza en lata sentada en un parque del malecón y miro el Pacífico gris, tapada con un pañuelo en la cabeza y lentes de sol por si acaso, porque «Lima es un pañuelo» y no quiero que nadie me vea.

Me tomo una copa de vino en un restaurante de turistas donde me piden que muestre el DNI. Aunque sean recién cumplidos, mis dieciocho años cuentan, le digo al mesonero que me dice claro, señorita, con un tono de desaprobación. Me tomo el vino muy lento, mientras leo un libro que ya leí. Me inspiro y me voy y compro cuatro libros en El Virrey.

Vuelvo al hotel a las 6:00 p. m. y Rodrigo no ha llegado. Pienso en escribir una novela que se base en mi historia de amor con Rodrigo, porque sé que nadie ha escrito algo así. Un poco de Bryce Echenique y un poco de Tolstói, con nosotros como protagonistas. Somos una mezcla de lo que escribieron grandes autores de los últimos dos siglos, somos un relato de amor romántico con complejidad y transnacionalismo, somos una historia inédita del siglo XXI conectada a las historias de amor del pasado.

En el cuadernito de notas del hotel, escribo algunas cosas de nuestro primer encuentro:

- *Cruce de miradas en Model United Nations (Bogotá).*
- *Conversación bajo un árbol, yo acabo de entrar a high school y él está a punto de graduarse de su colegio, que queda en Caracas. Le cuento que mi mamá es venezolana y yo también un poco, le digo un par de palabras en venezolano y remedo el acento, risas. Luz.*
- *Tomar cervezas a escondidas de los profesores (noche).*
- *Primer beso, último día en Bogotá, mano en los bolsillos del pantalón, sexualoso.*
- *Conversaciones por Messenger, filosofía compartida.*
- *Conversaciones por Facebook, incluir chistes internos.*
- *Graduación Ro, mis sospechas de su noche de graduación. Rápida reconciliación, me da seguridad.*
- *Caracas, convengo a mi papá para que nos lleve otra vez a Lu y a mí a nuestras raíces. Rodrigo y yo dos días juntos solos, digo que estoy con prima. Pérdida de V en Galipán. Explicitar: no en la noche sino a la mañana siguiente, en la noche no se logra.*

Me da tristeza y un poco de rabia porque aún no sé el desenlace y además pienso que quizás no me desea tanto si se le baja tanto. Bajo y compro una botella de vino y un pan de molde de cereales con semillas. Subo y prendo la tele y me quedo dormida después de un poco de vino y casi todo el pan.

Domingo. Me despierta el silencioso abrir y cerrar de la puerta a las 5:14 a. m. Rodrigo no prende la luz, pero yo igual me paro a abrazarlo. Hueles a alcohol, me dice y yo no le digo que huele a mierda. Suspira que está agotado y se ducha rápido y nos vamos a dormir y lo abrazo y él a mí. Me despierto otra vez, ya hay luz gris

de la mañana. Rodrigo está en la esquina del cuarto, sentado sobre una almohada, meditando. Le doy un beso en la boca. Sonríe, se pone un dedo en los labios como diciendo shh. No emite sonido. Estamos en silencio por una hora más hasta que termina de meditar. Desayunamos en el hotel, él solo come fruta y nueces. Dice que está pensando en practicar poco a poco el crudiveganismo. Le pregunto qué es eso y cuando me lo explica me arrepiento de los huevos revueltos con tocino que acabo de comer, del café con leche de vaca. Me avergüenzo de las hamburguesas del viernes y los cachetes se me ponen tan rojos que me duele la cara. Intento expulsar el recuerdo del atracón mientras me lavo los dientes. Le sugiero que nos abracemos un rato más en la cama, pero él me dice que por qué no se la mamo (lo dice en buena onda y con otras palabras) y me parece una buena idea para reconectar, aunque eso siempre me da un poco de asco, solo que no se lo voy a decir. Yo nunca he dejado que me la chupe a mí para no darle asco. Después de la parte sexual y de acariciarnos un rato me siento muy feliz y le digo que por qué no vamos a caminar al malecón. Accede. Hay sol y el Pacífico está quieto y hermoso, como nuestra relación. Estoy contenta, me siento llena y libre. Le quiero decir a Rodrigo que hablemos sobre nosotros, pero él quiere contarme sobre su experiencia en el sur y la conexión que tuvo con las líneas de Nazca y las enseñanzas de Don Juan. Le pregunto quién es Don Juan y se pasa la tarde contándome sobre el maestro mexicano (un peruano farsante, descubriré en un *podcast* años después) mientras tomamos pisco sours en un bar donde no me piden DNI porque estoy con Rodrigo. Cenamos *delivery* de Vivaldi en el cuarto; esta vez solo como una ensalada, como él. Hacemos el amor un poco, poco.

Lunes. Ambos desayunamos crudivegano. Le pido a Rodrigo que se quede. Me dice que imposible, que este viaje lo ha terminado de convencer de que su futuro lo espera en Barcelona. Le digo que qué. Le pregunto si la Barcelona de Venezuela, me responde que no: la Barcelona de Cataluña. Me dice que lleva unos meses investigando, que tiene un par de amigos allá y que para él tiene todo el sentido hacer el salto, la universidad en Caracas no da la talla para él, y sabe que en su centro hay algo europeo. Hay algo de esa ciudad que lo llama y que tiene que descubrir, porque su intuición no falla. Así como no falló su intuición cuando me vio por primera vez, dice y me sonrío y está guapísimo. Me dice que me ama, que esto no tiene por qué cambiar lo nuestro. Le digo que yo también lo amo. Me dice que encontraremos la manera, que confíe. Se va al aeropuerto solo y con mucha antelación; se va en micro porque quiere emprender así esta nueva etapa, en transporte público.

Regreso a mi casa. Homero me abre la puerta sin preguntas. Yo soy la que me pregunto si alguien le ha dicho algo. Son las 2:14 p. m. Viana me recibe con cara de loca, como cuando se molestó conmigo cuando me vio un *hiki* en el cuello mientras me secaba el pelo para algún evento del colegio a los trece años. Me dice que mi papá se ha ido a un viaje de trabajo, que no vuelve hasta el viernes. Está bien molesto, cómo se te ocurre hacer algo así, por Dios, irte de la casa todo un fin de semana, ¿qué te entró?, tu papá no te va a dejar pasar esto, Male, ¿ah? De verdad cómo se te ocurre y más reproches hasta el esperado: ya, cuéntame. Le cuento. Lucía llega un par de horas después de casa de una amiga y estoy tan feliz que la dejo dormir conmigo esa noche, luego de una llamada de amor con Rodrigo.

Lunes a martes. Calculo que podré vivir algunos meses de mis ahorros mientras encuentre trabajo en Barcelona. Busco en internet y veo que las universidades públicas no solo son buenas, sino que no hay que pagar casi nada para estudiar la carrera. Mi papá siempre me ha dicho que, si algún día me quiero ir, me vaya a Estados Unidos. El British School of Lima nos educó para salir del país, pero mi papá dice que Estados Unidos tiene mucho mejores oportunidades que la Unión Europea.

Dentro de pocos meses le diré que me voy a Barcelona y él, espantado, me hablará de algún contacto suyo en Harvard, un «amigo» que podrá ayudarme a ser *transfer student* y que a su vez tiene contactos en Columbia y en Stanford, qué más puedes pedir, hay que aprovechar las oportunidades que te da la vida, mi reina, me dirá, me rogará. Le recordaré que él ya no tiene «amigos» y le repetiré que no me vuelva a llamar «mi reina» y le diré que no quiero tu plata sucia. Suspirará, me dirá que deje de pensar a corto plazo, que algún día entenderé bien las cosas, que hay distintos niveles en el tema de la política y las leyes pero que esto es innegociable, es tu educación. Me dirá que las parejas a esta edad son pasajeras y también los resentimientos, pero que no hay nada, *nada* más importante que la educación universitaria, y le responderé que lo sé y que por eso me la voy a pagar yo solita. Y sabré que Rodrigo estará orgulloso de mí. Más adelante, más de una década más adelante, recordaré sus palabras y me preguntaré que por qué no esperé un poco, aunque fuese solo para pasar más tiempo con mi hermana, para verla cuando sonriera con su diente de tiburón, para ver aquel diente moverse hacia una sonrisa perfecta, aunque otra partecita se le comenzara a destruir por dentro.

Barcelona, octubre de 2021

Camino y escucho un *podcast* de crímenes. Son dos gallegos veinteañeros que narran crímenes registrados por Wikipedia, y lo hacen mucho mejor que Wikipedia; son dos voces que me acompañan desde hace unos meses en mis caminatas, en mis ganas de desconectar de los pequeñitos crímenes que cometo, que me cometen.

Ella dice que hace poco se enteró de que hay algo que se llama *folie à deux*: es un término para explicar cómo la gente se contagia la locura. Me pregunto si Rodrigo me va a contagiar algo más de locura ahora que estoy yendo a tocar su timbre para pedirle si por favor, solo por hoy (en verdad por hoy y mañana, o por hoy hasta que encuentre qué hacer, pero le diré solo por hoy y lo convenceré en la noche, poco a poco, *pojo a poco*, como dice el del *podcast*), puedo dormir ahí.

Julia llegó al mediodía sin tocar la puerta y lo primero que pasó es que me indigné. Lo segundo que pasó es que me morí. O casi, por el dolor de cabeza. Lo tercero que pasó es que me di cuenta de que estaba en pelotas (vagina, tetas) con mis dos vibradores sin limpiar sobre la cama. Recuerdos que llegan entre espasmos de dolor: mensajes a medio pueblo; el sonido del timbre en algún momento de la noche; varios, varios vinos, antes y después del timbre; yo pidiéndole a Tom (un inglés del trabajo, veintitrés añitos) que no tengamos sexo, solo hablemos, si quieres nos hacemos cariño pero ahora mismo no puedo coger; algún beso, agrio y sin ritmo. Tom intentando tocarme mientras yo le contaba sobre la vez que Rodrigo

se metió a cura o sobre cuando le enseñé a Lucía a montar bicicleta o sobre mi alumnito Gerard, que le dijo llorona a Alba.

El resto de la noche me centré en hablar de Gerard. Me pareció un tema apto para Tom, que también es profesor. Él asentía mientras, probablemente, planeaba su próximo *approach* a mis labios, cuello y/o demás. Yo le hablaba de Gerard, que tiene un serio problema de moderación, Gerard, con quien no sé cómo lidiar, Gerard, que me saca de quicio y que me echa en la cara, como un balde de agua con hielo por la mañana, como un espejo que se me rompe encima, el descontrol que compartimos, las ganas de cagarnos en todo y de solo, *solo* seguir nuestros impulsos. Probablemente le conté a Tom que me siento identificada con Gerard, pero hasta ese punto no me acuerdo, ni recuerdo si lo insulté, si le dije lo normales que son sus besos, por ejemplo, o lo insólito que me parece su país separatista, o lo inmaduro que es y lo mucho que le queda por vivir. Tampoco recuerdo si le dije que cada vez más me quiero morir, o al menos algo como morir. Renacer, de repente.

Mediodía y Julia parada junto a su puerta. Yo miré las sábanas de reajo, sentí algo mojado bajo mi nalga derecha y claro: en algún punto se me había derramado bastante vino sobre la cama, seguramente intentando evitar los avances de Tom. Recuerdo repentino: yo intentando arreglar la mancha con mucha agua y mucho detergente y poca ayuda de Tom Little (lo apodé así entre carcajadas), quien por suerte desapareció después de que me quedara dormida, aunque el imbécil dejó la luz prendida.

Julia, sin dejar de mirarme, apagó la luz. Yo le devolví la mirada con los ojos entrecerrados, intenté incorporarme y me tapé hasta la

barriga con la sábana. Las tetas ya no me dan vergüenza, me empiezan a enorgullecer. Igual Juli venía de un *camping* nudista.

—¿Qué haces aquí? ¿Por qué volviste tan rápido? —intenté preguntarle. Mi boca no se movió.

Pero no ha vuelto «tan rápido», ya ha pasado un mes.

El crimen que eligió la del *podcast* para este episodio es sobre una niña que mató a su mamá en algún pueblo de Estados Unidos, o más bien planeó el asesinato con su novio, quien dio las puñaladas mortales. La chica conoció al novio por un chat en internet. Todo fue a finales de los noventa o algo así. Pienso en mi vida a finales de los noventa, en el colegio María Reina de los Ángeles I, en mi vida antes de la adolescencia. La chica gringa (quince años o así) tenía malformaciones y enfermedades varias porque a lo largo de los años su mamá le había dado medicinas y venenos para mantenerla enferma, para que no pudiese ni caminar, para poder cuidarla, tenerla bajo su control. Hay un nombre para eso también, dice la del *podcast*, el síndrome de tal, pero es en alemán y no lo entiendo. Dice que qué cosas, y le responde su cómplice del *podcast* que igual simpatiza un poco con la hija, imagínate, con esa madre y de pronto casi me atropella un carro porque cruzo un semáforo en verde.

El conductor grita algo que no escucho bien, estoy con audífonos, pero el susto me distrae de la historia y pienso en otras cosas hasta que me doy cuenta de que me estoy perdiendo el meollo de la cuestión. Retrocedo el episodio un par de minutos, otra vez la del *podcast* dice el nombre del síndrome y el chico dice lo mismo que antes y luego dice vale, pero ¿hubo juicio? Y ella responde que sí, paciencia, y cuenta la parte pre-juicio, de cómo los novios huyeron juntos —tras apuñalar a la señora— a casa de los papás del novio,

quien a su vez tenía un trastorno límite de personalidad. Se van las últimas luces del cielo, me da escalofríos la noche y me pregunto si en otro planeta en algún sistema bisolar es de día en todo el planeta y no solo en algunas partes. La mochila que me prestó Julia huele a moho y calculo, con lo que me traje, cuántos días voy a poder estar sin volver a buscar mis dos maletas a su casa.

Mientras me quejaba con gemidos y buscaba un paracetamol, Julia dijo algo en un tono que nunca le había escuchado. No pude distinguir sus palabras, pero el silencio que las siguió fue muy claro. Volví a sentir peligro por mi vida. Dos veces en menos de diez minutos. Peligro por su silencio, y porque la cabeza me iba a reventar de dolor; abrirse en dos, como dos medias naranjas.

—Esto no puede ser solo resaca.

Eso sí lo dije en voz alta. Julia miró hacia abajo por unos segundos, luego se sentó en el suelo, apoyó la espalda en la puerta. Me respondió que lo que más le molestaba no era el vino en su cama, ni el olor a mierda, ni que hubiera venido la policía dos veces mientras ella estaba fuera. Claro que me enteré, dijo. Dijo que lo que más le molestaba era mi falta de consideración por nuestra amistad. Pareciera que eres incapaz de pensar en cualquier persona que no seas tú, dijo.

Le pregunté si había pasado algo malo con Tarzán. Cada vez que iba para ese *camping*, ella cogía con el dueño (lo apodamos Tarzán el primer año que fue). Se iban juntos y solos a excursiones desnudas, pasaban noches en vela en una cueva, incluso iban a comer helados (eso sí con ropa) al pueblo más cercano. Tarzán estaba en una relación abierta con su esposa, con quien tenía dos hijos. La esposa manejaba la parte administrativa del *camping*

nudista; él, la parte más práctica —excursiones y demás. Le pregunté a Julia si ahora Tarzán la había rechazado por su esposa, nuevamente embarazada. Le dije que son cosas que pasan, que no se preocupara, que vendrían tiempos mejores. Le pregunté si quería un vasito de agua, una cerveza.

—Ándate a la concha de tu madre —explotó. Escuchó sus palabras, agrandó los ojos, se tapó la boca.

La del *podcast* ya terminó de contar su crimen y ahora su compañero está hablando del asesinato que le tocó investigar esta semana, que también ocurrió en Estados Unidos, otro «de Disparos Unidos», como les dicen ellos entre risas asustadas. Él suele dar más contexto que ella, así que escucho primero la biografía de la asesina: su infancia traumática, sus empleadores abusivos, sus parejas tóxicas. Pienso que qué más puede pasar hasta que cuenta que la mujer mató a sus dos hijos y los metió en una nevera en su apartamento. Luego, él advierte que ahora sí que va a hablar de contenido sensible y les dice a los oyentes que, si queréis, os podéis saltar el siguiente par de minutos: esto no es para todo oído, ya me entendéis. La del *podcast* le responde que ya te digo yo.

Mientras zigzagueo por la ciudad, paso frente a un bar al que solo entré una vez, hace unos años. Ahora tiene otro nombre. Entre los espacios de dolor, exactamente en la mitad de las dos medias naranjas que sigue siendo mi cabeza, aparece mi mamá. Un recuerdo. Quedamos en ese bar para una supuesta cerveza madre-hija antes de ir a cenar con su esposo, ella y yo. Acababa de salir de una racha larga de peleas del fin del mundo y buen sexo con Rodrigo. Finalmente, él me informó, la tarde anterior al encuentro con mi mamá, que había estado así, de «subibaja», porque había

tomado una decisión: se iba a mudar a Nepal por un tiempo. Eso fue después del par de años en que se metió a ser cura, proyecto que abandonó unos meses antes de recibirse en el Monasterio de Montserrat. Se había dado cuenta de que podía amar a dios (¿Dios?) y a las mujeres al mismo tiempo. Creí que se refería a que iba a amarme a mí solita, pero él quería una relación abierta, algo que acepté a regañadientes. Lo de Nepal también lo tuve que aceptar.

Mi mamá me había escrito un correo. Iba a venir a Europa con su nuevo marido (el tercero) en un viaje de luna de miel atrasada. Más vale tarde que nunca, decía en algún punto y también decía, en otro punto, que quería hablar sobre algunas cosas. Que había hecho un curso de «*coaching* experimental» en el norte de México. Que le había servido tanto, tanto. Que los cactus, la sabiduría. Que por fin había salido del *abismo*. Lo puso así, en cursivas. Había trabajado el *silencio* de mi «progenitor», el *desplante* de su «primogénita», la *alienación* de su «chiquitica». Y que por qué no encontrarnos. Así mismo: por qué no.

Sugirió un bar donde parece que hay unas cervezas buenísimas según un amigo de Edgardo, y ya sabes que los amigos de Edgardo son *top*, en cursivas, cada vez más cursivas. Yo no sabía nada de Edgardo ni de sus amigos, pero cuando vi la zona y el nombre en inglés, supe de inmediato que era un bar caro y de calidad normalita. Para guiris, como le dicen aquí. Eixample Esquerra, al lado de Enric Granados, la que fue por mucho tiempo mi calle favorita de la ciudad, hasta que entendí que para Rodrigo siempre sería «demasiado convencional».

En la cuarta o quinta cerveza, mi mamá subió las cejas: tú vas a invitar esto, ¿no, hija? Invité. Podía invitar. En esa época (tantas

épocas en solo diez años) trabajaba en un hotel; me habían contratado como recepcionista por mi buen nivel de inglés y escalé rápidamente a *guest experience director*. Me pagaban bien; tan bien que empecé a invertir, siguiendo las recomendaciones de mi agente del banco. Lo que hace el inglés y la suerte, porque la agente, unos veinte años mayor que yo, tuvo razón: largo plazo y no lo retires. Son mínimo tres años, pero espérate cinco, ya verás.

Mi mamá terminó bastante borracha. No le conté de Rodrigo, de su casi sacerdocio, de la relación abierta, ni de Nepal. No le conté que habíamos pensado en mudarnos juntos cuando él regresara del este del mapa. No le conté, a pesar de que ella sí me preguntara por él. No se acordaba de su nombre, pero me dijo, a modo de saludo (después de darme un medio abrazo con un par de palmaditas en la espalda, e ir al baño dos veces seguidas —en la primera ronda se había olvidado su teléfono allá dentro, «estas cosas solo sirven para olvidarlas»):

—Ajá, y entonces, ¿sigue la huachafita con el chamo aquel por el que te viniste?

Sonrió, seguía con el colmillo chueco y todos sus dientes estaban un poco más amarillos, solo un poco. Le dije: no me vine por él. Dijo: no me digas que sigues con el cuento de lo de tu papá, vale. Puso los ojos en blanco. No, chica, si no es una cosa es otra, mejor pedimos unas birritas es lo que es. Las pidió. Tomamos y tomamos entre su cháchara y mi cansancio. En algún punto se puso a hablar en inglés. Dijo que quería practicar. Que estaba pensando en mudarse al imperio. Lo llamó así. Le pregunté si se había convertido en chavista. Se carcajeó, siguió bebiendo.

Camino, camino. Camino. Me da un escalofrío a pesar de que este año el calor del verano se niega a retirarse. Ya no estoy prestando atención al *podcast*, pero las voces que siguen contando crímenes me acompañan como música de fondo. Recuerdo cuando intenté darle clases de inglés a Rodrigo para ver si lo aceptaban en un trabajo en Noruega, donde me habían ofrecido, por fin, una beca bien pagada para el doctorado. Ni de vaina voy a terminar hablando como una sifrina de tu estilo, me dijo Rodrigo en la segunda clase. Se acabaron las conversaciones sobre aprender inglés. También se acabaron las conversaciones sobre Noruega.

—Igual quién quiere un doctorado —dijo mi mamá esa noche, cuando le inventé que no me habían dado la beca.

Julia se sacó la mano de la boca y me pidió perdón por mandarme a la concha de mi madre. Me dijo que no había querido ir por ahí: ese insulto no tiene ni pies ni cabeza, no sé de dónde me salió eso, inaceptable. Le dije no te preocupes, perdón yo, digo, perdóname a mí porque no sabía que llegabas hoy y perdón por lo de la policía y pormidesordenmidesastre. Eso lo dije bajito.

Miré los vibradores, uno fucsia, el otro, más pequeño, rojo carmín, como decía en el paquete que me llegó en algún punto del mes a su casa. Nunca antes había tenido vibradores; a Rodrigo le parecían innecesarios, a mí también. No me atreví a preguntarle a Juli, pero en ese momento frente a ella pensé que la mejor opción sería desinfectar los vibradores con alcohol, que fue lo primero que hice en el baño. Antes, me puse un camisón de Rodrigo que me había traído a escondidas de su casa. Acabé la desinfección frente a una Julia observadora y empecé a meter mis cosas en las maletas, ropa

sucia, libros, un par de carpetas con entregas de alumnos. Sentía una cámara de vigilancia en el culo.

Le pregunté a Juli si me podía bañar antes de irme, me dijo que claro. Me dijo: no te tienes que ir. Le dije que me iba a un hotel, negó con la cabeza. No hablaba, probablemente de vergüenza por su falta de feminismo con ese insulto sobre «mi mamá que nunca fue mía», como le conté poco después de conocernos, una tarde de café antes de clases.

Le pedí una mochila y abandonó la puerta para buscar, en el pequeño depósito, el bulto que ahora llevo sobre los hombros con mi cepillo de dientes, desodorante, ropa interior, un par de mudas de camisas y un pantalón limpio. Y claro: una novela difícil, larga y densa, la anestesia ideal.

Julia seguía mirándome, parecía más calmada. Noté su rímel, sus labios brillosos. A ella le encanta maquillarse, lo hace bien. En algún punto, Rodrigo me dijo que eso era contradictorio: o eres feminista o usas maquillaje. Yo nunca estuve muy segura sobre el tema del feminismo. Mi mamá siempre se declaró como una feminista feroz, entonces de chiquita siempre ligué al feminismo con una especie de infierno. Pero Julia es otro tipo de feminista, porque a ella ni siquiera se le ocurriría tener hijos, y porque ella va a marchas y actúa como jefa de seguridad; se viste de negro y protege a todas las mujeres que están dentro de las marchas, por si pasa algo. Pero esta mañana, la desconocí. Nunca me había insultado.

—Juli —le dije—, estoy hecha mierda.

Me dieron ganas de llorar, pero no me salió más que un eructo con un poco de vómito que logré disimular (creo) en mi mano. Me limpié, terminé de meter lo básico en la mochila.

Después de preguntarme por «el chamo aquel», mi mamá se puso a hablarme de un problema con su hermana. Habían dejado de hablarse porque mi mamá reclamó un poco más de herencia de la que le habían dejado mis abuelos. Defendió que su situación era particularmente vulnerable a diferencia de sus otros hermanos. Su hermana le había preguntado qué situación vulnerable si ya se había conseguido a su *sugar daddy* y mi mamá le había dicho que cómo que *sugar daddy* si su nuevo marido, sí, ok, era accionista principal de varias plantas de azúcar en El Valle del Cauca, pero no era papá. Le tuve que explicar a mi mamá el término *sugar daddy*. Se molestó aún más, primero con su hermana, luego conmigo. Me dijo entre hipos que yo siempre le sacaba cosas en cara, que yo siempre, al igual que mi papá, desde que nací, me había creído muy intelectual y que yo nunca le había dado el valor que ella merecía como artista. Mamá, por dios, hacías pulseritas y collares de mierda, le dije, nunca fuiste una artista. A mí también me habían pegado las cervezas y la rabia.

No la he vuelto a ver desde esa noche. Un par de correos más, y ya. En uno de ellos me dijo que se arregló los dientes y que estaba pensando ir a un nuevo retiro de *coaching*.

Se acaba el episodio más reciente del *podcast* de crímenes, el teléfono salta directamente a un *podcast* de terapia, un mexicano que me recomendó alguna vez alguna amiga pasajera cuando Rodrigo seguía en Nepal. La voz de este terapeuta de alguna parte del sur de México me calma, pero lo quito porque cada vez que lo escucho me convengo de que tengo que tomar mejores decisiones, y no es el momento.

Ya estoy cerca del *supermercat* de Hakim. Doy una vuelta para evitar su calle y llego a la calle de Rodrigo por otro lado. Me paro frente a la puerta del edificio. No sé si llamar o tocar el timbre. Quizás llamar es menos invasivo. Llamo. No contesta. Le mando un mensaje: *hola, ¿puedes hablar?* No lo he mensajado desde que me fui, él tampoco. En la conversación, sale un solo *check* —no ha recibido el mensaje. Seguro está meditando con el teléfono en modo avión. Me siento junto a la puerta mientras escucho un *podcast* sobre literatura y sociedad, los vómitos de mi mamá en el baño del bar, la despedida de Julia desde el balcón, un *iten* cuidado! fuerte, arrepentido y aliviado. Le dije que la contactaría para buscar mis maletas. Apoyo mi cabeza en la puerta que abrí tantas veces en el último año creyendo que era mía también, no solo de Rodrigo.

Pienso en tocar el timbre mientras las cervezas después de la casa de Julia y la caminata de casi dos horas me adormecen. No está el miedo que tuve tantas veces por estas calles, el pánico a las sombras de los edificios por la noche y a los gritos lejanos y a los pasos interrumpidos por helicópteros y a las noticias sobre los cuchillazos en el barrio de al lado. Sueño cosas: sueño películas románticas, sueño con la piscina de la casa de San Isidro y con los futuros hijos de Lucía y sueño, también, silencios negros, como exhalaciones largas de dios, del universo, o de los cactus del retiro de *coaching* de mi mamá. Quiero tanto ese negro y ese silencio, que cada vez que me medio despierto, me juro que la próxima despertada sí tocaré el timbre, pero que ahora, en este segundo, estoy cómoda aquí, así, con *podcast* tras *podcast* de fondo, acurrucada en el calor frío de las primeras noches de octubre en la ciudad.

Me despierta la luz suavecita del amanecer, medio azul y medio roja y amarilla y con gaviotas que no hacen ruido. Los audífonos se me cayeron en algún punto. Veo todo el cielo de Barcelona. El cielo entero solo para mí hasta que siento que alguien me mira. Dejo el cielo y veo el hocico y el ojo de un perro, detrás del contenedor de basura. Nos miramos por unos segundos sin hacer ni decir nada hasta que aparece su dueño, un señor canoso con lentes grandes que me mira también, solo que por menos segundos. Me pregunta, con acento caribeño, si estoy bien.

Le digo que sí, que me quedé dormida, solo me estoy mudando. Le digo que no se preocupe. Le digo: no soy drogadicta, por si acaso. Estoy tan cansada; me pesan los ojos y la mochila, los días y las lumbares. Me dice que él tampoco es drogadicto. Le pregunto qué hora es, me dice que casi las siete, le digo que gracias y qué cielo, ¿no? Me pregunta si me hicieron algo. Toso un poco, quiero agua.

—Sí, pero estoy bien.

Frunce el ceño incluso más. Me recuerda a Mirta y extrañaré a Mirta, ni me despedí. Pienso en mi papá y pienso en Rodrigo y siento un terremoto en el pecho, qué pasa si alguno de los dos me encuentra aquí y en este estado. Pienso en una cama solo para mí, sin reclamos de nadie, mientras acaricio al perro, un chiquito que ya está sobre mis piernas. Lame mi rodilla derecha, me muerde un poco la mano, noto que le faltan dos dientes de abajo. Mueve la cola, quiere jugar. El terremoto en mi cuerpo se convierte en temblor, en hamaca. El pelo del perro es blanco, menos en las orejas, que son casi doradas. Le acaricio la coronilla y pone sus dos patas sobre mi pecho; huele a una mezcla de veredas y

hierbabuena. Me mira con su carita tan cerca, me olfatea. ¿A qué oleré yo? En su barbilla de pelos largos tiene manchas negras, como si hubiese comido petróleo o chocolate. El dueño me dice que es un cachorro cariñoso, le digo que se nota, me responde que tiene casi cuatro meses y que se llama Patacón. Ríe, sonrío. Dice: lo saco a esta hora poque más temprano le'a miedo, pura noche, es que aquí que amanece tan talde. Rasco la nuca de Patacón, apoya su barbilla sucia en mi muslo sucio, gime suavecito de placer. Me dice el dueño: te lleas bien con los perros, eso'e quieres buena persona, ¿oyó? Me guiña sin malicia. Nos quedamos callados, la luz del cielo más clarita. Patacón respira rápido. Qué vasto todo.

Acaricio al perro un rato más. Quiero abrazarlo, quiero correr y llevármelo, un secuestro por mi bienestar que se convertiría en el bienestar del cachorro. Trataría a Patacón como a un rey: mi rey; le daría toda la atención del mundo, le compraría una cama, le construiría un hogar. Pero no lo hago. Solo le doy un beso entre sus ojazos curiosos, me paro, le agradezco al señor por su preocupación y amabilidad, y me voy a buscar una cama que no quede aquí.

Barcelona, septiembre de 2011

Tras varias películas de avión, una escala de cuatro horas en Madrid, y todo Salinger (mi papá me había regalado las obras completas el último minuto juntos en el aeropuerto de Lima, sin darme tiempo a rechazarlo), aterricé en Barcelona.

Rodrigo me recibió en El Prat. Nos abrazamos largo, nos dimos un beso en la boca, cuántas maletas, dijo, pareciera que vienes a

quedarte. Nos reímos. Le di otro beso, le quería dar como veinte, por fin estábamos juntos en Europa y los besos en público eran más que normales. Él me dio una nalgada mientras yo empujaba el carrito con mis maletas hacia la salida.

A pesar de todos los viajes intercontinentales que habíamos hecho con Lu y mi papá, era mi primera vez en Barcelona. En esos minutos entre el aterrizaje y la salida, no tenía idea de que mi verdadero primer amor no iba a ser Rodrigo, sino la ciudad. Pero apenas salimos a tomar el autobús, lo olí. La olí. El dulzor amargo de una Barcelona que te acogerá por años, que te esconderá del mundo y te enseñará un nuevo idioma y presenciara en silencio tus diplomas, tus caricias, tus carencias, tus lentes de frasco de vidrio, tu ansiedad de domingo y de lunes y de martes, tus borracheras, tus decepciones, tus pantalones cada vez más sueltos; Barcelona, una amante que te abrazará y te hará mierda y al final, a pesar de todo, o después de darte con todo, te dará una sincera y única libertad.

El cielo era tan azul y tan grande. En el aire flotaban pelusas blancas, delicadas, como bailarinas de música clásica de otro siglo. Y el sol; el sol. Grité de emoción, Rodrigo gritó conmigo, algunos turistas voltearon asustados. Éramos los dueños de la ciudad y del mundo y de nuestro amor. No podíamos dejar de mirarnos. Nos brillaban los ojos. Él ya no tenía *dreadlocks*, se había ido a cortar la barba para la ocasión. Había decidido no tener más pelo después de las rastas. Su cabeza me pareció sexy, la acaricé. Cerró los ojos y sonrió, mostrando esas arruguitas en los bordes de sus párpados grandes. Me encantaban esas arruguitas.

En aquel primer viaje en autobús por la Gran Vía, después de pasar por la zona industrial, me pareció que había muchos árboles.

Los edificios imponentes, pero no modernos, estaban iluminados por ese solazo, esa luz y ese cielo que no dejaban ni dejarían de impresionarme, de envolverme como el brazo de Rodrigo, mi cabeza sobre su hombro. Yo alternaba entre mirar por la ventana y oler y olfatear su cuello con inhalaciones primero lentas, luego rápidas, cortitas, jugando a ser un cachorro. Él se reía suave, me daba uno que otro beso en la coronilla. De pronto me puso la mano en el muslo izquierdo, nos miramos, subió la mano, lento, me sonrojé un poco.

Llegamos a Plaza España. Me pareció grandiosa, monumental. Montjuic a la derecha, donde iría tantas veces a trotar o a llorar; un museo gigante al que nunca entraría; y a la izquierda, un coliseo que en realidad había sido una plaza de toros que resultó ser un centro comercial donde iría al cine a ver, sola, *Titanic* en 3D, *Her*, *The Shape of Water*, entre muchas otras películas de desamor.

Guau, suspiré al bajar del autobús. Bienvenida, me dijo Rodrigo. Caminamos con las maletas por una calle larga, llena de transeúntes tranquilos, hasta llegar a la Plaza de Sants. Allá queda la estación de trenes y ese es el Parque de la España Industrial, señaló. La estación y el parque eran enormes. Asu, qué lindo todo, pensé en peruano. Los bares con mesas afuera, las fruterías con higos a punto de reventar y con las zanahorias más grandes que había visto en mi vida. Los semáforos limpios, el tráfico suave. Quería absorberlo todo, cada detalle. Le sugerí tomarnos algo antes de llegar a su casa, solo para estar un rato afuera, asimilar. Me dijo que por supuesto, preciosa. Fue la primera vez que me dijo preciosa; me sorprendió, me encantó y le dije precioso también. Usaríamos ese apelativo de ahí en adelante, por una década más.

No solo él y yo; todo era precioso, incluso la espuma de la cerveza que me supo elegantísima, aunque no estuviese tan fría. Nos habíamos sentado en una terraza, en una mesita de la esquina, la única que quedaba libre. Eran casi las siete de la noche y aún había sol. Brindamos y picamos olivas y le conté sobre el par de películas que vi en el avión, una comedia romántica francesa, luego una de animación que había ganado un Oscar, me dijo que se había olvidado de lo bellos que eran mis ojos, acerqué y alejé un par de veces mi cara de su cara, me sonrió, me acarició el pelo. Yo no podía creerlo, me sentía como la pareja de la comedia romántica, pero para siempre. Hablamos de los planes del día siguiente (desayunar en la terraza de su apartamento, ir a la Fundación Miró, montar bicicleta hasta el Delta de Llobregat, observar pájaros y seguir hasta la playa y bañarnos en el mar de la tarde), me contó que me tenía una sorpresa, le dije que yo también.

Luego me confesó que, al verme así, en físico, cara a cara y en Barcelona, de verdad y sin huevonadas, había decidido que yo no tendría que trabajar en un bar. Ni en un bar, ni en nada. Antes de llegar, me había dicho que tenía una prima de un amigo que podría ayudarme a conseguir trabajo como *bartender*. Pero en ese momento me dijo te apoyo durante tu carrera para que puedas estudiar tranquila, para que disfrutemos juntos y sobre todo para que aprendamos otras cosas, ¿qué piensas? Le dije: no seas huevón. Se rio, me dijo que sabía que yo me mantendría firme y me dijo que ok, que ya me pasaría el teléfono de la prima de su amigo para que me ayudara con lo del bar, que no lo iba a forzar. La prima de su amigo, la misma prima de su amigo que me haría llorar en esas caminatas solas y tan largas por Montjuic después de que Rodrigo

me contara —antes de irse a Nepal, después de salir del casi sacerdocio— que la amaba a ella también, y a otras, y al mundo todo por igual.

Pero aún no habíamos llegado a eso, seguíamos en el amor de él y yo en el atardecer de Barcelona de las casi ocho de la noche. Tras las cañas que él brindó (dos por cabeza, mientras yo observaba a los de al lado, una pareja de viejitos tomando café con leche y agarrándose la mano de vez en cuando, espantando a una que otra paloma con el periódico), seguimos caminando hacia su casa. La zona ya no me pareció tan atractiva, sino un poco sucia, un condón en la acera junto a una caca de perro pisada, los contenedores de basura a rebosar de botellas de plástico, las paredes sin pintar, un par de cucarachas entrando a una alcantarilla y un pantalón roto abandonado en plena calle. Me recordé que tenía que cambiar mi forma de ver las cosas, dejar atrás mis prejuicios, ser más europea de barrio que limeña de San Isidro. Le dije a Rodrigo que me encantaba cómo iba cambiando el color del cielo y que me gustaba la tranquilidad de los señores tomando cerveza de lata en los bancos de la Rambla de Badal. Uno de ellos eructó.

Llegamos a su calle. Había un taller de carros en el local junto al edificio, el mecánico saludó a Rodrigo (me enteraría poco después de que el señor era su camello, su *dealer*). En dos cuadras esto ya ni siquiera es oficialmente Barcelona, es Hospitalet, me dijo Rodrigo, yo vivo al límite, nos sonreímos, le dije: igual que yo. Éramos tan especiales, tan atrevidos, tan valientes. Eso pensábamos. Él ya me había contado que vivía en un ático y que no tenía ascensor. No me dejó subir mis maletas. Yo subo todo, dijo, usted vaya y échese un baño, por favor. Le pregunté si olía mal, me dijo que claro que no,

pero que había comprado un jabón natural excelente e incluso acondicionador para mí, como le había pedido, y que así a él le daba tiempo de cocinar, con los mejores ingredientes del *mercat* que compró para la cena de bienvenida.

Me dio una llave, me dijo que sería la mía. Abrí la puerta, había un pequeño cartel pegado a la pared con «*Bienvenida*» en su letra cursiva del colegio católico caraqueño y una flecha apuntando hacia la mesita de abajo. De pie, un libro: *Cartas a un joven poeta*. Rilke era su escritor favorito, yo no leía poesía. Rodrigo, al igual que mi papá, pensaba que yo podría ser escritora; yo pensaba que eso era para farsantes, en especial porque en algún punto me lo había recomendado mi papá. Pero le agradecí el detalle con una mordida en el cuello, te amo. Guardé ese libro como mi biblia por muchos años, más de diez, hasta que lo boté y decidí escribir.

Prendí la ducha. El agua salía con mucha presión; esto sí era una ducha española. Estaba agotada y la cerveza se me había subido un poco pero qué gozadera, el agua cayéndome fuerte, limpiando mi viaje y mi pasado. Imaginé que estaba como en un renacimiento o un bautizo, tarareé canciones sobre Jesucristo que había aprendido en musicales gringos —mi papá era ateo, mi mamá también, mi abuela estaba muerta— como *Oh Happy Day* o *Everything's Alright* hasta que se abrió la puerta del baño y era Rodrigo. Le pregunté qué haces y me dijo no me pude resistir y se metió a la ducha y me acarició la cintura, subió al pecho, su barba en mi cuello, sus susurros y mis gemidos. Nuestro aliento a cebada y a aceitunas y a alivio, el agua, las aguas, nosotros. Era mi sueño, no lo podía creer, ¿cómo podía ser todo tan perfecto?, ¿cómo había podido vivir tantos

años, más de *veinte* años, sin esto? Estaba enamorada y él también, por fin. Pensé eso: por fin. Tuve mi primer orgasmo.

Rodrigo estaba en una época no vegana y la merluza en cama de verduras le quedó deliciosa, el arroz también. Él cocinaba bien, yo solo sabía hacer huevos revueltos y queques de plátano y alfajores (los dos productos estrella de mi negocio del colegio) y me dijo tranquila, yo te voy a enseñar. Él sí había tenido mamá. También había comprado una botella de vino blanco, un albariño que nos tomamos lento, saboreando el pescado y nuestra conversación sobre Gurdjieff y sobre el nuevo músico favorito de Rodrigo, un australiano que le había dado la vuelta al mundo en barco. Después de la cena, me dio la verdadera sorpresa: había comprado una carpa para los dos, para hacer excursiones juntos por toda Cataluña. Yo le di mi verdadera sorpresa: había empezado a tomar anticonceptivos para poder tener sexo sin condón por el resto de nuestros días (hasta que estuviéramos listos para tener a Camila y Andrés, mis nombres tentativos). Frunció el ceño, no solo por el nombre de los hijos que ya habíamos discutido varias veces por Skype (él quería ponerles nombres relevantes, Jonás, Penélope), sino más por lo de los anticonceptivos. Me dijo que eso no era un método natural, me preguntó si estaba segura; no quería que hubiese problemas hormonales porque las mujeres se ponían un poco nerviosas, o por lo menos eso es lo que le habían contado sus amigas. Le quise preguntar qué amigas, pero solo le dije que esos eran mitos latinoamericanos y que su amor valía más que mil hormonas. Nos reímos fuerte. Ya se nos había acabado el vino.

Rodrigo me contó que no iba a ir la semana siguiente a las preconferencias del máster; de hecho, estaba considerando no

empezarlo. Le dije que a lo mejor sí estaría bien que hiciera el máster y luego le pedí perdón porque no quería emitir ningún tipo de juicio; él podía hacer lo que quisiera, yo siempre respetaría sus decisiones.

A Rodrigo su mamá le iba a pagar el máster y, al ser hijo único, ya le había caído bastante de la herencia de su papá, un exparamilitar intelectual que murió de cáncer de hígado. Murió esperanzado por el nuevo gobierno que llevaría a Venezuela por las mejores vías que jamás hubiese visto desde la independencia. Eso me lo había contado Rodrigo, quien se resentía con su papá por haberle creído a Chávez. Rodrigo que, de momento y por muchos años más, no tuvo que trabajar, gracias a aquel papá que, a pesar de haber peleado por la izquierda en la selva y en las montañas y en las revistas prohibidas en los sesenta (tuvo a Rodrigo bastante mayor), había heredado acciones importantes de la empresa cervecera más grande del país.

La familia de Rodrigo tenía plata desde hacía mucho tiempo, a diferencia de la mía, donde todo fue más repentino. Más difícil de esconder. Rodrigo tenía derecho a ese dinero, porque no era recientemente robado; el de mi papá era fruto de la corrupción, dinero que hubiese podido mejorar la salud pública y crear mejores universidades y hacer del Perú un país digno, de Sudamérica un continente respetado. Al menos, así lo veíamos Rodrigo y yo.

Rodrigo me dijo que había piña de postre y le sugerí que por qué mejor no íbamos a comprar un postre con un poco de chocolate y harina y *frosting*, que yo invitaba y que también invitaba una copa más y dale, pues. Ya era casi de noche, o ya era de noche, pero ahora es que se ponía oscuro y me encantaba este día tan largo de

verano a pesar de mi agotamiento y me anunció, otra vez tocándome el muslo, te voy a presentar *el meu barri*.

¿Te acuerdas? Ya ibas por el tercer y último mes de clases de catalán. Me sacaste a dar un paseo por tu barrio. Siempre habías dicho que no te gustaba darles la mano a tus parejas en público. Me habías contado sobre las dos novias que tuviste en Caracas durante tu adolescencia a quienes les negabas incluso el dedo meñique. Ese día te olvidaste de tu regla, me jalaste de la mano con los dedos entrelazados, corrimos por las escaleras hacia la entrada. En la calle ibas delante de mí, jalándome aún; parecías un niño enseñando un trofeo. Caminabas muy rápido, ya fuese por el vino o por la emoción. En el primer bar en que paramos para una copa le dijiste al dueño, quien ya te conocía, que yo era tu pareja de la que tanto le habías hablado, la que cantaba bien. El del bar dijo bienvenida, eres más guapa de lo que este tío compartió. Nos brindó un chupito de la casa. Conversamos tú y yo ya no sobre no-hijos ni sobre universidades ni sobre maestros de vida, sino sobre la vida de verdad, el presente, las postales de perros y libros y pueblos del País Vasco pegadas en la entrada del bar, las paredes llenas de estanterías con juegos de mesa, jazz de música de fondo, una copa enorme de vino blanco que parecía de gin tonic y te dije, después de decirte que este era mi nuevo bar favorito del mundo, por qué no jugamos algo, como nos gustaba jugar a distancia, cartas, por ejemplo. Me dijiste mejor acertijos y me hiciste el acertijo de la pistola y el hipo, el que me costó adivinar por más de una hora y un par de copas. Me decías: pero hazme preguntas, pero hazme las preguntas correctas y yo intentaba impresionarte con mis mejores preguntas y tú subías un poco las cejas y me preguntabas si me

rendía y al mismo tiempo me mirabas con ternura y yo quería tanto adivinar el acertijo que al final, en el próximo bar de motociclistas, lo adiviné. El bar de motociclistas no tenía fotografías ni juegos de mesa, pero sí ponían buen rock y el encargado, un argentino, te saludó con un abrazo. Me presentaste otra vez como tu pareja, el argentino gritó feliz, lanzó un puño al cielo, nos ofreció también un chupito, pero dijimos que no, gracias, y pedimos agua con gas. No queríamos emborracharnos demasiado. Queríamos acordarnos de cada momento de ese primer sábado juntos en Barcelona.

Cerraron el bar de motociclistas, se nos había bajado el alcohol y nos provocó una última cosa para llevar a la casa y pasamos, otra vez de la mano, por el *supermercat* que todavía no era de Hakim, sino de Jordi. Era tarde para comprar un vino legalmente, pero en esta zona no importaba y en especial no le importaba a Jordi, *oh, ha arribat el gran Ro*. Eras famoso. Me presenté yo sola, le conté que había llegado ese día de Perú, me dijo debes estar cansada, le pregunté qué solías comprar ahí y me dijo que Red Bulls, tía, Red Bulls y Coca-Cola. Te sonrojaste, me habías dicho que no tomabas refrescos con azúcar. Yo me reí y grité ¡sabía! y te di un beso. Compramos (compré, yo brindo todos los tragos, te recordé) una botella más de vino blanco, el vino me parecía tan barato aquí, subimos las escaleras del edificio y llegué jadeando y la piña sobre la mesa me recordó que ni buscamos un postre, me dijiste no importa, quién quiere postre si hay vino. Sacaste del cuarto de invitados —aquel que más adelante designarías como mi cuarto, para tener cada uno su espacio— la escalera de tijera (me dio tanta risa que la llamaras así) y subimos al techo con la nueva botella. El cielo estaba tan despejado, yo me sentí como en Huaraz, o casi. Huaraz, mi lugar

favorito de Perú que nunca conocerías conmigo y que yo solo había conocido una vez. Miramos las estrellas mientras tomábamos vino blanco de las primeras y últimas copas de vidrio que tuviste en esa casa, sacaste un poco de queso manchego de la nevera porque teníamos hambre otra vez y nuestra juventud nos permitía todo el queso y el vino que quisiéramos.

Volvimos a tocarnos, jugamos verdad o mentira, nos olimos en silencio y nos emborrachamos. Me leíste poesía, me recitaste algo tuyo y yo te recité —te traduje— algo que me habían obligado a aprender en el colegio, me voy a quedar dormida, te dije en algún punto y me dijiste que por qué no dormir en la terraza, te pregunté si en el suelo pero no, tenías una hamaca, la sacaste del cuarto de invitados, me enseñaste a hacer el nudo para hamaca, primero por dentro, la vuelta por fuera como una culebra y hacer un ocho y otra vez por dentro, te dije que esto parecía una clase de salsa o de sadomasoquismo, nos echamos en la hamaca, pocos segundos después caímos juntos al suelo, nos reímos, te dije sifrino, me dijiste ridícula y nos revolcamos hasta la cama que ahora era de los dos, el cuarto para los dos, la casa y el fin de semana y el resto de Barcelona para los dos.

Nos fuimos a dormir esa madrugada creyendo en nosotros mientras muchos catalanes se preparaban para salir a la calle a una marcha por la independencia que cobraría verdadera fuerza y confusión y peleas pocos años después. Nos fuimos a dormir mientras que a Hugo Chávez le crecía el cáncer, como a tu papá a finales de tu infancia, mientras que Lucía lloraba en la cama de Viana porque me extrañaba, mientras mi papá se ahogaba en su trabajo para no pensar, mientras que en Perú comenzaba el reinado

de Ollanta Humala, auspiciado por Chávez. Creímos en nosotros y nos fuimos a dormir sin que nos importara la política ni los recuerdos ni las amenazas; nos fuimos a dormir creyendo que éramos grandes, poderosos, creyendo que creíamos porque nos queríamos. Creímos en nosotros porque merecíamos creer. Fue una bienvenida preciosa.

PARTE 2

Lima, febrero de 2026

Entro trotando a la clínica, directo al segundo piso, final del pasillo. Veo a Emily, la enfermera de noche. Es a quien más conozco, porque por las noches es cuando he podido pasar más tiempo en la clínica, después del trabajo. Fue la voz de Emily la que escuché en la llamada de hace menos de una hora, la que me lo anunció. También fue con Emily con quien aprendí a fumar. Me la encontré afuera de la clínica una madrugada, en una esquina, detrás de un árbol demasiado pequeño para esconder su cuerpo. La saludé y, tras su sorpresa, me ofreció un cigarro. Le dije que sí, gracias. Como si supiera fumar, como si alguna vez hubiese fumado. Aspiré, tosí y tosí. Me supo a mierda, pero quise que me supiera bien. Hubo algo en ese reto, algo que se camuflaba con la calma. Emily me dijo: no te preocupes, así es al comienzo. Nos reímos bajito, me encantó su tuteo. Dijo: debo ser la única enfermera que fuma en este país.

¿Puedo entrar?, le pregunto a Emily mientras me abraza, me dice que claro. Me dice lo siento mucho, Malecita. Me abraza otra vez. Entramos y ahí está. Su cuerpo un poco más pálido —sí, era posible más palidez— sobre la cama, sus ojos cerrados. Ya no están las vías. Quiero gritar. La ventana está abierta y entra una ráfaga de aire salado. Le pregunto a Emily si nos puede dejar unos minutos a solas. Asiente y cierra la puerta al salir.

Me apoyo contra la pared y la miro. Está como en paz, sin dolor. Pero a mí sí me duele. Me duelen nuestros recuerdos de estos últimos años: aterrizar en Lima juntas con todas las maletas del mundo, los gritos de mi papá cuando Lucía no le aceptó más plata, la primera ronda de quimioterapia, la explicación de la doctora, glioma de grado 3, sus cada vez menos ganas de comer, yo aprendiendo a hacer cremas y purés, yo buscando trabajo, ella ayudándome a buscar trabajo, ella buscando trabajo cuando creímos que ya todo estaría bien, las dos encontrando trabajo, los almuerzos incómodos con mi papá, mi primer sueldo en Lima, nuestro viaje a Lunahuaná donde nos caímos al río, el mentiroso que la enamoró y se largó a Texas, su recaída, la doctora Sagástegui diciéndonos, sin capas, sin limeñidad: quedan máximo seis meses. Nos dijo que quizás había opciones, que la radioterapia, pero Lucía se negó. Y ahora que la veo así, ahora que empiezo a llorar desbordada, entiendo que tenía toda la razón. No podía forzarlo más. No importa lo que diga mi papá.

No lo he llamado. Tenía planeados los próximos pasos, solo que ahora no los sé, no los recuerdo. Mi mente está en blanco, mi hermana también. Mi hermana. Me pidió la canción estúpida esa para el velorio, me pidió que hiciera un chiste a mi estilo y me pidió que no hubiese sánguches de pollo. Siempre detestó los sánguches de pollo, esos pequeños panes inflados rellenos de pechuga deshilachada, mucha mayonesa y apio en láminas. Le tuve que jurar que no habría ni un solo sánguche de esos. Yo también los odio. Lo intentábamos tomar todo en broma. En nuestra fantasía conjunta, pensábamos que solo porque éramos nosotras dos contra todo lo

demás, esto no iba a pasar. Empezamos a creer, muy en silencio, en los milagros.

Siento una mano sobre mi hombro. Sé que no es la de Emily cuando veo los dedos gruesos y arrugados, cuando escucho esa respiración Darth Vader. Así lo apodamos Lucía y yo, entre carcajadas, después de verlo en el restaurante de mariscos al que nos invitó a nuestro regreso de Barcelona, cuando ya todo estaba decidido, volver juntas a Lima, hacer aquí el tratamiento. Él me subió la voz, cómo se te ocurre pedir alcohol frente a tu hermana si ya sabes lo que pasó. Varios comensales voltearon a mirar qué. Lucía sacó el labio inferior, como hacía de chiquita. Yo solo le subí las cejas y lo miré a los ojos, tú no me dices qué hacer. Durante toda la cena, escuché y escuché la respiración nasal de mi papá que ya no era tan mío, y encontré algo para burlarme.

Lucía buscaba nuestra reconciliación; él también, pero menos. No hubo más denuncias de la Fiscalía, pero con los años varios «socios» se aprovecharon del dinero que le quedaba después de lo que tuvo que pagarle al Estado. Lo fueron estafando con distintos negocios, vino orgánico, condominios muy al sur, incluso una supuesta inversión revolucionaria para generar una moneda digital solo peruana.

Volteo y me abraza. Dejo que lo haga junto al cadáver de mi hermana. No hay nada más triste que tener que aceptar que ya no es un cuerpo vivo, y de pronto siento también que no hay nada más triste que tener que aceptar este abrazo de mi papá. Es un abrazo que pesa, que no tiene fuerzas, que no se puede sostener. Es un abrazo que se me tira encima y me aplasta como si yo fuese el centro del mundo, donde no hay aire ni escapatoria. Pienso en

volcanes y no digo nada; solo me atraganto con mis sollozos. Poco a poco, me aparto.

Le doy un beso en la frente a mi hermana, le aprieto la mano y le susurro que vamos palante, Lu. Quiero decirle que no, aferrarme a ella, a sus brazos, a su espalda. Quiero que vengan los doctores con máquinas que la revivan. Y si no, me quiero robar su cuerpo, que viva siempre en mi casa, que Emily me ayude. Quiero que exista dios, que venga alguien a decirme qué hacer, qué puedo hacer, cómo puedo dejar de llorar. Lo siento volver a acercarse y niego con la cabeza. Abrazo una vez más a mi hermana. Lucía. Qué hago y dónde mierda estás.

La dejo con él. La escena entre ellos no me corresponde. Salgo y Emily ya se fue, pero hay algo que viene y viene. No lo veo, pero lo escucho; se acerca desde muy arriba, desde un lugar que no conozco y pasa cada vez a más velocidad por el cielo, por las nubes, por la neblina de Lima. Atraviesa el techo de la clínica y me cae encima y sucede que es todo el cansancio de los últimos meses, quizás de los últimos años, pero sobre todo de las últimas noches sin dormir y de ese abrazo de mi papá. Vuelvo a ser la única hija viva.

Tengo que salir del hospital. Se me caen encima las paredes, las puertas, hasta el suelo me cae encima y no sé cómo. Poco a poco, con cada paso lento, con cada paso que no quiere alejarse del cuerpo de Lucía, sé que no puedo correr ni escapar, no como antes. Camino y miro cómo se mueven mis pies, mis zapatos, mi pantalón, hasta que llego a la cafetería, donde le pido a Roberta un café con leche, por favor. Me dice buenos días, señorita Male, y que ya le contó la Emily, que lo siente mucho, que me va a hacer un sanguchito porque tengo que comer, por favor. Así le pedíamos

Emily, Roberta, todas las enfermeras y yo a Lucía en las primeras semanas de la quimioterapia, en aquel primer intento de matar al tumor: come, Lucía (yo); o come, mi Lucy (Emily); o coma, señorita, por favor (todas las demás). Pero por fin entiendo a mi hermana. La comida es un peso que te quita la energía que ya no tienes. Y entonces recuerdo que no les di de comer a los peces esta mañana. Freddie y Mercury, las nuevas mascotas que le regalé a Lucía hace solo tres meses.

Roberta me pone, junto al café y el sánduche, un jugo de piña de botella, aquellos que odiaba Lucía. Recuerdo su pedido de anoche, un jugo de piña fresco. Roberta me abraza mientras me vuelvo a ahogar. Me ahogo y me ahogo hasta que como un bocado. Roberta me dice que un paso a la vez. La miro con rabia, me responde con una sonrisa. Empiezo algunos trámites. Llamada, mensaje, mensaje. La llamada del padre Mateo. El papel uno, el papel veinte.

Regresa la respiración de Darth Vader, que se me sienta al lado tras pedir un café. Me ahoga más esa respiración y ese aliento a vinagre con caries y a colonia de los años noventa. Mi papá, como yo, tiene ojeras, solo que no está despeinado porque ya casi no le queda pelo. Me pregunta cómo estoy y le digo que cómo cree. Roberta le trae el café, aquí tiene, señor. Él me pide un poco de mi jugo, le digo que se lo tome todo, también le arrimo el sánduche. Me dice que Lucía se veía hermosa. Me dice que no sabe qué hacer, que no sabe. Me pide que estemos juntos, aunque sea solo por hoy. Me lo ruega desde lo más profundo de la respiración de todas las galaxias.

Barcelona, octubre de 2021

La mañana olía a jamón; las meseras de la cafetería bromeaban entre ellas sobre sus pretendientes, un señor con uniforme de Correos leía el periódico. Busqué cama como en diez hostales cercanos. No sentía que merecía un hotel. Solo dos respondieron el teléfono y solo uno tenía sitio. ¿Para venir ahora?, preguntó la mujer. Le dije que sí, que ahora. Me dijo que ah, ya, entiendo, no hay problema, aquí la esperamos, justo ha tenido mucha suerte, o hemos tenido. Le dije que necesitaba suerte. Repitió que sí, sí, aquí la esperamos.

El hostel estaba a unos veinte minutos caminando, en Poble Sec, y era más bien una especie de pensión. La llevaba una pareja de bolivianos, ella morena y sonriente, él barbudo y silencioso. Me alquilaron el cuarto que acababa de cancelarles la noche anterior una pareja italiana, un poco irrespetuosos ellos cancelando así, comentó la boliviana, Magdalena-dígame-Magda-nomás, cuando me tocó la puerta unos minutos después de que me diera las llaves de la habitación. Yo estaba llorando en la cama. Le abrí y ella llevaba una taza de té y un paquete de galletas de soda en una bandeja. La dejó sobre la mesa de noche. No pareció impresionarle mi llanto. Me dijo que este era un tecito de bienvenida, que tenía una hija de mi edad (claramente se había fijado en la fecha de nacimiento en mi NIE) y que el día estaba muy bonito pero que el reporte del tiempo en su celular decía que llovería en la noche y que su esposo tenía una hernia. Quizás dijo más cosas, detalles aleatorios que fueron tranquilizando mis sollozos. También me dijo: hija, los males del corazón son lo peor, pero pasan. Sea fuerte, ya ve, así, muy bien,

tómese la agüita que la va a ayudar. Le toca ordenarse y rezar, rezar mucho.

No sé rezar. Tampoco sé cómo intuyó eso de «mal de corazón». Le pregunté si podía rezar por mí, asintió: claro, cómo no. Creo que quiso decir algo más y yo también quería que dijera algo más, pero solo me dijo que mejor se llevaba la bandeja. Me dio la taza, dejó las galletas. Dijo que estaría abajo para cualquier cosita que necesitara, solo que de dos a cuatro hacía una pausa para la comida, pero que su número de teléfono estaba escrito ahí en recepción, en un cartelito para cualquier emergencia. Cualquier cosita solo me llama, ¿sí? Me dijo que los italianos habían reservado por una semana así que yo también podía quedarme esa semanita si lo necesitaba. Le dije que ya veremos, gracias. Me dio sueño. Era mi primera vez en una pensión que se hacía llamar un hostel en Barcelona. Pensé en Roberto Bolaño y en aviones dando malas respuestas en el cielo.

Me pasé el día encerrada en el cuarto con la pequeña televisión prendida, las persianas abajo. En algún punto comí un par de las galletas del paquete. En otro punto, no sé si minutos u horas después, comencé a temblar. Escalofríos que me subían desde las piernas hasta los hombros, que me envolvían la espalda baja, el pecho; los pelos de punta en los brazos, no podía separar los hombros de las orejas. Moría de frío. Me duché como cinco veces con agua hirviendo, hasta que la toalla estaba tan mojada que ya no secaba, sino que casi me mojaba más. Me senté desnuda al lado de la estufa, tiritando, mientras sudaba y cambiaba canales en la televisión. Escribí muchos mensajes de texto. No envié ninguno.

Me dormí en la tarde temprana y me desperté varias veces, en las que prendía y apagaba y prendía la televisión. Cuando abrí los ojos

una vez más, ya era la mañana del lunes. Apagué mi teléfono y me propuse no salir de la cama hasta que dejara de sudar, pero Magda tocó mi puerta poco después. Otra vez, una bandeja con taza y galletas y además un plato con huevos revueltos. Empezó a decir no ha comido nada desde—. Vio la toalla en el suelo, vio mi cara pálida, me tocó la frente. Salió rápido, volvió con una mascarilla puesta. No vaya a tener usted covid, me dijo. Abrió la ventana, le pedí que no, por favor. Tenía frío. Me dijo no se preocupe, me trajo una nueva toalla. Usted lo que tiene es que descansar, dijo detrás de su mascarilla. Un ratito la ventana abierta para que ventile el cuarto, solo un ratito. Esto ya se le va a pasar, ya va a ver. Esta fiebre es para botar todo. Me las conozco de memoria, de verdad. Es lo mejor que puede hacer ahorita su cuerpo: botar, botar.

Yo había tenido covid tres veces, no tenía los mismos síntomas, pero ella igual me trajo un test. En efecto, no era covid. Esa tarde prendí mi teléfono, esperando algún mensaje, pero no había nada. Les escribí a los de la empresa, les dije que tenía covid. Me dijeron que no fuese al colegio de ninguna manera, por favor, que volviera cuando saliera una prueba negativa y que les enviara una foto. Saludos y gracias. Les dije que ok.

Fue casi una semana de fiebre en el hostel de Poble Sec. Llovió todos los días. Todos. Magda me traía menús del restaurante colombiano de la esquina. Me cambió las sábanas sudadas varias veces. Me lavó la poca ropa que tenía. Yo le pagaba el hospedaje, la comida y no decía mucho más que gracias. En la empresa me pagaban igual, no parecieron prestarle mucha atención a mi ausencia, como diciendo «si igual ya se va». Joan y Mireia, un par de profesores del colegio, me escribieron que ojalá me mejorara pronto

si us plau, y un emoticón de una carita feliz pero sudando, que en nuestro idioma era «fingir contentura frente a los niños mientras los insultamos en silencio».

Magda no insistió más con rezos ni conversación. Solo me sonreía y repetía ya va a pasar, todo pasa. En algún punto me pregunté si podría quedarme así para siempre, o al menos hasta morirme. Me sentía terrible, pero cómoda. No tenía responsabilidades. Casi no tenía sentimientos. Podía dejar mi teléfono apagado y entrar y salir de la novela que estaba leyendo y entrar y salir de los sueños que se me metían al cuerpo. En algunos, aún vivía en Lima. En otros, surfeaba. En otros, tenía una hija. Era como vivir en una película que estaba viendo en blanco y negro y muda en el cine al aire libre de Montjuic. Yo sola en un jardín grandísimo echada en una poltrona, viendo y viendo la película que intercalaba la novela, los sueños y los golpecitos de Magda tocando la puerta. Lo bueno es que nunca volvieron las pesadillas del SIN, las que tuve en Lima por meses, y luego todos esos años en Barcelona. Nunca más. Nunca supe por qué.

Poco a poco bajó la fiebre; me fui curando contra mi voluntad. Un día, después de un par de tardes en que Magda no había tenido que cambiar las sábanas del sudor, me preguntó cuáles eran mis planes.

—¿Planes de qué?

—Bueno, ya ha bajado la fiebre, tiene mucha mejor pinta. Planes de trabajo, planes de cuánto tiempo más quedarse, digo.

Y así, tuve que decirme a mí misma que, en efecto, ya no estaba tan enferma. Igual no sabía bien qué responder, o no quería responderle. No tenía ganas de hablar; hasta pensé, por unos segundos, que sería mejor que me volviera a subir la fiebre. Pero fue

más fuerte el recuerdo tan cercano de los temblores espantosos y el sentimiento de absoluta inutilidad, de copa vacía. Le pedí que por favor me tuteara.

—No, yo prefiero hablarle así.

—Ok.

Nunca imaginaría que una enfermera en Lima, años después, podría ser menos formal que una boliviana en Barcelona. Al final, Magda había sido una especie de enfermera todos estos días. Mi vida y la enfermedad.

—A ver. Lo que le quiero decir es que no le hemos estado cobrando lo que le podríamos cobrar a una pareja, por ejemplo. No a esos italianos, pero ya se imagina que con todo esto del covid nos fue muy mal y, como dice mi marido, «somos santos, pero no tanto».

Le dije que no entendía lo que me quería decir.

—Yo creo que usted es una buena chica, buena mujer. Yo creo que usted puede salir adelante. Pero así, tirada sobre una cama, solo se va a enfermar más. Si no es de una cosa, va a ser de la otra. El encierro enferma, ya sabe. Yo creo que usted tiene que volver a salir al mundo, agarrar un poco de sol. Está muy pálida, muy flaquita. No sé qué ha estado haciendo con la comida que le traje porque ni un kilito me ha subido.

La verdad es que no me había estado comiendo todo. Cuando dijo lo del kilo, me vinieron a la mente imágenes mías tirando trozos de arepa colombiana por el baño. No tenía ganas de comer. Solo tenía ganas de dormir, dormir. Ni siquiera me había dado tiempo para terminar de leer la novela en tantas horas, días. Le dije que no era educado opinar sobre el cuerpo de los demás y que claro que me

había comido todo, que quién creía que era yo. Después, le pedí perdón por decir eso último. Y le confesé que sí, que tenía razón.

—Es que en verdad no tenía hambre.

—Ya, la entiendo, pero si sigue así se me va a morir en este cuarto y yo no puedo cargar con otro muerto.

No supe bien qué interpretar de esa última frase. Me acordé del *podcast* de crímenes, me pregunté si Magda había matado a alguien, si por eso había migrado. Un crimen pasional, por ejemplo. O si se refería a otra clase de muertos, si en realidad era viuda de un primer matrimonio con un marido que se había suicidado a los treinta tardíos con cirrosis. O incluso a hijos desaparecidos, o a una mamá que nunca volvió porque la atropellaron en la carretera, o a un hermano con cáncer terminal.

—Yo tampoco quiero muertos.

Me dijo que era una manera de hablar, nomás. Le dije: sí sé. Se sentó a los pies de mi cama. Me miró largo, me puso nerviosa. Le pregunté si tenía algo en los dientes o muchas lagañas, se rio.

—Ya, a ver. Bueno. ¿Quiere contarme qué pasó?

—No.

Y comencé a contarle. Ya no llovía, pero recuerdo perfectamente el tronar de unas obras en algún edificio cercano, un taladro que no interrumpía mi monólogo, sino que lo acompañaba, como una tormenta sabrosa. Magda asentía y asentía mientras yo hablaba de la biblioteca de mi papá en la primera casa, de las plantas de mi abuela, de la vez en que mi mamá se tardaba para ir al bautizo de Lucía, obligado, al igual que el mío, por mi abuela.

Estábamos mi papá, Lucía y yo esperando en el carro. Mi mamá no salía, no salía. Cuando entré a la casa a buscarla, ella estaba en

el baño tomando whisky directamente de una botella. Me acuerdo de ese baño, las baldosas verde con blanco. Le conté a Magda que no me acordaba de qué pasó en el momento después de ver a mi mamá con el whisky, pero que me habían hecho madrina de bautizo de Lucía. Lucía chiquitita y envuelta en blanco, yo chiquita y en un vestido lila con flores que me había mandado a hacer mi abuela, y la iglesia y nosotros cinco y luego un restaurante con peleas.

Le conté a Magda que, mientras crecíamos, Lu y yo celebrábamos ese día de bautizo como si fuese un cumpleaños conjunto, el veintiuno de noviembre, día en el que siempre, siempre hasta que me fui, sin importar que fuese martes o domingo, compartíamos un helado de lúcuma e íbamos al cine. Le conté de mi retiro de meditación con GK, le conté que hacía unos meses me había enterado de que el primer chico al que le di un piquito en mi vida jugando botella borracha se había muerto en un accidente de moto. Le conté del viaje a Cancún, de la pecera que trajo mi papá apenas volvimos, de los dos peces sin nombre que se murieron a las tres semanas después de comprarlos. Y es que nadie en esa casa de San Isidro sabía cómo cuidar un pez. Pocos días antes de morir, los dos peces habían empezado a nadar más lento, y fue entonces cuando Lucía notó el bulto junto al ojo de uno de ellos, algo que al parecer es muy común si no limpias el estanque, si los alimentas de más. Pero nosotras, que extrañábamos Cancún y su sol y su libertad, le echamos la culpa a Lima. Todo era porque aquí no había sol, porque olía a harina de pescado y porque el agua estaba turbia y llena de cal. Lucía nunca volvió a hacer el baile pez que se había inventado en el hotel. Durante el entierro bajo el floripondio, después de llorar

y llorar, me dijo que este sería, siempre, el país de los peces tristes. Estuve de acuerdo.

Le conté a Magda de mi vacío por todo el cuerpo, señalándole exactamente dónde se sentía más cóncavo: el brazo derecho, la parte de atrás de las rodillas, el esternón. Le canté una canción sobre el amor que había compuesto en mi adolescencia, antes de lo de mi papá. La sonrisa de Magda, suavecita, sus ojos aguándose a veces, mis palabras y palabras hasta que, a lo lejos, sonó el teléfono de recepción.

A la mañana siguiente regresé al trabajo. Los niños me abrazaron, los adolescentes me preguntaron, entre risas, si me había escapado de vacaciones a Bali o a mi país. Yo solo les guiñaba un ojo y cambiaba el tema.

Mientras recuperaba energía, me pasaba los días en el colegio, las tardes en el celular, buscando dónde vivir a través de aplicaciones. No era la primera vez que hacía esto, pero sí la primera vez que me sentía tan estúpida, una niña en cuerpo de adulta actuando como una estudiante universitaria buscando pisos compartidos. No podía pagar un piso para mí sola, mis ahorros seguían en la inversión a largo plazo. Ni siquiera me acuerdo de cuántos departamentos fui a ver. Sí recuerdo a algunos de los personajes: un finlandés cuarentón y pálido que me hizo sentir en peligro después de hablarme detalladamente sobre su arte plástico experimental; una pareja de lesbianas que me dijeron que no podía traer visitas a la casa y que la limpieza era un factor no-negociable y que nunca me llamaron para reconfirmar; una estudiante de enfermería que me estornudó encima durante todo el recorrido al piso que había sido de su abuela

y que ahora estaba invadido de huevos de algún insecto en varias esquinas de la sala, del baño y del que sería mi cuarto.

Consideré, en alguna de las madrugadas sin sueño, tirarme por la ventana que daba al patio interior del hostel de Magda. Solo me daba miedo sobrevivir, el dolor de los huesos rotos, la nariz deformada. Una tarde, después de ver un piso en un pueblo a las afueras, en el que había pegado un grito de loca cuando salió un ratoncito de debajo del horno —resultó ser la mascota de la dueña, una catalana de falda larga que se ofendió mucho con mi grito e hizo algún comentario sobre que todas las argentinas son así, como yo—, Magda me recibió con su sonrisa de siempre. ¿Cómo le fue?, me preguntó. Yo ya le había dicho que estaba en búsqueda de vivienda. Le dije que casi me come una rata. Se rio. Me dijo que me tenía una muy buena noticia. Me dijo que ella también había estado averiguando entre sus contactos y que, si me interesaba, había un lugar en el Clot que estaba libre por unos mesecitos, mientras usted encuentra algo mejor. Era de un sobrino del amigo del primo hermano del esposo de Magda, un joven al que le ha ido muy bien con su negocio, pero que se ha ido a casar a Bolivia y a trabajar un poco allá también en lo suyo y después ya va a regresar en enero con su mujer. Magda me confesó que ella había convencido a su esposo de que convenciera a su primo hermano de que convenciera a toda la cadena. Dijo: todo se está llenando de ocupas, todavía más desde el covid, la vigilancia ha bajado, no hay que dejar los pisos vacíos. Me tocó la mano. Me dieron ganas de llorar de agradecimiento o de cansancio, pero tenía el llanto estreñido desde la fiebre, así que solo asentí y le di un abrazo corto, «un abrazo de toro», como decía mi papá cuando se burlaba de que no doy

abrazos pecho con pecho, sino que meto la cabeza para tener el menor contacto posible con el otro cuerpo.

Un par de días después, Magda me entregó las llaves, me deseó suerte. Escribame para un cafecito más adelante. Fue uno de esos milagros pequeños que siempre me dijeron que pasaban en esta ciudad. Era un edificio viejo, funcional. Había ascensor. Un piso con baño y cocina, incluso un tabique (murito que no es pared, descubrí que se dice así) que separaba el comedor de la habitación. Suelos de madera, paredes blancas con una que otra mancha, cama, ollas y platos y todo eso. Nevera pequeña, vecinos que no conocía, una que otra gaviota gritando por la mañana. Sábanas nuevas que compré, almohadas que me dejaron usar, ventanas grandes. Sí. Estaba ahí.

Una de las primeras cosas que hice fue mandar a buscar las dos maletas de casa de Julia —ella fue cortés, parca—, y todo lo que me quedaba en casa de mi ex. Los días de fiebre, cada vez que pensaba en él, lo remplazaba con nombres como Voldemort, Diosdado, Ronaldo, Adolf. Pero «mi ex», aseguró el del *podcast* de terapia, era lo más sano para superar una relación fallida. Dijo: le quita peso, fantasía y, sobre todo, victimización.

Le dejé el hornito, una mesa de noche, mi cama recién comprada. Lo bloqueé unos minutos después de comprobar que mis cosas —mis libros, mi ropa interior, mi *laptop*, mis toallas, mi diploma de la universidad— estaban bien, a salvo.

Caminar se convirtió en mi mejor opción. Al comienzo, la primera semana en esa zona, después de volver del colegio y llegar a la

parada del Clot, caminaba de arriba abajo por la calle Rogent, en dirección al mar, en dirección a la montaña, en dirección al mar una vez más. Poco a poco, las caminatas se extendieron, y fui conociendo Barcelona como nunca antes. Una Barcelona que no consiste en un par de barrios, sino en toda una ciudad. Sant Andreu y la gente con sonrisas y bebés en la espalda, Poblenou cada vez más turístico y caro, Playa Icària y Playa de Bogatell, hasta que llegué a la playa nudista donde me enteré de que un tipo blanco y alto dormía en una carpa que montaba ahí mismo cada noche. Nou Barris y fiestas de salsa y bachata, Hospital Clínic y banderas independentistas, Sarrià y sus clínicas de reproducción asistida, Sant Antoni y ese cine donde me quedé hasta por tres películas alguna tarde.

Cuando me cansaba de caminar, pasaba lapsos de unos veinte a treinta minutos en mi cama, mirando el techo. Me centraba específicamente en una esquina, en una mancha que por momentos me parecía al mapa de Puerto Rico, por otros al de Perú, por otros al de España, dependiendo de cuánto abriese o cerrase los ojos y del ángulo en el que apoyara mi cabeza sobre la almohada. Fue la almohada más dura que he tenido en mi vida; también, la más cómoda.

Me miraba pensar. Pensaba en que, si piensan así todas las cabezas del mundo, cómo no había explotado el mundo con tanto pensamiento. Pensaba en el pasado, en el futuro y en cada una de las vidas que hubiese podido tener si hubiese tomado pequeñas, pequeñas decisiones distintas. En la vida que hubiese podido tener el perro que ladraba a lo lejos, en la vida que hubiese podido tener el señor nudista con carpa, en la reencarnación. Pensaba en las

charlas inacabables de Mirta, en la temperatura del mar donde grabaron el naufragio de Tom Hanks. Pensaba en la libertad de los monos en la selva, pensaba en cuándo descubrirán un nuevo planeta, pensaba en si las flores sufren cuando las cortan.

No tenía mucha gente con quien hablar. A veces, intentaba conversarle al dueño del bar junto al edificio. Le hacía bromas prudentes mientras tomaba cervezas sin alcohol e intentaba leer, pero él solo asentía y miraba hacia el horizonte, como si esperara nuevos clientes o como si pudiera ver el atardecer en su país. Su cara me recordaba a la de Hakim, solo que más flaca, las cejas mucho más gruesas. Sus labios nunca sonreían; se mantenían siempre un poco hacia afuera y abajo, como un beso muerto. Hakim sonreía todo el tiempo. De vez en cuando me daban ganas de visitarlo, en especial en las tardes de sábado, cuando todo está callado y se siente una especie de paz, los carros van más suave, las risas suenan más lejanas, las patatas bravas se comen una a una, lento. Nadie está ansioso —aún queda el domingo. El vértigo del final del fin de semana no llega hasta el domingo.

Y fue una mañana nublada de domingo, mientras miraba la mancha —esta vez, pensaba en qué pasaría si no existieran las películas, en cómo sería la humanidad—, cuando me interrumpió una llamada de un número desconocido. Así salía en la pantalla: Desconocido. Algo en mí sintió que podría ser mi ex. Me reí de mí misma, áspera. Contesté con desidia; debía ser una llamada de cualquier compañía de teléfono, de luz, de gas. Llaman en las horas menos adecuadas y en las más—; llaman siempre. Apreté el botón del telefonito verde, pero no hablé. Siempre hacía lo mismo, dejaba que ellos hablasen a ver qué querían.

—¿Aló?

Dijo una voz ronca, cansada.

—¿Aló?

Repitió.

—¿Male?

Era mi papá.

—Male —pausa. Silencio, inhalación y otra pausa—. Hola, mi... — exhalación, siguiente pausa, y un siguiente—, oye, te llamo porque, ¿cómo estás?

Su voz áspera y dulce, como la de un viejo roquero con dolor de garganta. Su voz ya sin rogar. Una voz muy diferente a la que me pidió de todo en su momento, primero el cálmate en Lima, el todo tiene solución, luego el por favor no te vayas, no tiene sentido, además casi ni lo conoces y tampoco conoces tanto de la vida para, después el volver a rogar perdón, un ruego de por favor no en España, qué vas a hacer allá tan, tan lejos y estudiar ahí no tiene sentido, ¿me estás escuchando?, hasta llegar a los primeros meses y años en Barcelona: reina, dame tu número de cuenta de banco para apoyarte, reina, dime cuál es tu dirección, y ahora cuál es tu nueva dirección, y un año después ahora dónde estás viviendo, queremos mandarte un regalito, luego oye y si vienes a visitarnos, hasta que llegó el cuándo te podríamos ir a visitar. Siempre usaba el plural, uniéndose a Lucía para desvincularse de sí mismo. Nunca le di mi número de cuenta, nunca le acepté los regalitos. Quise decirle que estaba

—Bien.

No le colgué porque no escuché un plural. No era Lucía llamándome para pasarme a mi papá, no era mi papá llamándome

junto a Lucía cada noche hace años. Tenía que ser algo serio, pero no le iba a preguntar qué. Me imaginé que ya había llegado el momento, que lo iban a meter a la cárcel o que iba a salir alguna nueva noticia, tantos años después. Más basura y más engaños y más corrupción. «Bien» era un gran, amable detalle de mi parte. Además, seguro lo estaban grabando y saldría mi voz dentro de poco en alguno de esos nuevos *podcasts* peruanos *wannabe* CIA. Los nuevos *Laura en América*, los nuevos programas de chisme, pero con la etiqueta de *periodismo de investigación*. Yo no hablaba con mi papá desde su cumpleaños, cuando Lucía me rogó que lo felicitara, son sesenta, susurró, haz el esfuerzo.

—Ya. Qué bueno, qué bien. Me alegro, mi amor. Oye, quiero que sepas que todo está bien. Todo ok, antes que nada. Te estoy llamando de un teléfono privado, pero no te preocupes, qué bueno que puedas hablar.

Nunca me había dicho mi amor, siempre mi reina. Tampoco solía decir «ok». Algo no estaba «todo está bien».

—¿Ah?

—Oye. Es que... Lucía ha tenido un accidente.

Me atraganté. Tosí una vez, dos y mi papá me preguntó si estaba bien, seguí tosiendo, me dijo tranquila, no ha sido grave, pudo haber sido mucho peor, pero está bien. Solo ha tenido que quedarse una noche en la clínica, yo estoy acá y va a estar bien, nos vamos a poder ir a la casa hoy mismo, eso dice la doctora.

—¿Qué? —tosí más—. ¿Qué pasó?

—Chocó contra un poste porque estaba manejando muy rápido. Y cuando entró a la Javier Prado por la Panamericana, esa curva, ¿te acuerdas?, bueno, no pudo controlar el carro. Lo que sí quiero

pedirte, por favor, Male, mi rei— solo quiero pedirte que hables con ella. Lo que pasa es que estaba con alcohol, no, con *mucho* alcohol y ya tiene un tiempo así, seguro lo sabes tú también, pues, bueno, sabrás más que yo, ustedes que hablan todo el tiempo, ¿no? Es que, es que yo ya no sé qué hacer, cómo decirle que tiene que cambiar esto, pero tú, siendo su hermana mayor, puede que. Su mamá ni me ha contestado, ya sabes, y

—¿Qué? ¿Le pasó algo? ¿Está bien? ¿Qué hace en la clínica?

—No, nada, no pasó nada, ni un rasguño. Un golpe, nada más. Nada serio. Solo que, bueno, parece que tuvo mucha suerte. Mucha, ah. Dicen los expertos de acá que solo por un par de centímetros el poste no le reventó la cabeza. Se nos salvó tu hermana de milagro, reina. De verdad. Pero está bien. Todo está bien.

Mi papá nunca creyó en los milagros, yo tampoco. Le pregunté quién la había encontrado así y me dijo que la policía la había mandado a la clínica, pero que no me preocupara por eso, él iba a solucionar el tema de la policía y el alcohol. Dijo:

—Eso no es lo importante.

Las coimas no son lo importante, nunca son lo importante, no en Perú. Y en ese momento, a mí me importaba solo Lucía, mi hermana menor, que nunca me había contado que tenía un tema con el alcohol. Qué casualidad.

Hablé con Lucía algunas horas después. Le habían dado unos sedantes para que pudiera pasar la noche en la clínica; había estado muy nerviosa la noche anterior. Se despertó tarde. Recordé su fobia a las agujas. De chiquita, antes de mudarnos, en cada ocasión de vacuna, corría por todo el centro de salud, escabulléndose entre estanterías y camillas; hubo que atraparla más de una vez entre las

enfermeras, mi papá y yo. Recordé la vez, ya en San Isidro, en la que nos tocaba un examen de sangre a las dos. Lucía tendría unos siete años. Se había despertado temblando, pálida; nos había llorado todo el trayecto a Viana, a Segundo (el chofer) y a mí. No me hagan esto, no me hagan esto. Al entrar a la clínica, dándome la mano, su llanto se convirtió en silencio, y sentí su tensión pasar por mi brazo hasta mi espalda, su piel contra mi piel, su palma sudada. Pensé que estaba exagerando. Decidí que, si le prestábamos menos atención, dejaría el drama. En la sala de espera, mientras Viana y yo criticábamos a las *celebrities* demasiado flacas de una revista extranjera, Lucía desapareció. Había salido sola de la clínica, se había despedido de la recepcionista de moño apretado y labios guindas con un subir y bajar del mentón, y se había sentado en los escalones de la entrada a comerse una bolsa entera de M&M's (comprados con su propina del día en la máquina expendedora de la clínica, probablemente una de las pocas del país que vendía golosinas estadounidenses). Sabía que no podrían sacarle sangre si no estaba en ayunas. El castigo de mi papá fue contundente: dos semanas sin propina. Lu no había considerado la posibilidad de que el día siguiente, además del castigo, por muchas patadas que diera, mi papá tendría que faltar a su reunión del directorio de la mañana para llevarla, decepcionado de mí y de Viana y de Segundo, personalmente a la clínica, haciéndole cariño en la cabeza y contándole historias de la niña del bosque mientras, echada y gritando, le sacaban sangre.

Lucía me contestó con voz asustada, una voz de sieteañera que engulle golosinas en las escaleras de una clínica.

—¿Aló?

—Lu, ¿Lu? ¿Estás bien?

Silencio.

—¿Lucía? ¿Estás?

—Sí.

—¿Qué pasó?

—Ya te contó mi papá, ¿no?

—¿Qué? Cuéntame tú. ¿Estás bien? ¿Cómo te sienten—?

—Nada, Male, un choque. Cosas que le pasan a la gente adulta que maneja. Que conduce, como dirían allá.

—Lucía.

Silencio.

—Lucía.

Y me empezó a subir la rabia, una bestia sin cauce, una tembladera que no tenía idea de cómo controlar. Intenté respirar, pero—

—¿A qué estás jugando? ¿Me puedes explicar qué pasó? Explícame. Explícame *ya*. Lucía. ¿Qué te pasa? ¿Te quieres matar?

—Obvio que no me quiero matar. Cálmate.

Su tono ya no era de niña. Nunca me pregunté lo suficiente sobre la vida de Lucía. Solo me preguntaba sobre mi vida con mi ex o mi vida huyendo de Perú. Me regodeaba con mi estado de inmigrante *self-made* y mi capacidad de haber roto con el estándar de la Lima pituca. Pero a Lucía, que siempre fue tradicional, que ya llevaba tres años con un enamorado (así le dicen en Lima a una pareja) de su edad, un estudiante de Administración de la Pacífico —César o Lucho o Jaime—, me la imaginaba casándose máximo en un par de años, embarazada un año después. Nunca me la imaginé casi muerta por un choque en plena borrachera.

—No, Lucía, icarajo! Tú eres la que se tiene que calmar si quieres seguir viva.

Se me salió ese carajo y ella me respondió con la respiración entrecortada que escuché por tantos años metiéndose a mi cama después de una pesadilla. Lucía entraba llorando a mi cuarto, chillaba mi nombre y yo la calmaba con un ven, Lu, ven aquí. Yo seguía despierta a las once y pico de la noche leyendo con la *night light* secreta que me había regalado mi papá, porque Viana nos hacía dormirnos máximo a las diez; apagaba la luz de nuestros respectivos cuartos a pesar de mis ruegos.

—Ay, Male. Por favor. No jodas. No te hagas, ¿ya? No eres mi mamá.

Hablamos un poco más. Me disculpé por mi tono. No sabía qué más decir. Pensé en comprarme un pasaje e irme a Perú. Pensé en bloquearla y desaparecer por completo. Sentí algo muy nuevo. Mi corazón y luego mi pecho se iban llenando de agua salada, de mar con olas suaves pero muy, muy largas, olas de abandono, sin nada más que agua y un poquito de espuma y más agua.

Colgamos con una promesa de Lucía: no volvería a tomar alcohol hasta que no se sintiera mejor, más segura de sí misma. Me dijo que quizás quería terminar con su chico, que había estado tomando con él antes del choque. Me dijo que quizás quería irse a estudiar a Estados Unidos. Tuvo que colgar porque entró la doctora. Yo no quería colgar, pero sí.

Salí a caminar; solo llegué a la esquina. Me agobiaron las mesas de domingo llenas de gente celebrando que sobrevivieron una semana más. Me agobiaron las carcajadas, las palomas cojas, los niñitos en patines. Regresé a mi casa y a mi posición estelar:

horizontalidad con la mirada apuntando a la mancha en el techo, que en ese momento se me pareció más a una nube que a cualquier mapa.

Recordé el correo que le había mandado a Lucía pocos años después de mudarme a Barcelona. Era un mail muy cordial, casi como si no fuese su hermana, sino una investigadora privada que le entregaba un reporte que le debía. Y adjuntaba un documento que había escrito tras mucha investigación sobre qué había hecho mi papá exactamente. De dónde había venido todo ese dinero que nos había dado casa, colegio, inglés. Era como exponer a un ladrón parte de una mafia de muchísimos ladrones, donde ya no se sabía quién era el cabecilla de todo. Pero no importaba. Lo que importaba es que nuestro papá había sido parte de eso conscientemente, para corromper a varios más y para callar algunas cosas. Ponía fechas, nombres, datos. Ponía también lo que había pasado en todo el país durante los noventa, más allá de que se terminara el terrorismo y de que mejorase la economía, que eso no lo negaba nadie. Ponía todo lo que había hecho el SIN, cada crimen probado. Ponía el informe de la Comisión de la Verdad. Ponía lo que había ocurrido durante ese tiempo que estuvimos en el hotel en Cancún. Lucía nunca respondió al correo. Nunca mencionamos el tema. Y esa noche, más que nunca, me arrepentí de habérselo mandado. ¿Para qué torturar a mi hermana con algo que no era su culpa? ¿No era ya suficiente ser huérfana de madre e hija de mi papá?

No dormí bien, no dormí casi. Cada vez que lograba dormir un poco, soñaba. Sentí vértigo. Quise llamar a alguien, a quien fuese, al mexicano, a Magda, a mi ex, al Otro, a Juli, a Mirta. En alguno de mis sueños, un amigo del colegio con quien salí en la adolescencia

me pedía matrimonio mientras yo observaba cómo se acercaba un tsunami hacia el barranco de Lima. En otro sueño, tomaba y tomaba y tomaba cervezas en el baño de la casa de San Isidro mientras Lucía golpeaba la puerta. Gritaba, rugía, suplicaba desde el otro lado: no eres mi mamá.

El día siguiente, mientras arrastraba las plantas de los pies sobre las hojas de otoño, noté la tensión incluso antes de llegar al colegio. En la rambla principal, la gente caminaba demasiado rápido para ser tan temprano. Había más papás y mamás de lo normal acompañando a los niños, quienes solían ir solos de la casa al colegio. Nadie andaba en bicicleta ni en patinetes. El café frente al cole estaba cerrado, algo nunca antes visto un lunes por la mañana en Gavà.

Yo no me había comunicado con ningún profe durante el fin de semana. No le había vuelto a hablar a Tom el inglesito desde la última escena en casa de Julia. Él había sido mi aliado principal del trabajo. La aliada segunda era Mireia, la profesora de los de primero de primaria, que ahora estaba de baja por un covid que se complicó. Yo le había ofrecido ir a visitarla al hospital, pero me contestó por mensaje de texto que no hacía falta, que la estaban cuidando su familia y su novio, que no era tan grave y que nos veríamos pronto. Así se vio truncado mi plan de hablar, de contarle de mi último par de meses, burlarme del pasado, lucir mi alcanzada sobriedad. El aliado tercero era Joan, el profe de Gerard y compañía, que me daba más flojera que nada.

Al entrar al colegio casi me choqué de cara con Aitana, la profesora de historia de los de tercero y cuarto de la ESO. Estaba susurrándole algo a otra profe de dientes enormes que nunca supe qué enseñaba. Les dije *bon dia* y ambas miraron hacia la nada o el horizonte, como el dueño del bar. Pensé en qué bonitos los ojos azules de esa otra profesora, pensé en si mi vida sería distinta si mis ojos fuesen azules. Les repetí *bon dia* y la de los ojos se escabulló hacia las escaleras después de un breve subir y bajar de su mano. Aitana notó mi confusión. ¿No te enteraste?, preguntó, y le dije que no, *per què, què ha passat?* Me respondió en castellano pues es algo muy grave, nunca antes había pasado algo así, creando tensión dramática antes de revelarme la noticia: ayer en la mañana encontraron muerto, *apuñalado*, al hijo de Quim. Marc, se llama. Llamaba. Perdona, ay. Es que de verdad. Aquí, en el patio interno. Parece que había estado ahí desde la madrugada.

¿Que *qué?*, pregunté. Quim es el profesor de química. No entendí. Ayer mi hermana, ¿hoy esto? Sentí un escalofrío, una corriente eléctrica y repentina que se quedó un rato en mis clavículas, como la estela de un avión. Me dio miedo que se convirtiera en calambre mientras Aitana me decía que pobre, nadie se merece algo así. Pobre Quim también, *clar*, está hecho polvo.

Aitana me aclaró que Marc no era uno de mis alumnos; ya estaba en bachillerato. Después de la ESO, los profesores externos no les enseñábamos inglés a los mayores, ya fuesen de bachillerato o formación profesional. Me dijo: parece que él quería ser ingeniero, montaba lío, pero ya se había estado encaminando con eso del box, lo estaba ayudando mucho. Ay, el Marc. Era brillante, ¿eh?, de ciencias, eso sí, y parece que era muy cercano a los de cuarto de la

ESO. Oye, María Alejandra (en el colegio me llamaban así; con el tiempo me empezó a gustar, me hacía sentir poderosa —dos nombres, como las reinas), que sepas que todo ese curso está muy afectado. A ellos sí que les das clase, *oi*? Asentí. Siguió: pero muy que muy afectados, ¿eh? Pobres. Qué tragedia. Una tragedia. Suspiró.

¿Cómo que apuñalado? Por fin pude hablar, pero sonó el timbre de comienzo de lunes y ella solo negó con la barbilla, volvió a suspirar, y se fue.

Mi primera hora de clase era con el salón de P5-A. Bajé a la zona de *educació infantil*. En el umbral de la puerta del salón me recibió Joan, el profe. Joan guapísimo y en sus treintas tempranos, amable, heterosexual, gran partido —cero mi estilo. Me preguntó, su nariz cerca a la mía, si había oído la noticia. Le dije que Aitana me había mencionado algo rápido pero que no entendí bien qué pasó, ¿lo mataron? ¿Qué pasó? Alba vino corriendo a abrazarme las piernas. Yo quería preguntarle a Joan si los niños sabían, pero él se me acercó al oído, su aliento a naranja, y me susurró, acariciando la cabeza de Alba, no sé mucho, no se sabe mucho, pero *ep*, que el Marc era primo de Gerard y él no ha venido hoy a clase.

Yo sabía bastante de la vida de Gerard. Habíamos hablado de él varias veces con Joan. Alguna vez, Gerard me había dicho que le gustaría venir conmigo a Perú porque *i like* ir de vacaciones y *my mom* también es de ahí. Para Gerard, Perú y Honduras eran lo mismo. La mamá de Gerard era de Honduras, su papá de un pueblo del sur de España. Gerard se llamaba así para encajar en Cataluña. Marc, su primo muerto, en realidad no era su primo. La exesposa del profesor Quim, la mamá de Marc, se había hecho muy amiga de la

mamá de Gerard hacía unos años porque iba cada tarde al bar donde trabajaba la mamá de Gerard. Se contaron cosas, un poco como yo a Hakim, pero entre mujeres. Un día (o una noche, no lo sé) la mamá de Gerard quedó embarazada y le pidió a la mamá de Marc que fuese la madrina. Desde entonces, Gerard y Marc «eran primos».

Este enredo me lo había contado Joan en el tren hacia Barcelona, alguna tarde antes del verano; al parecer, Marc a veces ayudaba a Gerard con las tareas, unas entregas desastrosas que a Joan le divertían mucho. Joan dijo que por esos detalles valía la pena ser profesor. Se llevó tan bien con Gerard y los niños de su edad que desde dirección lo dejaron seguir con ellos; pasaría de P4 a P5 en el nuevo año escolar. Ni él ni yo nos imaginábamos lo que pasaría con el primo de Gerard. Cuando nos bajamos del tren, me invitó a tomar una caña; le dije que no, gracias, que otro día. Su aliento y su exceso de información me habían empalagado.

—Si quieres hablamos luego —dijo Joan, rápido, esa mañana después de la noticia de Marc.

Yo no quería hablar con nadie. Entré al salón de clases. Los niños estaban de lunes. Mucho ruido al comienzo, muecas, palabras en inglés inventado, «buening», «lunday», una que otra palabrota en castellano aprendida de sus papás, «hostiaputa», «gilipollas». No les corregí el inglés, no les llamé la atención con las groserías. Me senté en la silla de Joan, abrí una de las gavetas a ver si le encontraba algún defecto al susodicho, unos antidepresivos, una notita sucia de la profe practicante. Pero solo había lápices con puntas tajadas a la perfección y una regla. Cogí la regla, la toqué, la miré de cerca. Los niños seguían hablando. Me aturdí. Dije, alto: *quiet, please*. Dos

veces. La tercera vez, más alto. Nadie me hizo caso. Entonces rompí mi propia regla de hablar solo en inglés.

—¡Silencio!

Todos voltearon a mirarme; un par, boquiabiertos. Les dije que íbamos a recordar cómo decir nuestras emociones *in english*. Comenzó Alba, que dijo: *I am* —se abrió la puerta de clase. Era Gerard. Entró sin mochila, con un papel aluminio que tenía algo dentro y que dejó sobre una mesa de la esquina. Dijo *sorry, miss* María Alejandra. Le pregunté qué era ese papel y me dijo que *is a bocadillo*. *A sandwich*, corregí. Yo no había tocado el tema del hijo de Quim, pero no podía dejar de pensar en él y en Lucía mientras le reenseñaba a toda la clase cómo decir las emociones: *I am happy, I am angry, I am sad*. No les enseñé lo único que sentía en ese momento. Miedo. *I am scared as fuck*.

Terminamos jugando a las charadas en castellano. Gerard, en plena mímica de otro alumnito, le clavó un lápiz a la mesa, tan fuerte, que el lápiz se deslizó rapidísimo y se incrustó en su muñeca izquierda. No hubo sangre, pero gritó de dolor. Se me acercó a enseñarme su mano y yo di dos pasos hacia atrás. Temí algo. Como si me pudiese contagiar su debilidad. O su primo muerto. En alguna capa de mi monólogo interior ilimitado me pregunté incluso si había sido él, mi alumnito de casi seis años, el de la mamá de mierda y del papá desaparecido, quien había acuchillado a su primo mayor, a su ídolo. Decidí no pensar más, meterme en una niebla mental. Y así se fueron sucediendo mis clases de lunes. Digamos las emociones, las frutas, seamos animales. Poco esfuerzo, poco inglés. En algún punto, ya eran las doce y quince: hora del primer recreo.

Respiré profundo. Olía a mar y a meado y al chicle de eucalipto que me acababa de meter a la boca. Apoyé las palmas contra la pizarra de la clase de primero de primaria, donde había dibujado caritas para describir cada emoción y también animales que parecían monstruos. A diferencia de Lucía, nunca supe dibujar. Me miré las manos. Delgadas. Líneas muy finitas en diagonal y horizontal que se cruzaban desde el fin de la muñeca hasta el comienzo de cada dedo. Más arrugas en las manos que en cualquier otra parte del cuerpo. ¿Habría gente que querría quitarse las arrugas de las manos y no solo de la frente o del muslo? ¿Qué tenían las manos de irrelevantes? ¿De valiosas? Seguí. Mis dos dedos índices un poco girados hacia afuera. Las uñas limpias y un poco largas parecían de profesora de universidad o de médica de cabecera o de gestora de proyectos culturales. O de escritora. O de hermana mayor. Pensé en todo lo que podría hacer con estas manos. Pero me enfurecí, porque no podían frenarme, ni siquiera en ese instante en que estaba haciendo el ejercicio que recomendaba GK, el profesor de meditación, de empujar la pared (en este caso, la pizarra), de percibir las sensaciones desde la cabeza hasta los pies, la superficie, el aire, la temperatura, inhalar por la nariz, exhalar por la nariz y que la respiración suene como un oleaje. No funcionó.

Salí. Joan estaba fumando en la esquina de la entrada del colegio. Me vio, me sonrió.

—Te ofrecería uno si fumaras, ¿eh?

Le pregunté que cómo sabía que yo no fumaba. Dijo que se me notaba en la piel, luego se rio, dijo que porque yo nunca salía a fumar. Le dije que me encantaría fumar, que quizás me ayudaría a relajarme, solo que nunca lo había intentado.

—Ni se te ocurra.

Pensé seriamente en comprarme una cajetilla de cigarros mientras me preguntó algo y le respondí algo más. Mi cerebro estaba en otro lugar, lejos. La ansiedad, en cambio, estaba en mi estómago, en mis pulmones, en mi garganta. Y a pesar de que la sensación me llenaba e hinchaba, todo era vacío; todo mi cuerpo estaba, otra vez, vacío. Y toda mi vida también. No había nadie. Joan era un fantasma, un desconocido, una paloma. Su boca se movía, le dije que no estaba muy bien y que iba a comprar agua. Pensé en el océano Pacífico. Le sonreí a Joan y le dije nos vemos luego. Me preguntó qué pasa, es por lo de—, subí y bajé la mano, meneé las caderas en un merengue extraño. Le dije que tranquilo, *tot bé*; solo que es *lunday*. Se rio. Quise ser su risa.

Fui al *supermercat* a dos esquinas del colegio. Entré rápido, me paré frente a la nevera. No había botellas de agua fría. Sí había Coca-Cola, que detesto. También había jugo de manzana y de durazno, artificiales. Y había Estrella y San Miguel y Mahou. San Miguel de 330ml, pero también de 500ml y no lo dudé. Fue menos de medio segundo en el que tomé la decisión de que fueran dos San Miguel de medio litro. El dueño, gordo, cincuentón, blanco y con un tatuaje de flores que recorría su cuello, su cachete y su frente, pasó las cervezas por el escáner.

—Qué lío lo del chaval ese —dijo.

Asentí, notó mis pocas ganas de responder, de conversar. Dijo: pues son dos euros. En Gavà todo era más barato. Pensé en mudarme a Gavà. Saqué monedas. Me preguntó si era lunes de fiesta. Negué con la cabeza, pagué y metí las cervezas en mi cartera, dije gracias. Las latas, doradas y blancas, muy frías, se

sentían como la mejor cura. Me pregunté qué estaría haciendo mi hermana, pero en Perú era de madrugada. Estaría durmiendo. ¿Se arrepentía? ¿En sus sueños, al menos? Me pregunté si estaba con mi papá al lado. Me pregunté también si mi papá se arrepentía de algo, de todo.

Y más de diez años después, en Gavà, yo era la que estaba insegura, más que nunca. En el camino del *supermercat* al colegio no pude dejar de tocar las cervezas heladas. Veintiún días y medio de desintoxicación y me pesaba el hombro derecho como si llevase piedras. Pensé, sin saber nada de Grecia ni de las leyendas, que era como un Sísifo que ama su propia piedra. Sísifo, ese nombre que parecía un sifón, un sifón de cerveza, de las artesanales que amaba. Qué estúpido pensamiento, pensé y me reí un poco muy fuerte. Decidí botar las cervezas en el siguiente pote de basura, recordé todo el esfuerzo de las últimas tres semanas. Pero lo único que boté a la basura fue el chicle de eucalipto que ya solo sabía a plástico.

Cuando llegué al colegio, Joan se había ido de la esquina. Había pensado en pedirle una calada del cigarro, solo para ver si algo cambiaba, pero no. Me metí al baño más cercano, lavé la tapa de las latas que podían tener trazos de rata y abrí la primera San Miguel. El clic me sonó a gloria y a perdición.

Las arrugas de mi mano sobre la lata de cerveza se veían preciosas. Me fijé en los garabatos de la puerta del baño, «aina <3 laia», «i, inde, indetuputa», «la chichi por mi chacha», «xavicristi», «àO:», «jo soc tu sucks». La cerveza no me supo bien. Dulce, pesada,

amarga pero no tanto. Me había acostumbrado al café. La tomé más rápido. No como si fuese agua, pero casi. Era como tomar, obligada, un jarabe medicinal.

A partir de un punto, me empezó a gustar el jarabe, su efecto en mis dedos de los pies. Se relajaron mis hombros, se comenzó a inflar mi barriga. Por fin, otra vez, un lugar donde nada importaba, donde lo de afuera estaba muy lejos de lo de adentro, o muy cerca, donde mi piel ya no era yo del todo, sino parte de cualquier cosa insignificante; una piedra del desierto, un pedacito de glaciar, un apellido caducado.

Sentí mi pulso empujarme desde el coxis hasta las cervicales, como si estuviese en un concierto, adelante atrás, adelante atrás. No sentía tanto mi pulso desde la única vez que comí un *happy brownie*. Fue en Lima. Me lo hicieron probar un par de hijos de diplomáticos que luego me enteré de que buscaban hacer un trío conmigo y que no lo lograron debido a mi ataque de pánico en el parque del Olivar, el que parece un bosque de cuento de hadas, al menos si acabas de comerte un *happy brownie* entero en una noche de niebla de agosto, cuando agosto aún significa invierno porque sigues en Lima, cuando estás en el colegio, pero ya casi te gradúas. Casi un año antes del 4 de julio, antes de esa mañana en la que yo quería explicaciones, razones, calma. Una mirada.

El adolescente que se murió tenía la edad que yo tenía cuando me comí aquel *happy brownie* en ese parque de sombras y dinero. Intenté recordar cómo había sido tener esa edad, diecisiete. Hambrienta y con límites. También me imaginé cómo sería que se muriera una amiga a esa edad, pero no pude —en ese entonces, no tenía muchas amigas. Las adolescentes de mi colegio, a partir de

cierto punto, me habían comenzado a generar ansiedad, rechazo. No sabían, según yo, lo que era ser humana. Solo sabían chismear, tomar vodka con jugo de naranja a escondidas de sus papás, y burlarse de todo lo que no fuese parte de su clase social, de su color de piel, de su herencia. Estúpidas, pensaba. No sabía que la gran estúpida, muy poco después, sería yo.

Me acabé la primera cerveza mientras miraba la puerta del baño. Abrí la siguiente. El segundo clic no sonó tan bien como el primero; sonó más a hastío que a ilusión. Quedaba poco para el fin del recreo, según la hora en mi celular. Pensé en hacer una competencia conmigo misma: «a ver quién toma más rápido». Un segundo antes de empezar, sonó la puerta del baño y luego unos pasos. Me congelé. Estaba en el baño de alumnas. Despegué los pies del suelo, retuve el aliento. La persona no entró a ningún cubículo. Pude ver su sombra muy cerca del suelo del cubículo en el que yo estaba. Tuve mucho miedo de que me empezara a dar hipo. Tuve miedo de que fuese una alumna mía. Tuve pánico. Y de pronto, un sollozo de ella. Solo uno, fuerte e incontenible. Sentí que ese sollozo duró toda una jornada escolar, pero fue un solo segundo. Luego, se sonó la nariz y salió. Yo, ahora con las piernas cruzadas como una Buda, me tomé la cerveza rapidísimo, como si quisiera ahogarme. Envolví las latas en papel higiénico, las boté a la basura, y puse más papel por encima. Salí del cubículo y me miré al espejo. Me lancé un beso volado, luego me escupí. Limpié el vidrio.

No estaba borracha, pero ya quería emborracharme. Durante las próximas clases estuve incluso menos presente que en la mañana. Había ingresado a una sensación que era física, pero al mismo tiempo no. Fue como volver a ese estado de coma en el que todo lo

que importa, al igual que todo lo que no importa, se convierte en aquella piedra del desierto, aquel pedacito de glaciar.

Entré a la clase que me tocaba, y a la siguiente y a la última. Los alumnos me necesitaban. No tenía que enseñar verbos en inglés; tenía que acompañar un duelo. Pero no pude. Quise salir corriendo, meterme al mar y nadar y nadar hasta llegar a Menorca, a una isla, armar una cabaña sola y escribir sobre la arena y empezar una vida incluso más nueva que la de Barcelona. Quise abrazar a Lucía y pedirle perdón. Quise desaparecer antes de que desapareciera mi hermana.

Estaba sentada en uno y otro escritorio mientras los alumnos susurraban sobre lo del muerto y luego me miraban no mirarlos ni empezar la clase hasta que se incomodaban. Dejé que hablaran en castellano, en catalán, que las mayores enrollaran cigarrillos en clase, que los de P3 se cagaran encima.

Marc era un buen adolescente; fumaba porros, había repetido tercero de la ESO, había sido detenido una vez por hacer botellón en un parque y tenía muy malas notas. También dibujaba espectacular. En mi hora libre en la sala de profesores, escuché algunas teorías de lo que le había pasado. Era drogadicto. Era camello, era depresivo. Era un chaval descontrolado, de los que—, *oi?* Pero la conclusión y la condena final fue única e irrevocable: un suicidio. El tutor de matemáticas sugirió que quizás Quim había sido un padre ausente, en especial desde que se fue con y dejó a, pero todos los que estaban en la sala de profesores en ese momento le dijeron que no fuese gilipollas. El profesor de educación física se le acercó y le dijo tío, cuidado. *Mucho* cuidado.

Yo no tuve más cuidado. No podía cuidar. Tenía serpientes en la barriga, en el inicio del esófago. Temí que todos, profesores, alumnos, olieran mis pelos parados y también la cerveza de mis poros. Quería otra cerveza, quería irme. Quería saber dónde estaba el cadáver de Marc y abrazarlo, o quería que fuese ayer, no, anteayer, y decirle a Marc no, no salgas de tu casa, decirle a Lucía ¡no!, *no toques ese carro*. No.

Pensé en llorar hasta convertirme en otra cosa. En una mujer, por ejemplo. Pero tenía que estar ahí, aguantando cada minuto que duraba muchísimos más segundos de lo normal. No podía mirarles las caras a los alumnos. Era como si yo fuese Marc, como si yo estuviese muerta. Y sabiéndolo, lo único que quería era una cerveza más, para ahogarme en un mar en el que nunca me ahogaría. Matarse es para jóvenes o para valientes, pensé.

En la tarde, mientras caminaba hacia el tren, le escribí un mensaje al Che: «Estimado, renuncio». No se lo mandé. Pasé por otro *supermercat*, compré dos cervezas más para el camino de regreso a Barcelona. Llamé a Lucía, no contestó. No llamé a mi papá. Las cervezas parecían hacerme el triple de efecto que antes.

Apenas llegué a Barcelona, entré a un bar. Me vi en el reflejo de un portaservilletas. Mis cachetes estaban rojos; mis ojos, grandes. Pedí una cerveza y un agua con gas. Llamé a Lucía otra vez. Otra vez no contestó. Me prometí que mañana retomaría mi meta de días sin alcohol. En algún punto tuve que irme corriendo al baño de un segundo bar, pero fue una falsa alarma. No sé cómo ni en qué momento llegué a mi casa. Sí sé que llegué sola y vomité por toda la entrada, un chorro de vómito hasta el baño. Y el baño, todo vomitado.

Lima, febrero de 2026

Salgo de la clínica después de asegurarme de que mi papá deje de temblar, para que pueda manejar a salvo de regreso a su apartamento en Miraflores, donde ya no lo espera su pareja de hace unos meses, una tipa amable y de mal aliento que se mudó con él después de conocerse dos semanas, y con la que cenamos una vez. No me acuerdo de su nombre, era menor que mi papá, mayor que yo. Ella le decía «amorcito» cada dos oraciones y parecía que se lo decía de verdad. A Lucía le cayó en gracia y se despidió de los dos con un abrazo. Yo solo subí y bajé la mano, asentí. La tipa desapareció poco después. Le digo a mi papá que tengo mucho que hacer hoy, que me tengo que encargar de todo y que lo llamo más tarde. Me dice, me insiste que me deje ayudar, pero le digo que mejor no, gracias. Repito que lo llamo más tarde. Odio a mi hermana por haberme dejado sola con él.

Mi celular vibra y veo el nombre y apellido de Sergio en la pantalla, su foto de perfil abrazando a su hija junto a una pequeña y colorida puerta en Cartagena, donde la llevó de vacaciones hace un tiempo (el tiempo se me empieza a confundir: semanas, meses, ¿años?), y donde me invitó a mí también.

La primera vez que vi a Sergio estaba con Alejandra. Un solo nombre, sin el María. Ella se estaba carcajeando junto a su papá en la sección infantil de una librería en Barranco, mientras él hacía de elefante ante un libro abierto sobre sus piernas. La trompa del elefante me pareció muy creíble. Yo había salido del trabajo hacía unos minutos, pensando en el final de la quimioterapia. Fui a comprar alguna novela difícil, larga y densa que me recomendara la

librera de turno. Nunca había ido a ese lugar, aunque siempre pasaba por ahí cuando salía del trabajo.

Odiaba ir a lugares en esta ciudad. Estaba acostumbrada solo a mi trabajo, a los almuerzos del trabajo y a la clínica. Alejandra me vio mirarla y su papá volteó también. Yo les sonreí a los dos. Me acerqué a la sección de «Clásicos del futuro» y mientras buscaba el título más complicado, sentí un olor distinto, como a eucalipto con café. Era Sergio, que había dejado un momento a su hija con el libro del elefante. Me preguntó qué estaba buscando. Le dije que cosas. Me dijo que él era hermano de la dueña, que se sabía todo el catálogo. Que podía ayudarme. Me ayudó, me preguntó, me contó y al final me invitó a tomar un café con él el fin de semana. No salgo con sacavuelteros, le dije y respondió soy padre soltero, sacar la vuelta es para casados. Nos reímos. Le di mi número sabiendo que yo no le contestaría la llamada a un teléfono desconocido. Pero se dio, y un café se convirtió en dos, en tres, en cervezas, en una amistad que mutó, tiempo después, hacia algo más.

No fui al viaje de Cartagena con Sergio; le dije que Lucía, le dije de mi imposibilidad para ese tipo de viaje, de compromiso, de deberle algo a otra persona, a él. Lucía no me necesitó durante el viaje de Sergio con su hija: se pasó toda esa semana en la casa de un tipo que conoció en un evento de *influencers* al que la invitó una amiga modelo-cantante-actriz-coach. Lu estaba «viviendo la vida» después de que la doctora le diera de alta esa primera vez. Me dijo que estaba enamorada, hasta que el tipo le confesó, tras un par de semanas, que estaba comprometido con una colombiana, que lo sentía mucho, y se regresó a Houston. Mi hermana se puso incluso más flaca, hasta que una noche le compré un par de litros de helado

de lúcumas, canchitas, y me suscribí a una nueva plataforma de series y películas. Se le olvidó un poco el tema. Después de una maratón de largometrajes ganadores de Cannes, después de varias manchas de helado sobre el sofá, y después de abrir una champaña que teníamos guardada para algún fin de semana, Lucía me dijo, entre bostezos, que ya fue, hay dramas mucho peores. En efecto, pensé.

Ahora contesto el teléfono. Escucho el «hola, amor» de Sergio y, por primera vez, le digo, también, «amor». Es lo único que le digo, lo único que le puedo decir o pedir. Me pregunta dónde estoy y le mando mi ubicación y me dice que ya viene, que lo espere aquí, que no me mueva. Cuelgo.

Pienso que en este país también hay ternura. La de Sergio, por ejemplo, cuando me abre la puerta de su carro, cuando recogió aquel pájaro mientras caminábamos por un parque y lo llevó al veterinario, cuando se pone a bailar reggaetón como si fuese un avestruz, con esos ojos tan marrones que se vuelven negros de la alegría. Hay veces en las que me pide más paciencia con los cambios, otras en las que no y se burla junto a mí del virreinato y la ridiculez y buscamos a Franciscos Pizarros al doblar las esquinas. También cuando acaricia mi nuca, cuando dice que no hay apuro, que no me preocupe, que no hay nada que decidir, no ahora. Llevo un año diciéndole que no estoy lista, no en estas circunstancias; y más tiempo escondiéndole que me da pánico que me pase lo mismo, otra vez. Él también me esconde cosas. No me habla casi de Alejandra, no me cuenta sus pesadillas cuando se despierta temblando algunas madrugadas. Solo me pide que lo abraze. Lucía lo conoció poco, pienso. Pienso: ¿y si lo hubiese conocido más?

Tengo mensajes de dos colegas del trabajo. Más que colegas, son dos mujeres que se han convertido en mis amigas, en vamos al cine, en te invito a mi cumpleaños y en un par de noches en las que nos confesamos nuestras vidas entre mucho vino, arrepentimiento y risas. Las dos son antropólogas, las dos nacieron en Cusco y las dos se burlaron mucho al inicio de mi acento pituco, hasta que logré camuflarlo un poco. Tengo mensajes de los compañeros de las clases de yoga. Tengo mensajes de la hermana de Sergio, de una pareja de amigos suyos que se han vuelto mis amigos, de mi vecina (la mamá de Ofilio), y de más personas que no sabía que me tenían tan en cuenta aquí. Me siento apapachada, como si perteneciera a algo más allá de la muerte.

También tengo un correo electrónico de mi mamá, diciendo que está buscando pasajes para venir lo más pronto posible, seguido por algunas excusas de que está en un crucero al otro lado del mundo y que le será difícil pero que hará el esfuerzo, etcétera. No termino de leer el correo, sino que le escribo un mensaje a la mejor amiga de Lucía. Le doy la noticia y le pido que se lo anuncie a quien necesite. Le digo que estoy coordinando el velorio.

Sergio me busca, me escucha, me consuela bajito y me lleva de la mano a su carro. Para en cada semáforo en amarillo, deja pasar transeúntes en los cruces peatonales. Es un limeño poco limeño que en este momento me enerva tanto y le quiero gritar que avance, carajo, pero me duele la garganta y solo siento el aire de la ventana abierta contra mi cara. En uno de los semáforos, a nuestra derecha, veo una camioneta que dice «Vuelve Fujimori, vuelve el orden» y sale música a todo volumen de unos parlantes. Nuevamente, se vienen elecciones en este país, y, nuevamente (¿tercera, cuarta,

quinta vez consecutiva?), la hija de Fujimori quiere ser presidenta. Solo que ya no usa su nombre; ahora se vende con el apellido de su papá.

Detrás de la camioneta Fujimori veo un Burger King. Son las once de la mañana y me provoca una hamburguesa. Se lo digo a Sergio, me pregunta si estoy segura, le respondo que no. Me provocan ochenta hamburguesas, volver a la adolescencia y volver a que me duela la barriga tanto, tantísimo, que no tenga que pensar. Como la herida de la mano, donde ahora se empieza a formar una mínima costra, como si solo me hubiese arañado con la rama de un árbol, con la uña de un cachorro.

Cuando llegamos a mi casa, la luz del baño está prendida. Grito mierda por mi descuido, Sergio se asusta, pido perdón. Me meto a la ducha largo, tan largo, que Sergio toca la puerta. Me pregunta si puede entrar. Le digo que sí, sentada, recibiendo agua aún caliente mientras la mitad del país y del desierto se muere de sed. Cierro los ojos. Siento el chorro sobre mi coronilla, siento las gotas que caen y caen, y aparece este último año nuevo en el hospital junto a mi hermana, Emily y mi papá. Lucía lloró. Es mi último nuevo año, dijo. No digas eso, le dijo mi papá. Yo no le dije nada. Ella y yo dejamos de mentirnos hace un tiempo.

Sus amigas del colegio le habían hecho un video para darle ánimos y conseguí ponérselo en mi computadora, porque la pequeña televisión del cuarto de hospital era del siglo pasado; solo había canales nacionales y telenovelas antiguas venezolanas, de las que Lucía se volvió una verdadera fan. Hasta comenzó a hablarme con ese tonito dramático y puntiagudo por fastidiar. El video de las amigas recogía fotos de Lucía de chiquita, fotos de Lucía en su fiesta

de promoción, fotos de Lucía en algunos de todos sus cumpleaños que me perdí. Después de ponerle el video, las amigas le hicieron una videollamada conjunta, la mayoría desde fuera del país, como pasa con gran parte de las personas que fueron a nuestro colegio bilingüe e «internacional». Algunas seguían de fiesta, otras aún no habían recibido el año, otras habían puesto alarmas para despertarse tempranito. Yo pensé por un momento en Julia, que me llama cada cierto tiempo a contarme cosas de allá, su nuevo novio, la renta que no deja de subir, el día en que se fue la luz en toda la ciudad. Lucía y sus amigas se pasaron casi media hora hablando; Emily, mi papá y yo tomamos un poco de agua con gas, mirándonos, hasta que salí con Emily por un cigarro.

Sergio se sienta en el suelo, al otro lado de la cortina, y me pregunta si quiero que me prepare algo. Le digo que si quiere puede volver al trabajo, me dice que por supuesto que no. Me pregunta, ¿una ensalada de frutas? Pienso en la piña, en la piña golden muy amarilla, en las flores que tengo que comprar. Le digo que ya desayuné, que solo fue un antojo lo de la hamburguesa. Que me pase la toalla, por favor, y me la pasa sin intentar verme desnuda. Claro que me ha visto, pero respeta mucho mi espacio, a veces más de la cuenta. Pasan por mi mente y mi cuerpo, solo por unos segundos, las ganas de que se meta a la ducha sin preguntar, de que me ayude a pararme y me empuje contra la pared, de que me toque y me toque bajo el agua hasta que yo no pueda más y terminemos juntos, gritando, mi espalda en su abdomen, su mano en mi cuello, mi lengua en su oreja. Me avergüenzo, acepto la toalla.

Cuando salgo, veo algo en la cara de Sergio: sus cachetes mordidos por dentro, los bordes de su boca hacia arriba. Siempre

hace esto cuando me tiene una noticia, un regalo, una idea. Me visto frente a él y le doy de comer a los peces mientras Sergio me mira en silencio. Espera que le pregunte, solo que no le voy a preguntar. No me interesa nada nuevo ahora, ninguna sorpresa.

Observo un rato a Freddie y a Mercury recibir la comida, que cae lenta hacia el fondo del estanque. Apenas aterriza, ellos la comen a bocanadas, así como yo quisiera poder comerme al mundo, hasta que desaparezca. Si desaparece el mundo, voy a poder ver a mi hermana, que está solo un poco más allá.

Freddie y Mercury son dos peces globo que transitan de un lado al otro del estanque, que flotan como si no importara nada más en el mundo, que habitan el agua y que aletean como si no quisieran dejar de vivir nunca. Le regalé estos peces a Lucía el día de celebración de su bautizo. Son como colibríes, susurró Lucía, feliz. Me dijo que quería aprender de ellos, flotar y aletear así de rápido, a ser pájaro y pez. Le pedí que volviera a hacer su baile pez, como en Cancún. Mentira, solo le estaba pidiendo que no se muriera. Ella me dijo que no se acordaba de ese baile. Igual, ya estaba muy débil para bailar.

Después de mirarlos nadar un buen tiempo, comimos helado de lúcuma en el balcón, helado de lúcuma de verdad, y aunque no me pareció una buena idea, fuimos al cine a ver una película en la que Lucía se quedó dormida. Cuando salimos, me dijo que la había pasado genial. Esa noche estuvo mirando a los peces por casi media hora, y luego se acostó en mi cama mientras yo escribía. Feliz bautizo, le dije, cuando me acurruqué junto a ella. Me susurró que Freddie y Mercury no iban a ser tristes. Se tiró pedos toda la noche por tanto helado.

Entonces, Sergio interrumpe: linda, Lucía te dejó este sobre. Volteo a mirarlo. Es un sobre manila, grande. Sé lo que es. Tiene que ser. Una carta de mi hermana dando explicaciones, contándome la verdad sobre mi papá. Que en realidad a él lo estafaron con todo el tema del vladivideo, que no fue él, que fue una farsa y que tiene cómo probarlo y que lleva estos últimos años investigando el tema. Por eso es un sobre grande, porque tiene adentro archivos que justifican y explican. No sé si lo quiero abrir, le digo a Sergio. Me pregunta si quiero que lo abra por mí, le digo que de ninguna manera. Me pregunta si quiero estar un rato sola, que puede salir a comprarme algo de fruta, o un sánduche de lomo, algo así. A Sergio le gusta comer. Le digo que ok, sí. Anda, compra lo que quieras.

Prendo un cigarro, abro la ventana y miro el sobre. Lo miro, lo miro. Por fin, lo abro sobre mi cama, lista para lo que venga. Pero no es lo que esperaba, ni de cerca. Ninguna verdad. Solo un dibujo de nosotras dos juntas, más viejas, como treinta años más viejas. Me veo retratada en una fotografía del futuro, a mi hermana también. Qué talento, Lu, le digo al cuarto sin ella. Y entre nosotras, un viejo en silla de ruedas, con un pequeño perro sobre sus piernas. El viejo mira a mi yo vieja de reojo, con picardía, mientras yo le digo algo a Lucía, mayor y viva.

Me quedo mirando el regalo por un rato. Suena mi teléfono un par de veces, no contesto. ¿Se verá así mi papá cuando envejezca? ¿Me verá así yo? La rabia atropella a mi cansancio como un huaico, se lleva todo el sueño por delante. Tengo toda la energía del mundo y solo quiero gritarle y gritarle a mi papá. ¿Por qué la cagaste así, por qué tuviste que hacer eso? Si él no hubiese aceptado ese puesto en el ministerio, nada de esto habría pasado. Yo no habría dejado

sola a mi hermana por tanto tiempo. No me habría ido de esa forma tan abrupta. Habríamos tenido más momentos que recordar. De repente yo, conociéndola tan de cerca, hubiese notado que algo no estaba del todo bien, los dolores de cabeza por la mañana, que a veces olvidase unas palabras. La hubiera llevado al médico, le hubiesen detectado el tumor mucho antes de que fuese muy tarde.

Lucía quiere que yo me amiste con él, que lo perdone, aunque sea por lástima, pero lástima es lo último que me da. Fue una decisión concreta y adulta: decido ser parte de la causa de que haya gente sin agua en el país; decido que haya más niños sin medicinas; decido que haya nietas de la sierra con abuelos desaparecidos; decido que haya mujeres esterilizadas a la fuerza; decido quedarme con el dinero que puede cambiar estas cosas porque así puedo llevar a mis hijas a Miami y a Suiza, así pueden aprender inglés, tener la mejor vida que puedan tener; decido ser parte de un sistema de mierda mientras nado con ellas en la piscina. Debería haberse muerto él, no mi hermana.

El tipo que me enseñó a leer, a querer, a debatir. El señor que me dio a Lucía tras rogarle tantas noches que no quería ser hija única; el cornudo que nos cuidó incluso cuando su esposa lo dejó entre tragos y gritos. Miro el dibujo otra vez. Es un imbécil, lo será incluso en silla de ruedas. Y también es una de las pocas cosas que me quedan sobre la tierra desde que nací, junto a Monoliso, junto a mi cuerpo.

Salgo del cuarto y empiezo a dar vueltas por el apartamento que es mío, todo mío. O que, poco a poco, lo está siendo. El banco me otorgó la hipoteca más rápido de lo que imaginé. Temen que ya nadie quiera hipotecas aquí, propiedades y esas cosas, al menos

nadie con algo de liquidez, como yo, con diez años de ahorros en euros. Sergio me ayudó con toda la cuestión, cuando aún éramos «solo amigos», cuando íbamos al parque y yo miraba a los perros mientras Sergio me miraba fumar. Él no fuma.

Lucía recibió conmigo las llaves. Ella, con su plata (comenzaron a comprarle sus dibujos y cuadros por redes sociales, incluso se consiguió una *manager*), fue trayendo lo que llamó «las piezas clave de la casa»: una televisión, una ducha española, un parlante, el romero. Se aparecía con una que otra sorpresa, ya fuese porque una marca le había dado un «trueque» (un vivero, por ejemplo, le regaló dos costillas de Adán, plantas que no sé cómo siguen vivas y que le dan verde a la casa; una compañía, otro ejemplo, le ofreció unos lentes que ella no necesitaba, así que dio mi medida para que yo pudiese descansar la vista las noches en que escribía la novela; y así —incluso se inventó un jardín pequeñito en la terraza) o porque ella se había enamorado de algo en una tienda de Jesús María o en un mercado del centro (una escultura de alambre de una bailarina sin piernas, un sombrero de decoración para la pared, una manta de colores). Todas estas cosas las veo: la manta sobre el sofá, el sombrero colgado junto a la televisión, la estatua de alambre en su cuarto. Me quedo parada en el umbral mientras miro ese cuarto inhabitado.

Barcelona, noviembre de 2021

La tarde siguiente, mientras limpiaba el vómito del pasillo y del baño, supe que tenía que tomar una decisión. No podía seguir en

este estado trabajando con niños ni con adolescentes. Tenía que cambiar de trabajo. Buscar otro o dejar de trabajar hasta volver a confiar en mí misma. Pensé en rehabilitación, busqué un par de sitios en internet. Quedaban a las afueras de Barcelona y eran carísimos. Con la seguridad social solo les daban rehabilitación a cocainómanos y así. Los alcohólicos no eran (¿no éramos?) tan relevantes.

Me llegaron varios mensajes del colegio preguntando dónde estaba. Dije que estaba en la clínica muy enferma y que no podría volver, que *disculpeu*. Lucía también me mandó un mensaje, pero me dio muchísima rabia y lo borré sin leerlo. Me arrepentí segundos después. Los omóplatos y el pecho y el abdomen me explotaban de la culpa.

En Barcelona, cuando dices «culpa» te tildan de religiosa, de católica. El problema era que yo sentía culpa, *tenía* culpa, aunque fuese atea. Explotaba de culpa todo mi cuerpo, todo. Una culpa que no tenía nada que ver con Adán, ni con Eva, ni con la oración de «por mi culpa, por mi culpa, por mi gran culpa» que recité varios domingos junto a mi abuela en una iglesia, golpes en el pecho y mirada hacia algún lugar más allá del vasto, barroco cielorraso.

Ya no estaba con mi abuela, ya no tenía cinco años. Supe, en esos días de hojas entrometiéndose por la grieta de mi ventana abierta, de mi alma inexistente, que si yo pudiese sentir culpa religiosa, todo sería más ligero, más fácil. Lo bueno sería bueno; lo malo, malo; y ya. Sentiría culpa por tener un vibrador o por comer más de la cuenta una noche de lunes, me confesaría, y seguiría haciendo lo mismo. Solo que mi culpa era otra, un poco más

confusa. Sentía culpa por cosas «buenas»: culpa por querer aún a mi papá, culpa por querer una mamá.

Entré en un bucle. Nunca había pensado tan a profundidad en la culpa. ¿Cómo criaría a un hijo, a una hija? ¿Qué le diría sobre las totalidades del mundo? Di siempre la verdad, aunque le hagas daño a tu hermana. Escucha a tu profesor, aunque sea un racista de mierda. Sé fiel, aunque tu pareja te pegue. O: sé promiscua, porque luego tendrás que ser fiel, aunque no te peguen. Yo misma me confundía, no sabía si mis pensamientos tenían un hilo o no. No sabía qué era el bien, qué era el mal.

Sentía a los obreros trabajando dos cuadras más allá, desde temprano, con cerveza en el almuerzo, pero con determinación hasta la tarde. Sentía a la reina de Inglaterra que no tenía cómo quedarse tanto tiempo en la cama porque los mayordomos la esperaban con un desayuno de té, panes blanquísimos, y todo tipo de mermeladas antes de su gran día por delante, porque en el reino cada día era un día por delante. Los sentía mientras sentía también culpa por mi lujo de mirar al techo. No tenía urgencia de trabajar, no por ahora.

En algún momento llamó el Che, le colgué. Pedí por *delivery* una pizza enorme y pija, de masa gruesa, hiperpoblada de pepperoni y distintos quesos y tomate y albahaca y salsa picante. Pedí varias Fanta, pedí helado de fresa con vainilla. No quería salir —sabía que solo me sentaría a tomar cervezas, me levantaría a cualquier tipo, lo traería a mi casa, me lo cogería y lo convencería para que me abrazara. Mientras esperaba la pizza, me tomé varios paracetamoles y antialérgicos, más de la cuenta. Se me cerraron los ojos y también la mente. No escuché el timbre, ni las notificaciones del repartidor. Lo único que me despertó fue una llamada de Lucía, pero estaba tan

dopada que hasta el día de hoy no recuerdo qué le dije para que me colgase con rabia.

Me despertó la mancha del techo, como si fuera ella la única razón que yo tenía para despertarme un día con viento de mediados de otoño. Después de mis parpadeos y bostezos, me la quedé mirando un buen tiempo. Me di cuenta de que ella también me miraba. Por primera vez, le comencé a hablar. Intenté darle explicaciones. Me sentí juzgada y supe que tenía todo el derecho a juzgarme, ella y el mundo y el capitalismo y las religiones y Lucía. Pensé en ponerle un nombre, incluso, como a las plantas de Julia, pero luego sentí que sería demasiado infantil. No quería fastidiar también a esa mancha, mi pequeña y gran compañera en un momento de absoluta desolación, una desolación que inundaba mis pulmones y que no me dejaba entender cómo la gente podía caminar hacia cualquier lugar. Cualquiera. Los lugares eran todos iguales, nimios. Los lugares daban exactamente igual. Le expliqué que me sentía congelada. No de pensamiento, no de palabra, pero sí de obra, de acción. Sabía que, si seguía caminando hacia adelante por el camino que llevaba armando la última década, me iba a deshacer o a caer por un precipicio. Corto o largo, no importaba. Un precipicio, al fin.

Quería pensar, desde que aprendí a pensar, que todas las cosas duraban para siempre, los girasoles, los dibujos de mi hermana, el resentimiento hacia mi mamá. Pero no duraban; no duran. Ni siquiera las manchas. Ese diciembre, cuando volviera el dueño del apartamento con su esposa, pintarían todo, desaparecería la mancha. Le dije a la mancha que sería más fácil ser como ella. Observar, juzgar, escuchar, desaparecer. Le dije que en los humanos

las cosas no cambian de un día para otro, sino que todo cambia todo el tiempo, lento, constante, y es agotador. Al menos ella había tenido una vida simple, clara, sin excesos ni transformaciones. Nuestras manchas, en cambio, nuestros dolores de espalda y nuestros anhelos, se quedan para transformarse solo de a poco, como los árboles o los vinos cerrados.

Salí de mi casa en la tarde, muerta de hambre y de molestia. Había decidido no hablarle más a la mancha, a nada no-humano. No podía hablarle más a Barcelona, a sus calles, o a su cielo.

En el supermercado, le escribí al Che que me iba del colegio y que lo sentía mucho mientras me compraba varias botellas de vino. Mi plan era no tener plan, descansar, armar un plan mañana. Me volvió a llamar, decidí contestarle.

—¿Male? ¡Male!

—Che.

—¿Qué onda, tía?

—Mi... mi... Mi salud.

—¿Qué pasó?

—Es que... se complicó, en la clínica me dieron una noticia. Igual pensé que como en diciembre, entonces... eh, no puedo.

Silencio.

—Boluda, ¿qué clínica?, ¿qué te pasa? Te conozco hace años, yo sé que todo ha sido una cagada, pero ¿así te vas? ¿Me dejás en culos, sin avisar nada de nada, y me metés la salud? ¿Me podés decir qué carajo está pasando? Sabés que no solo me estás cagando a mí, ¿no? Estás cagando a la empresa, a los nuevos, a todos. A ti misma te cagás. Te cagás en todo el mundo. Eso es lo que está pasando. ¿Qué tenés, tres años?

—Treinta y uno.

Silencio.

Silencio.

—Pues parecés de tres. Y no es mi problema, pero poné los huevos en remojo y di qué te pasa si querés que te ayude. ¿De verdad lo de la clínica? ¿Qué hacés ahora?

Silencio.

—Male, me contaron que en—

—Che, perdón por todo, pero no puedo ahora mismo con el colegio.

Sonó el clic del *counter* mientras compraba el vino.

—¿Qué hacés? ¿Estás comprando? ¿Me estás jodiendo? ¿Estás en el súper así como si nada, mientras hablás con tu jefe? Es que de verdad.

—Sí.

Suspiró profundo. Luego, hasta pude escucharlo tomar aire.

—Male, yo te acogí, ya sabés. Te di todo. A ti, a todos los profes. Como mis hijos los traté. Sé la mierda de esto de los nuevos dueños, pero no podés hacerme quedar así, ¿entendés? ¿Qué vendo yo si todos mis profesores empiezan a fugarse? Ya están abandonando varios y eso que a todos les mandaron el correo que seguiría igual la cosa hasta diciembre. *Que todo igual*. ¿Y se van? Uno no puede irse antes, así como así, ¿me entendés? No puede quedar mal todo el mundo porque se les canta. Quién sabe si más adelante vuelven a contratarte estos catalanes. Sí, son catalanes, pero son buenos. Y yo no puedo seguir con algo que me dé tantos quilombos. Solo quiero que entrés en razón. ¿Hola?

Yo había puesto el teléfono en silencio para que no escuchara más *clics* de compra. No eran solo los vinos; también eran dos aguas, un chocolate y una piña ya cortada que estaba en oferta. Me recordó a la piña golden del desayuno en Lima.

—¿Hola?

Pedí tres bolsas, *si us plau*. Sí, *amb tarjeta*. Ajá. *Gràcies*.

—Por la puta madre, ¿estás ahí?

—Sí, perdón, es que se me silenció el teléfono.

Pagué y alejé el celular para que no escuchara el sonidito de la máquina de tarjetas.

—¿Podés dejarte de boludeces y volver a tu trabajo? En diciembre podés hablar con ellos, en solo unas semanas, por *dios*, claro que te van a ofrecer algo nuevo, ¿entendés? Ese correo que enviaron era para todos, pero igual necesitan profesores y vos estás—

Tosió, tosió. Pensé en los pelos de su barba.

—Vos estabas en mi top tres. ¿Sabés dónde estás ahora? ¿Sabés dónde estarás si no volvés mañana a dar clase?

—No.

—Male, ¿dónde estás ahora?

Silencio.

—Mirá. Male, escuchame. Perdón. Yo sé que ni te he preguntado por lo de la clínica. ¿Es verdad? Si querés lo hablamos eso también. ¿Qué pasó? No sabía ni que tenías un tema de salud.

Me dio rabia su acento, su jerga, sus verbos con terminación aguda. Me dio tanta rabia él.

—Che.

Hipo.

—Me tengo que ir. Perdón, pero es que también estoy un poco asustada porque casi se—

Me tropecé saliendo del supermercado y apreté la pantalla para no caerme. No me caí, pero sí le colgué al Che y se marcó el número de una chica de la maestría de quien casi ni me acordaba, Clara algo, amable, distante, que terminó trabajando en cualquier cosa menos en lo que estudiamos, como todos. Atención al cliente, una empresa contratada por una empresa que trabajaba para Google. ¿Seguiría trabajando en eso? ¿Sería madre de familia, casada con un segoviano y con un piso hipotecado en Nou Barris? ¿O habría vuelto a su país? ¿Nicaragua, Guatemala? El teléfono sonó varios segundos hasta que pude colgar. Le escribí que perdón, se marcó, desde el suelo. Me respondió casi de inmediato con un emoticón de pulgar hacia arriba que me sorprendió. La gente exconocida no respondía tantos años después. O quizás yo nunca le había escrito más a la gente exconocida.

Un par de personas fuera del supermercado volteó a mirarme. Una señora con lentes hablando por teléfono, un señor de pelo y cara gris. Los miré también. Miré a mi alrededor; no había nada roto en el suelo. Nada palpable, al menos. Las botellas ok, la piña sin salirse del plástico. Solo se evidenció la ruptura, una vez más, de mis muchas, cientos, de relaciones que había creado en Barcelona. Alguna vez, Clara había sido mi conocida cordial. Se me había acercado tras una clase en que hice preguntas de más, y me había confesado que tenía mis mismas dudas sobre Bourdieu, Turner y Lévi-Strauss.

Pero todos esos nombres intelectuales ya daban igual si no estabas luchando por un puesto de mil euros en la universidad. En

Barcelona, si no eras catalana, además de tener un bajo índice de probabilidad de llegar a ser profesora universitaria a tiempo completo, el noventa y ocho por ciento de las relaciones tenían fecha de caducidad. «Como peces en el río», pensé. Porque en Barcelona, si llegas y no eres de la ciudad, ves a la gente pasar al igual que ese aguinaldo peruano de los peces que «beben y beben y vuelven a beber». En la canción, no tengo idea de por qué los peces beben hasta que ven nacer a dios. En Barcelona, la mayoría son peces en el río, y beben un montón de cerveza, pero no creo que vean a dioses nacer, ni nada parecido. Todos, casi todos, están de paso o pasan rápido. Los nacimientos no son parte del tránsito.

Barcelona era la ciudad donde todos los latinoamericanos que no fuésemos paleta, taxista, mesonero o manicurista, éramos adolescentes sin límites. Yo, al menos, y muchos de los no-catalanes que conocí, desde mi ex hasta Clara de Nicaragua/Guatemala hasta Mirta de Argentina. No importaba la edad. Crecíamos poco, muy poco, hasta que nos íbamos a Escandinavia, solas o solos, a los cuarenta o sesenta años, para casarnos o para suicidarnos o para buscar «una vida mejor», enseñando español en las municipalidades de Dinamarca.

Me levanté del suelo, cogí mis bolsas, odié Barcelona. Puse el teléfono en modo avión. Me fui a mi casa que otra vez no era mi casa, la miré desde la esquina. Me pregunté si algún día tendría un hogar. Un apartamento, un cuarto, un solo metro cuadrado de tierra completamente mío y no alquilado. Algún pedazo de las cosas al que pudiese ponerle mi nombre completo, sin apellidos y sin abreviaciones. María Alejandra es dueña de este ladrillo, y este ladrillo es de María Alejandra.

Subí, abrí un vino, le brindé un «salud» a la mancha que ya no me hizo caso, y tomé, aunque no tanto como hubiese querido. Y eso que había comprado vino caro, vino para celebrar, para consolar. Ni siquiera me acabé la primera botella; sin pastillas, me volví a quedar dormida.

Hay algo muy cómodo en ese dormir: las sábanas sobre el cuerpo desnudo, el muslo derecho que acoge al izquierdo, las manos bajo la almohada y el cuello largo, extendido hacia una ventana con las persianas cerradas. Un dormir con el ruido de la calle de fondo; un dormir en que dormitas y no descansas, porque formas parte de algo de lo que no formas del todo parte, como cuando buscas estrellas fugaces en una noche de campamento en la montaña. Es algo que calma más que cuatro gin tonics, pero que, en mi caso, en ese momento, solo me generó más culpa.

Alargué la noche —se convirtió en dos. Cada vez que me despertaba, cada hora en mi dormir interrumpido, pensaba que igual, pasara lo que pasara, ya no tenía la opción de irme nadando a Menorca. Se me iba la vida, pero lo terrible era que no se me iba, que me quedaba tanta. Era como si me estuviese haciendo más humana mientras hibernaba, y ser más humana era lo peor que me podía pasar. No quería lidiar con la infinita tristeza e impotencia que conlleva formar parte de este mundo. Por unos segundos, y nunca más, entendí a mi mamá.

Días después de quedarme en casa entre lecturas, comida y pensamientos remordidos, el sol de otoño me tocó la nuca, que a su

vez me tocó alguna fibra, alguna vena. Algo extraño, un pinchazo o empujón que me hizo salir a caminar. Pronto me iba a quedar sin piso. Odiaba al mundo y al cielo y al mar. Sobre todo, odiaba a los humanos. Pero a partir de ese solcito, comenzó a pasarme algo que ya me había pasado antes, más de una vez. No sé explicarlo bien. Es como cuando un lenguado sale de la arena, o como cuando una piedra te hace escribir un poema. Algo así, indescifrable, esperanzador, normal.

Decidí ir al colegio a despedirme. Quería ver a los alumnos una última vez. Esa mañana, vi el estuche de maquillaje de Mirta que no había vuelto a usar, pero que igual había puesto en el baño por si algún día. Me pinté un poquito (muy poquito) los ojos en honor a mi primera nueva vecina para sentir algo de poder, para sentirme algo acompañada, y enrumbé mi camino. Les dije a los profesores que mi enfermedad no había sido tan grave como me habían dicho; la doctora se había equivocado con el diagnóstico; nada, cosas de la seguridad social. Joan me miró con el ceño fruncido, Mireia dijo que me entendía perfectamente.

Durante el recreo, Gerard me vio y se me acercó corriendo para decirme que le había pedido perdón a Alba. Le pregunté por qué, me dijo que porque hacía mucho, mucho, *mucho* tiempo, «cuando éramos peques», se había burlado un poco de que se había muerto la mamá de Alba. Y me dijo que, ahora que se había ido su primo Marc, sabía lo que significaba que se muriese alguien de la *family* y que es muy *sad* y *difícil*. Asentí. Me ofreció un pedazo de su bocadillo de chorizo, le sonreí, *no, thank you*. Le dije que me parecía muy bien que hubiese pedido perdón. Pedir perdón es importante, *very important*, le dije. Me dije.

Gerard le dio otro mordisco a su pan con chorizo. Mientras masticaba, me preguntó si quería ser su mamá. Como si estuviésemos hablando de fútbol o de un diente caído. Disimulé mi sorpresa. Le dije que no podía ser su mamá, porque ya era un poco la mamá de otra persona. Miró al suelo, dejó de masticar unos segundos, volvió a masticar. Le dije que sí podía ser su *teacher friend*. Me miró, asintió. Me confesó que se sentía *sad*. Me preguntó si yo estaba *sad* y si por eso no estaba viniendo al colegio. Le dije que un poco, sí. Terminó de masticar y se fue corriendo. Observé el patio, a los niños. Después de unos minutos, sentí algo en mi nuca. Creí que era una mosca y la intenté espantar, pero era una flor; era la mano de Gerard sosteniendo una flor amarilla. Me dijo: para *you*. Le dije *thank you* y me la puse en la oreja y se fue corriendo otra vez, solo que ya no volvió.

Me fui cabizbaja del colegio, sin despedirme de nadie más. El trayecto en tren de regreso fue largo y frío, como un río de hielo. Pensé en esa vez, Lucía y yo de chiquitas, sentadas frente al *playground* del colegio, un patio gigante de arena artificial, con castillos de plástico, toboganes de todos los colores y tamaños, *monkey bars*, saltarines. Y piojos, siempre los piojos, esos que le daban a Lu casi el mismo miedo que la sangre. Me costó todo un año escolar convencerla de que tenía que jugar en la arena con sus amiguitas, de que los piojos no eran tan dramáticos. Ese día, después de hablar un poco sobre las curas para los piojos —del Nopucid y de cómo se mata una liendre entre la uña del pulgar y la mesa, o entre dos uñas pulgares—, mientras las dos nos rascábamos la cabeza, Lucía me preguntó si yo podía ir a su *Mother's Day Celebration*, aunque no fuese su mamá. Le dije que claro, Lu, y la

próxima semana me dieron permiso para saltarme la clase de historia, geografía y cívica para ir al *Center Stage*, el teatro de primaria, a escucharla cantar «*you are my sunshine, my only sunshine*», siguiendo las distintas muecas y posturas de la profesora del coro. Lucía se equivocó un par de veces, pero igual sonreía grande y me buscaba entre las otras mamás, hasta que me encontró. Dio un salto de emoción mientras a mí se me llenaba el cuerpo de orgullo y de tristeza por no tener una mamá como la que Lu merecía tener, como la que pensaba que merecía yo también. Merecer, qué estupidez. Terminó el acto, Lucía bajó del escenario y vino corriendo hacia mí. Me dio el regalo que todos les dieron a sus mamás, una taza de plástico en la que había pintado *i love you* en verde, mi color favorito.

Mientras el tren se acercaba a la ciudad, me fijé en el pasar de los edificios que me hicieron recordar, de golpe, una conversación que había tenido con alguien hacía mucho, mucho, *mucho* tiempo. No recordaba con quién, ni cuándo. Sí recordaba lo que me habían contado: en Barcelona, en los años setenta, se construyeron muchos edificios con cemento aluminoso. Es un cemento que se deteriora más rápido de lo normal con el tiempo, y en especial con una humedad como la de Barcelona (y la de Lima). Años después, comenzó a ocurrir un fenómeno que llamaron «aluminosis». En resumen, ese cemento comenzó a ceder. Se desprendían, de pronto, balcones desde el tercer piso hasta la vereda. Se armaban grietas en los edificios, fisuras en los techos de las cocinas. Algunos lugares se volvieron inhabitables por el peligro de que se derrumbasen.

Sentía que así estaba mi vida. Como si todo lo que había construido lo hubiese hecho sobre un poco de fantasía, un poco de

enfermedad, un poco de pasión sin estructuras. No había nada sólido detrás de mi carrera académica, de mi profesión, de mis relaciones con los demás, de mí. No era Barcelona; era yo quien estaba en plena aluminosis. Me entristecí, pero me calmé. Cuando un edificio se cae, normalmente, con el tiempo, se construye uno nuevo. O al menos se crea una plaza, o un pequeñito parque donde los niños juegan y los perros pasean y los viejitos se agarran de la mano.

Llegué a mi casa, me bañé larguísimo, y me senté frente a mi *laptop* a postular a trabajos de traducción. Me pasé horas buscando, rearmando experiencias de vida laboral, corroborando los años, arreglando el formato, dependiendo de lo que pidiese la empresa. Se puso el sol, prendí la luz, seguí postulando. No podía parar. Era como si estuviese en una maratón sin presiones, sin más corredores, sin meta: toda para mí y para adelante. Sentí que por fin estaba haciendo algo que tenía sentido. Quizás sí podía empezar algo nuevo, con cemento de calidad.

Eran más de las once cuando sonó el timbre. Primero creí que era una borracha jodiendo; era tarde, era viernes. Lo típico. Miré por el balcón: había una mujer en saco con una maleta de mano y el pelo suelto pero peinado al mismo tiempo, como nunca me sale a mí. Seguro era una empresaria volviendo a su casa después de un viaje de negocios. Pensé: qué raro, porque las mujeres de negocios siempre saben dónde están sus llaves y además las mujeres de negocios no se equivocan, no tocan el timbre que no es. No había visto ese pelo antes en el edificio. Volví a oír el timbre, seguí mirando por el balcón. ¿Sería una ladrona camuflada? ¿Sería una

vecina confundida? ¿Sería mi imaginación? Hasta que la mujer miró hacia arriba. Y era Lucía. Eras tú.

Segundos de *shock*, hasta que grité tu nombre. Gritaste el mío, gritaste ábreme. Ignoré el intercomunicador. Bajé corriendo por las escaleras. Abrí la puerta de entrada.

—¿Lu?

Me subiste las cejas, sonreíste raro. Te abracé. No me abrazaste tanto de regreso.

—¿Qué haces aquí?

Me respondiste que ya era hora, ¿no? Diez años.

—¿Qué? ¿Cómo encontras—?

—No soy estúpida.

Nunca sabré cómo, con quién hablaste. Dejaría de ser relevante muy poco después. Me dijiste que te querías duchar, porfa. Estabas hermosa. Tu pelo marrón, bronceado de amarillo en las puntas. Tu pelo más largo que nunca, tus rulos que siempre envidié, ahora menos intensos, menos de niña, pero aun así presentes, definidos. Tu cuello delgado, un *piercing* en la parte de arriba de la oreja derecha. La naricita idéntica a la de mi papá, tres pequeñas pecas junto a la boca, la cicatriz diagonal en el mentón de esa vez en que te golpeaste fuerte aprendiendo a surfear en Hawaii. La cicatriz estaba menos definida de lo que recordaba. Tu piel blanca e hidratada, bastante más blanca que la mía y que la de mi papá; tú, de pronto (o después de tanto, más bien), más alta que yo. Tus ojos igual de azules, tus párpados maquillados a la perfección, rosado, beige, marrón, sin exagerar. Tu mirada sin comas. Tu olor a helado de lúcumas y a menta y a seriedad. Y eso que nunca te gustó lavarte

los dientes, y eso que siempre fuiste la más traviesa de la clase, la más alegre, la más jodida.

—¿Lucía? ¿Qué—? ¿Lu? ¿Estás bien? ¿Qué haces aquí?

Te miré, te miré: estabas flaca, los pómulos como de modelo francesa, de aquellas mujeres de las revistas de las que nos espantábamos con Viana. Una pequeña arruga en el entrecejo idéntica a la de la abuela, la arruga que apodé «su máquina de fruncir», la arruga y la abuela que conociste poco. Lucía, sin tu abuela, sin tu mamá.

Nos crio un macho latinoamericano; siempre fue macha nuestra relación. Tú y yo, íntimas, cercanísimas, pero machas. Nunca hubo que hablar tanto sobre sentimientos ni sobre romances. Nunca hicimos coreografías al son de Christina Aguilera, de Britney Spears, de los Back Street Boys. Tú eras muy chiquita, yo era muy agrandada, y a ninguna de las dos nos gustaba esa música.

No teníamos referencias femeninas —solo Viana, que había sido criada bajo un machismo más desgarrador que el nuestro. La relación entre tú y yo fue creada por silencios íntimos, secretos, golpes —a veces serios— en alguna que otra pelea. Yo intentaba controlarme, pero tus mordiscos de rabia contra mis brazos eran lo peor; ahí sí que no te daba miedo la sangre. Éramos machos, machas. *Males*.

No te abracé otra vez. Estaba muy asustada, y ahora sé que tú también. Tú más; tú, mucho más. Subimos, te presenté mi piso, ordenado, limpio, una tarea que había logrado hacía pocos días. Te pregunté de nuevo ¿qué haces aquí? Subiste y bajaste los hombros, me dijiste que habías venido porque necesitabas hablar conmigo en persona sobre un tema, pero que estabas muy cansada, que mejor

mañana. Te pregunté qué tema. Repetiste: mejor mañana. Te dije que ya. ¿Quieres algo? Pensé en decirte que estabas muy flaca, pero me arrepentí. Me juzgué por no tener un jugo ni una galleta ni una cena que ofrecerte, luego me desjuzgué y decidí invitarte a cenar. Te dije que había un italiano muy rico a unas cuadras que estaba abierto hasta tarde. (Nunca había entrado, pero siempre que pasaba lo veía lleno de gente). Dijiste que no tenías hambre pero gracias, que el viaje había sido agotador, que te estabas poniendo vieja. Te respondí que tienes veinte años, no digas huevonadas. Me di cuenta de que no había calculado si en verdad tenías veinte o veintitrés. ¿Veinticuatro? Insististe con que estabas cansada, y aparte también estoy un poco sudada del vuelo, qué asco, ¿me das una toalla?

Mientras te duchabas, cambié las sábanas, te tendí mi cama, me preparé una minicama en el sofá, una almohada, una cobija. Yo estaba cansada también; pensar en la aluminosis y en buscar trabajo resultó ser mucho más agotador que trabajar. Saliste del baño con una pijama de seda, de esas que yo nunca usé. Qué linda estás, te dije y pusiste los ojos en blanco: estoy horrible.

Ignoré tu comentario y exclamé ¡no apago la luz!, como hacíamos de chiquitas, las veces en las que te dejaba dormir en mi cuarto toda la noche desde el principio. La primera que lo decía ganaba, y entonces la otra tenía que salir de la cama y apagarla entre regañadientes y risas. Pero esta vez no te hizo gracia. Solo mirabas el sofá con almohada y cobija. Me preguntaste si en serio no íbamos a dormir en la misma cama. Me condenaste con un: ¿quién mierda eres? Y apagaste la luz y te fuiste a acostar.

Yo no dormí. En algún punto me di cuenta de que tú tampoco dormías. Te sentí moverte como se mueven las personas despiertas,

ligereza fingida, restricción evidente. Tu respiración era profunda: inhalabas por la nariz, exhalabas por la boca. Como una hora (o lo que pareció una hora) después, te paraste de la cama y viniste al sofá. Ya, ven a dormir conmigo, me ordenaste. Obedecí. Nos acurrucamos, tu espalda contra mi pecho. Te quedaste dormida casi de inmediato; yo no.

Me acerqué a tu espalda un poco más, calentita, mientras me acordaba de ti en la casa de Pueblo Libre, en la casa de San Isidro, en los viajes. El viaje a Ginebra en que me vino la regla tardía. No creo que lo recuerdes. Tampoco supiste, nunca, que mi pecho plano no había pasado desapercibido en el colegio, al igual que no pasó desapercibido mi primer y último intento de rellenar, con un par de mandarinas, mi «sostenedor» (el presostén para preadolescentes sin nada que sostener). En algún momento, llegué a pensar que, a pesar de mi cara medio bonita, mi falta de tetas haría que nunca me diesen un beso en la boca. Imaginé que moriría soltera, como las hijas de Bernarda Alba, la obra de teatro favorita de mi papá. Solo que nada de esto podía contártelo.

Tú fuiste la que escuchó mi pequeño grito de pánico y emoción en aquel cuarto de hotel de aquella callecita estrecha y cara en Ginebra. Entraste corriendo al baño, ¿qué pasó, qué pasó? Te dije que creía que me había hecho mujer. Así les habían dicho las mamás de mis amigas a mis amigas, cuando les vino. Preguntaste: ¿pero antes no eras mujer? Me reí. Quería contárselo a alguien que entendiera lo que estaba pasando. Quería hacer preguntas, quería comer pollo a la brasa (así habíamos celebrado la regla de una amiga cuando le vino; fuimos a La Granja Azul con su mamá). Pero ahí, en Ginebra, estaba sola. Contigo. Consideré contárselo a mi

papá, que estaba en Andorra, probablemente depositando algún dinero en alguna de aquellas cuentas que ya sabes. Pero no hice más que cambiarme, ponerme mucho papel higiénico para no manchar mi ropa, y decirte que íbamos a hacer una excursión. Te encantaban las excursiones.

La primera parada de la aventura fue la farmacia. Yo no sabía cómo decir «mimosas» en inglés, así que tuve que hacer un poco de idioma de señas, muy vergonzoso, a la farmaceuta, pelirroja y antipática, para explicarle lo que necesitaba. Tú me mirabas extrañada. Cuando por fin entendió, asintió y me dio una caja de támpax. La compré con la tarjeta que nos había dejado mi papá. Espantada, boté los támpax a la basura dos cuadras más allá. Te dije que íbamos a hacer una siguiente parada: un supermercado. Hiciste un baile de emoción. Era tan fácil hacerte feliz. En el mercado, compré varios paquetes de toallas higiénicas de distintos tamaños, con y sin «alas». Tú te pusiste a llorar. Dijiste que ya estabas muy grande para usar pañales, que también ya eras una mujer, que por qué te hacía esto. Me reí tanto que te contagié la risa. No comimos pollo a la brasa, pero sí paseamos junto al lago tomando chocolate caliente y mirando las montañas.

De pronto, las montañas se vieron interrumpidas por el recuerdo de ese 4 de julio que me cambió la vida, o que pensé, en ese entonces, que me había cambiado la vida. Luego, una se va dando cuenta de que todo nos cambia la vida, el cague de una paloma, ignorar a un pretendiente, el sonido de un timbre.

El artículo decía que fueron más de diez millones de dólares. Mi papá había ingresado parte del dinero en una cuenta de banco en Andorra, otra en Florida, otra en Suiza. Esa mañana en mi cuarto y

frente al periódico también pensé en los viajes. Las vacaciones en San Sebastián. El crucero de Disney saliendo de Miami. Tú con miedo a la nieve en las montañas cerca de Ginebra. Yo leía y releía el artículo en mi cuarto. Quería abrir la puerta de la oficina de mi papá, tumbarla a patadas, decirle: dime. Pero nunca me dijo.

En algún punto de ese 4 de julio me metí a la piscina. Era un invierno húmedo y el agua estaba fría, sucia. Deliré con que el golpe helado podría provocarme un ataque al corazón o con que alguna bacteria podría intoxicarme y mandarme al hospital. Tú me perseguiste en silencio y te tiraste poco después de mí, dando una especie de alarido de guerra mientras te lanzabas a la piscina con una pose torcida, como de danza experimental, como de incertidumbre, como yo. Caíste de barriga y te pusiste a llorar, claro. Yo te grité algo y nadamos como dos peces torpes hacia la escalera de salida de ese pozo estancado. Congeladas, corrimos a nuestras respectivas duchas de agua caliente. Viana profirió regaños detrás de nosotras. Mi papá no salió de su oficina. Yo no te llevé al cine.

Pero ya no estábamos en una piscina. Lo último que pensé antes de dormirme junto a ti esa primera noche juntas en Barcelona fue que ya no podía darte aquel ejemplo de tirarme a un hueco con agua helada y sucia porque, tarde o temprano, ibas a tirarte detrás de mí. Tu espalda me reconfortó y soñé con tu nacimiento en montañas de otros planetas. Dormí y dormí hasta que me despertaste, me sacudiste el hombro, ya, me dijiste, ya, Male, oe, son la una de la tarde, ¡la una! Te dije claro, claro, mientras me rascaba un poco de saliva seca del cachete. Hacía meses, ¿años?, que no dormía así de profundo. Tenemos que hablar, me dijiste y te dije, aún ronca del sueño, sí, sí, ok, vamos. Vamos, Lu. Y solo decir

un poco de tu nombre me volvió a hacer pensar que seguía soñando.

Solo que todo era tangible. Eras tú, era yo y el sueño ya no era una excusa. Yo ya no podía ser una excusa tampoco, por muchas veces que intenté despertarme. Lucía, eras tú. Nos duchamos, nos vestimos. Te pusiste un vestido naranja clarito de botones blancos que te llegaba hasta los talones, una chompa beige de algodón, zapatillas blancas de plataforma; yo me puse unos *blue jeans* de mis veintes y una franela de manga larga con un *print* de una ardilla que usaba lentes de sol. Me di cuenta de un pequeño hueco en el hombro izquierdo, te expliqué que los sábados eran los días de lavar ropa, que justo hoy iba a lavar y por eso solo me quedaba esta pinta. Me ignoraste mientras te maquillabas.

Te llevé a la cafetería más cercana, que de pronto me avergonzó cuando entramos, porque me pareció muy normalita. Además, recordé que ya no era hora para desayunar. Te pregunté si preferías ir a comer paella a la playa, me dijiste que no, aquí está ok. Pediste un café con leche y un jugo de naranja, me preguntaste qué quería yo, te dije que lo mismo. Intentaste pagar, me reí y pagué, le dije a Paloma —la exsudamericana y ahora española de unos cincuenta años que atendía casi a diario y con quien había interactuado algunas veces (me decía cosas como: buen día, guapa; qué chaparrón el de hoy; ¿algo de comer?, hay que comer en las mañanas, ¿eh?; café con leche como siempre, ¿no)—: mira, ella es Lucía, mi hermanita menor. Paloma sonrió y te dijo bienvenida, guapetona.

Me imaginaba que habías venido por el susto después del accidente, o para contarme que mi papá estaba en la cárcel, o para

decirme que se había muerto mi mamá tras o por alguna de sus borracheras. Estaba lista para lo peor. Pero no estaba lista para lo que viniste.

En el café, con bandeja en mano, te pregunté dónde querías sentarte. Fuiste a la esquina más lejos de la ventana, a una mesa para cuatro. No había casi gente: al lado de la ventana, una señora acercando y alejando la pantalla de su teléfono ruidoso a sus lentes «de leer»; en la barra, una pareja adolescente jugando cartas. Nos sentamos, miraste el local, cruzaste las piernas, acomodaste los hombros hacia atrás. Yo también los acomodé y me dijiste que qué grandes los jugos, te dije que te hacía falta ingerir algo grande, ponerle un poco de papa al caldo, respondiste que a mí más. Te subí las cejas.

—Lucía, ¿qué haces aquí?

Me di cuenta de mi tono, sonreí y te toqué la frente. Te dije que estabas linda, te dije que te había extrañado, te dije que estabas bella, bellísima. No te dije de todo lo que me empezaba a arrepentir.

—No te pongas cursi, no hay tiempo para huevadas.

Cogí una servilleta finita, de plástico, de esas que están dentro de una caja de aluminio. Odio esas servilletas.

—Ya. Ok. Dime. ¿Qué pasó? ¿Es algo de mi papá? ¿De... mi mamá?

Negaste que no, nada que ver. Te dije que qué bueno, pero que, fuera lo que fuera, estaba aquí para apoyarte, que me imaginaba que estabas muy impactada después de lo del accidente, normal, le pasaría a cualquiera, qué susto, perdón que no estuve tan atenta, es que hubo todo un tema del trabajo que para qué contarte, pero qué bueno que ahora estás aquí, qué bueno, justo yo te iba a decir que

más bien se me ocurrió que te puedes quedar conmigo todo el tiempo que nece—

—Escúchame. Me hicieron un TAC, o sea, de la cabeza, solo por si acaso. Por lo del golpe. Un TAC. Sabes qué es eso, ¿no? Tú que todo lo sabes.

Se te aguaron los ojos y mucho. Te los tuviste que tapar con las muñecas. Empezaron a sonar tus mocos de llanto. Supe del corazón en mi garganta en la mañana de la llamada, de la flor de Gerard en mi oreja. Lo supe un instante antes de que comenzaras a contarlo todo. Hablabas adulta, con groserías y sin rodeos. Me dijiste que aún no se sabía si maligno o benigno, no exactamente. Que iban a comenzar las pruebas. Que no le habías dicho nada a mi papá.

Y yo no te lo dije ahí mismo, por eso te pude escuchar, pero claro que sabía lo que era un TAC. Yo también había sufrido golpes en la cabeza, Lu, pero no por manejar borracha. Solo que en la clínica siempre dije que había sido porque me caí de la bicicleta pública o por un golpe contra un estante en una biblioteca en Barcelona, que hay tantas.

—Eso me explicó la doctora a la que me derivaron, dicen que es la mejor. Ahora me da culpa, pues, me da culpa. Y yo nunca te dije, pero me leí toda la mierda de investigación que me mandaste hace años, sobre el gobierno, mi papá, todo. Y ahora pensé, pensé bien, pensé mucho y yo no quiero que la plata robada pague por mi cerebro ni por un tratamiento ni por lo que chucha sea que pase a partir de ahora. No quiero.

Sentí pánico. El pánico no me deja hablar. Me paraliza, me desconecta. Me hace pensar en otras cosas, en escenas del pasado,

cielorrasos, alientos, piedras. Me dijiste que solo venías a decirme las cosas como son.

—Nuestros viejos están poniéndose viejos y tú sigues con tu huevada de Barcelona y la puta madre, tu independencia, tu *switch* de apellidos. ¿Sabes qué? Por algo te cambiaste al apellido de mi mamá. Porque eres igualita. Escapando todo el tiempo de todo, una marica.

—Lucía, no hables así, por fav—

Habías dejado de llorar, pero tus cachetes seguían rojos, casi morados. Subiste la voz.

—¿Cómo quieres que hable? ¿Como una *lady*? ¿Como una princesita? ¿Como la huérfana que se quedó llorándole a Viana por meses cuando te fuiste a la mierda? No, Male, ya no hablo así. Puedo hablar muy *ladylike* en mi chamba nueva, puedo asentir muy calmadita y decirles a los doctores que entiendo perfectamente sobre el examen tal, la prueba cual. Pero a ti te voy a hablar como me dé la puta gana.

Tus manos golpeaban la mesa después de cada dos o tres frases. En uno de esos golpes, saltó un poco de jugo de naranja y cayó sobre tu vestido, pero no te diste cuenta. Seguiste hablando, interrumpiéndote de vez en cuando para asegurarme que no me estabas reclamando ni pidiendo nada, que estabas aquí para decirme las cosas y nada más. Yo solo podía pensar en qué significaba esto. ¿De qué estábamos hablando? ¿De qué tamaño? ¿Operar o no? ¿No? ¿Lucía?

Me mareé un poco. Seguías hablando, seguías bella. Pensé en qué haría GK, el profe que me enseñó a meditar, en ese momento. En qué hizo cuando se encontró en momentos parecidos de su vida.

Me acordé de que hablaba de sus dolores de cabeza y de cómo lo salvó la meditación. Lo salvó primero concentrarse en su respiración y luego, con el tiempo, la técnica de escanear su cuerpo, de arriba abajo, de abajo arriba. Subí mis piernas a la silla, las crucé, intenté respirar: inhalar, exhalar. Volviste a golpear la mesa, se cayó ahora un poco de mi café. No habíamos probado ninguna de las bebidas.

—¿Me estás escuchando? Porque te conozco, te conozco cuando me miras sin escucharme, hacías igualito antes. Siempre pensando en ti, en ti y en tus grandes pensamientos. Siempre tus reflexiones y tu vida y tu orgullo, en serio, ¿en serio, Male? María Alejandra. Lo que sea. ¿Vengo hasta acá, atravieso el *fucking* Atlántico, para que no me escuches?

Dijiste algo así, pero no exactamente —en efecto, no te estaba escuchando tanto. Estaba pensando en hospitales, en plata, en mi cuenta de ahorros y en qué hacer. En por qué y cuándo decidí mandarte todo lo que había investigado de mi papá y en las decisiones, los pasitos, las estupideces y los estúpidos éxitos europeos que yo había logrado a partir de todo eso, a partir de Antonio, de nuestro papá. Pero te dije que claro que te estaba escuchando, que todo iba a estar bien, que qué bueno que hubieses venido, que no te preocuparas, que estaba aquí contigo.

—Para lo que necesites. De verdad. Aquí estoy.

Solo que no estaba. Llevaba diez años sin estar. Tuve una idea, o tomé una decisión. Te agarré la muñeca y te jalé a la entrada de la cafetería. Me preguntaste qué hacía y te dije que era una sorpresa. Una aventura. Te dejaste llevar y, después de comprarle unas castañas al viejito del puesto de una esquina, fuimos a la estación del Clot. Te compré un ticket de transporte, te dije guárdalo que te

va a servir, te pedí que te pusieras la mascarilla y bajamos a esperar el siguiente metro, me dijiste ah, claro, no tienes carro, *hippie as always*. Me reí. Sonreíste.

Hicimos transbordo en Plaza Cataluña, cogimos un ferrocarril hasta la estación de Peu de Funicular mientras me decías que no estaba mal el transporte público acá, que si supiera cómo está Lima, que todo va de mal en peor, las combis, el Metropolitano, cualquier huevada, el tráfico ha vuelto a ser un circ— imierda!, gritaste y me asusté. Tus quejas me habían estado arrullando, tu mano en mi mano.

Te habías dado cuenta de la mancha del jugo de naranja en tu vestido. Pensé a dónde llevarte a almorzar mientras tú volvías al tema del tráfico de Lima y que, aunque no lo pareciera por el accidente ese que fue una excepción y que igual no fue tu culpa, eras una experta, esquivabas perfecto a las combis y a los taxistas, sabías cómo cortar camino en las horas pico. Mi papá te había regalado un carro, una camioneta que paseabas los fines de semana con mucho cuidado porque ahora había tolerancia cero y si te agarraban con trago, ahí sí que te cagaban. Insistías con lo de la excepción. Nos bajamos del ferrocarril, subimos al funicular.

Tú no podías dejar de hablar, yo no podía soltarte la mano. Me contaste de tu trabajo actual, de cómo habías decidido dejar la universidad solo por un tiempo porque la arquitectura no te convencía y te habías metido a trabajar en un *start-up* de diseño de marcas para *start-ups*. Te habías salido de la universidad en pleno covid, pensabas que no tenía sentido estudiar así y me dijiste que este *start-up* era de la hermana mayor de una amiga tuya del colegio y que era una capa, o sea, que la hermana mayor era una

capa porque tu amiga no tanto, pero la hermana es bien seria, sus papás le están financiando todo el proyecto, aunque se supone que yo no tengo que saber eso. Me dijiste, me decías cada vez más relajada. Y también exclamaste ¡asu, qué rico tanto verde!, mientras subíamos en el funicular, adentrándonos en la montaña.

—¡Parece Mérida! ¿No? ¿Un poco?

No sabía que te acordabas de Mérida. Me acordé yo que fue aquella la primera vez que pisaste Venezuela, cuando nuestro abuelo materno, un cardiólogo distante y respetado a quien casi no conocimos, nos llevó a conocer los Andes de allá.

Llegamos a la parada y empezamos a andar por ese camino de tierra donde siempre está a punto de atropellarte un ciclista. En algún punto nos sentamos y abrí el periódico con castañas. A ti te dio asco hasta que probaste una, después de enseñarte cómo pelarla. Te dije que era una de mis cosas favoritas del otoño aquí y tú me dijiste que ya entendías por qué me había querido quedar. Miramos desde arriba la ciudad, ¿mi ciudad?, mi pasado. Unos niños volaban aviones a control remoto.

Me dijiste que quién sabe, si no estuvieras en esta situación, de repente te copiarías de mí y te quedarías a vivir. No supe bien qué decirte. Nos quedamos en silencio hasta que se me ocurrió una pregunta estúpida.

—Y... ¿sigues con tu novio?

Me respondiste, evasiva, que en Perú se dice enamorado: novio es que te vas a casar, no te hagas la que no te acuerdas. Por primera vez me pregunté si ya habías tenido sexo. Si habías tenido tu primer orgasmo; si te seguía gustando el pacay tanto como antes, esa fruta verde y larga parecida a un instrumento que no había visto

hace tanto tiempo; si tenías amigas, amigos de verdad; si habías ido alguna vez a Huaraz; si seguías dibujando por las noches. Se empezó a ir el sol.

Regresamos caminando hacia el Clot, viendo a la naturaleza transformarse en ciudad. Siempre amé esas calles vacías y elegantes, con pequeños árboles, por las que regresé tantas veces de ese camino a distintas casas a través de los años.

—Asu, qué lindo —decías, una y otra vez.

Paramos a comprar fruta y pan para no desfallecer; tú te empeñaste en comprar también dos Rueda Verdejo. Te iba a preguntar cómo sabías que ese era el único vino blanco que yo tomaba, pero en realidad te pregunté, asustada, si podías tomar alcohol. Me dijiste que obvio, que no tenía nada que ver una cosa con la otra, que no te viniera con huevadas.

Llegamos a la casa de la calle Rogent agotadas, felices. Me juraste, con los ojos muy abiertos, que nunca habías caminado tanto en tu vida y que había sido increíble. Pedimos sushi, comimos lento, tomamos. Nos carcajearnos recordando pequeñas aventuras, mi papá bailando, el disfraz de Monoliso, la vez en la que nos quedamos despiertas hasta las cinco de la mañana viendo *Titanic*, *Gladiator*, *Sweet November* y más películas inadecuadas para tu edad; intentamos olvidar vacíos enormes, Pueblo Libre, Mérida, mi mamá. Te conté, me contaste. Aunque te lo pedí, no me dejaste hablar con la doctora de Lima. Todavía no, me dijiste. Me rogaste que al menos la noche sin ese tema, por favor. Dormimos juntas una vez más. Dormí sin recuerdos.

Me despertó el crujir de la puerta cerrándose detrás de ti. Grité tu nombre, pero ya no estabas. Me asusté saliendo del sueño. Lo

primero que hice, antes de perseguirte, fue ver si seguía ahí tu maleta. Seguía, y estaba también tu saco sobre una silla, tus medias de dormir junto a mi cama. Un mensaje en mi teléfono: regreso ahora. Te creí, abrí las ventanas. Miré la calle, los árboles de noviembre. Ya no los sentí tan míos.

Volviste en breve con dos magdalenas en una bolsa. Te pregunté, aún medio dormida, qué pasaba mientras sacabas las magdalenas de la bolsa, les ponías unas velitas, las prendías. Estabas contenta, como cuando de niña tenías una sorpresa para mí. Y entonces, tras asegurarte de que no se apagaran las velas, dijiste, radiante, endeble: ¡es el día de bautizo! Y claro, me acordé. Lo habíamos celebrado hasta el año en que me fui. Nunca más. Me reí y cantamos juntas nuestra canción inventada, que recordamos casi a la perfección.

Esa tarde, mientras veíamos una película, mi papá te llamó por videollamada. Contestaste, le dijiste mira, pa, estoy con Male. Empecé a hacer un movimiento como para asentir, pero me quedé congelada en el camino, atracada, como cuando en la adolescencia se me quedaban atracadas las canciones en mi reproductor de CD.

No le veía la cara a mi papá desde hacía mucho tiempo; arrugas, canas y canas, una mancha en la oreja. Me pareció verlo más viejo que mi abuela, más viejo de lo que recordaba a mi abuela. Calculé y él ya debía estar cerca a los sesenta y cinco. Ya no era un joven. Un joven apasionado, como el de aquel estudio de los talleres literarios en que lo vi ser él, antes de todo lo demás.

—Hola —dijimos todos.

Y dijimos más cosas. Te preguntó qué tal había estado el viaje. Él sabía que vendrías a visitarme, pero no sabía que me habías

sorprendido, ni se lo dijimos. Le contaste del paseo por el Camino de las Aguas, le contaste de la celebración del bautizo. No le tenías rabia; solo cariño, una complicidad que yo nunca volvería a tener con él. Fue curioso. Sentí corrupción y sentí agradecimiento. Sentí resignación y sentí a toda Latinoamérica, las muertes, la jerga, los barcos de Colón, el oro, los virreinos, la Perricholi, los caudillos, la inmigración de los japoneses a Perú. Y también sentí que todo eso ya no era mío, ni tenía por qué serlo. Lo único mío era la responsabilidad de cuidar de ti. No de mis alumnos, no de la mancha, no de Rodrigo, a quien más que cuidar comenzaba a disolver, al comenzar —por fin— a aclararme un poco a mí misma. No tenía que cuidar de mi papá que ya había tomado sus decisiones sin retroceso, ni de mi mamá que ya había hecho y seguiría haciendo sus desastres. Mi única manera de ser absuelta de toda esa culpa en mi cuerpo era ser parte de ti, algo tuyo: tu hermana mayor.

Con una sola mirada, te obligué a contarle lo que estaba pasando. Tu miedo, tu situación, el TAC. Sobre todo, el TAC. Escuché y vi cómo se le fue el aire. Vi el vértigo en sus arrugas y entendí el abismo de la pirámide en México, aquella vez hace tanto. Sentí vértigo también y se me hizo todo grandísimo, tan vasto como una certeza.

Ya sabes cómo reaccionó mi papá; eso no tengo que contártelo. La que me sorprendió fuiste tú. Le dijiste que estabas viendo qué hacer. Le dijiste cosas como que ya no querías su plata que ni siquiera era suya, y menos para esto. Y que tampoco querías más el carro que no era tuyo, no del todo. Me miraste y le dijiste que ibas a ser valiente, «como Male». Le dijiste que íbamos a encontrar una

solución. Aquel plural me incluyó a mí, no a él. Y yo me sentí ahogada y viva. Comenzó a hacerse de noche.

Mi papá nos miró por la pantalla del teléfono. Supe que tendría que hablar con él a solas. Supe que tendríamos que aclarar cosas, hacer planes, pero que ya no podría seguir siendo solamente mi gran enemigo. *Make amends*, le dicen en algunos manuales que he comenzado a leer en mi nuevo presente, puyudo y suave a la vez. Pausado, como dijo siempre GK, quien murió hace poco y a quien aún escucho alguna tarde en una que otra grabación. Menos impulsos, menos acciones. Un ritmo que no atropelle.

Después de esa llamada te abracé con incondicionalidad, delicadeza y angustia. Sentí unas gotas de sudor frío bajar por mi espalda. Tú me abrazaste de regreso, y me sonreíste con esa fortaleza que espero tener algún día yo también.

—Feliz bautizo, Lu.

Lima, febrero de 2026

Toco el timbre. Pasan unos minutos, vuelvo a tocar.

—¿Sí? ¿Hola? ¿Aló?

—Aló.

—¿Reina?

—No, Male.

Silencio.

—¡Male! Male.

—Sí. ¿Me abres?

—Claro, entra, entra.

Suena un zumbido desde el intercomunicador y empujo la puerta varias veces hasta que cede. Solo he venido una vez a este lugar, unos días después de que él se mudara. Vine porque Lucía me lo pidió. A mi papá le acababan de embargar la casa y consiguió este apartamento gracias a un exconvicto, un tipo que trabajó con él durante la época del ministerio y que ahora le alquila este cuarto («*loft*») de mierda por bastante más de lo que vale. Subo por las escaleras —el ascensor no funciona. La puerta abierta. Su respiración y su sonrisa y su olor.

—Qué bueno que vinieras, qué bueno. No pensé que— bueno. Pasa, pasa.

Paso. Me ofrece una silla, me ofrece agua, me ofrece un chocolate. Le digo que no a todo.

—Bueno, como quieras. Hice— ya he estado haciendo unas llamadas para avisar. Y también he pensado que deberíamos hablar sobre lo de la cremación. Yo creo que—

—Ya tengo todo arreglado. Lo decidimos con Lucía y con un amigo suyo. Vamos a hacer lo que ella dijo.

—Sí, ya sé, el padre Mateo, ya hablé con él también. Solo quiero decirte que—

Lo miro a los ojos, directo y sin condiciones, por primera vez en años. Se calla porque lo callo y le intento decir todo con una sola pregunta de dos palabras, de dos monosílabos. Pido una explicación, no sé si larga o corta. Le pido que me lleve al pasado, a ese día en que aceptó lo del ministerio y le ruego que diga que no, que le basten sus talleres y sus hijas, su casa alquilada en Pueblo Libre, su familia por construir sin contagiarse de la política de aquí. Le digo que no tiene por qué querer ser presidente, que su papá estaba

equivocado y que este país no vale la pena, mucho menos si lo va a destrozar a él, a mí, a Lucía.

Solo que nada cambia, seguimos en el mismo tiempo y espacio, con las consecuencias del pasado y con un futuro sin mi hermana, sin su hija menor. Su cara cambia de expresión, frunce el ceño.

—No me puedes seguir castigando, por dios. Menos ahora.

Se voltea y da unos pasos hacia la cocina, a metros de su cama. Abre el gabinete bajo el lavatorio y saca una botella de pisco casi llena. La abre, se sirve un poco, muy poco, en un vaso con decoración de flores dibujadas con pintura de uñas. Son los vasos que nos pintó Lucía en tercer grado. Se toma el pisco de un sorbo. Conozco ese pisco: es barato, pero no da tanta resaca. Su cocina está limpia. No hay platos en el fregadero ni vasos por lavar, las hornillas brillan con desengrasante y poco uso. No sé qué come, qué desayuna, qué cena. Ya no tiene ni cocinera ni novia que le cocine. Hago, con los ojos, un recorrido de su guarida. Su cama está tendida como si fuese un hotel, sin arruga alguna. Junto a la cama hay una estantería de libros y libros y libros que no son ni un quinto de los que tenía en las casas anteriores. Cuando se mudó, ofreció regalármelos, pero no le acepté ninguno y terminó donándolos a alguna biblioteca pública a la que lo llevaba su papá en su infancia, a la que alguna vez fui con él, con mi papá. El clóset es tan pequeño que necesita un perchero frente al baño para colgar sacos y camisas. También hay algunos pares de zapatos en el suelo, bajo el perchero. No sé por qué no heredé el orden de este señor. ¿Qué he heredado de él?

—¿Desde cuándo tomas pisco?

—Desde que se recuperó Lu de la primera.

—¿Ah?

—Tomábamos chilcanos algunos jueves. Qué te puedo decir. La vida es corta.

—No seas imbécil.

—Tenía que venir a escondidas de ti para hablar con su papá. Le encantaban los chilcanos.

—Yo sé.

Otra vez silencio. Tiene sentido. Siempre sospeché que Lucía me escondía algo, solo que nunca quise preguntarle, para qué. Me dijo, cuando me inscribí en clases de salsa, que ella también tenía un plan de los jueves; me dijo que era algo que encontró en Facebook, un grupo de sobrevivientes al cáncer.

—No te voy a perdonar solo porque se haya muerto.

—Entonces, ¿vas a reclamarme más cosas? —sube el tono—. Comenzar una nueva ley del hielo. Volver a actuar como una niña que no entiende nada de —se corta a sí mismo, baja el tono, casi susurra—. Adelante, Male. Adelante, mi amor. Te escucho. Dime.

Suspira fuerte, suspiro fuerte. Suena un claxon durísimo en la calle. Cuando para el ruido, alguien grita iconchetumarenovesquestoypasando! y luego una respuesta aún más fuerte y más rápida que no entiendo. Hace calor, aunque no tanto como para sudar. Siento náuseas repentinas, imparables. Corro al baño y vomito mientras jalo y jalo la cadena para que él no me escuche, para que no me escuche Lucía. El vómito me saca unas lágrimas que se convierten, otra vez, en un llanto desesperado.

Siento la respiración de mi papá pegadita a la puerta.

—¿Estás bien?

—Sí, ya salgo.

¿Dónde estará ahora mismo el cuerpo de Lucía? ¿Qué le están haciendo y quién? ¿Y dónde está Lucía, lo que la compuso todos estos años, sus pensamientos y su forma de dibujar? ¿Eso también se muere con el cuerpo, aunque hayan salido de su cuerpo sus pensamientos y sus dibujos cuando estaba viva? ¿Queda algo de mi hermana en este universo, en este mundo o, como mínimo, en este país?

Me lavo la cara, el espejo también está impecable. Limpio el baño, le paso un papel con agua y jabón. Veo la marca en mi mano.

—Male, lo siento mucho. No tienes idea.

Su voz aún me llega desde el otro lado de la puerta y me llega también el sonido de su garganta y su nariz a punto de explotar en llanto.

—Ya no me queda nada. Nada de eso, te lo juro. Solo me quedaban tu hermana y tú. Ahora, solo tú. Bueno, y la planta de mierda de tu abuela.

Sonrío. Mi papá lleva años cargando con una planta de mi abuela que no termina de morirse. Él habla mal de la planta, pero es una de las cosas que más quiere en el mundo, la única cosa que sabe cuidar. Le pone Mozart, como hacía mi abuela. Le pone Bach. Me quiero enjuagar la boca, aunque sea con el dedo, pero no hay pasta de dientes. Abro el espejo para buscar, pero lo único que encuentro son tres cajas de pastillas, un cortaúñas y un jabón.

—¿Male?

No respondo, veo el nombre de las pastillas y lo escribo en mi teléfono para ver qué son. Benzodiacepinas. Son somníferos, tratan la ansiedad, solo se aceptan con receta médica. Tres frascos.

Abro la puerta.

—Estoy bien, solo me mareé un poco.

—¿Para qué viniste?

Me pidió que estemos juntos.

—Nada. Para ver cómo estabas, vine.

—Ya.

—Me voy.

—Ya, está bien. Todo va a estar bien, ya vas a ver, hija.

Me intenta abrazar, tapo mi cartera. Cuando salgo, mientras cierro la puerta, lo veo volver a buscar el pisco. Bajo corriendo las escaleras y abrazo mi cartera, donde he metido los frascos. Troto dos cuadras, tres, cuatro, troto hacia la derecha una cuadra y luego dos a la izquierda y así hasta que por fin encuentro un basurero donde boto todas las pastillas.

El velorio empieza en media hora y seguirá mañana, todo el día. Pasado mañana la cremamos y quiere un poco de sus cenizas en La Punta y un poco en donde sea del Caribe, cuando puedan, me dijo. Confío en ti, pendeja, me dijo. Otra vez siento náuseas. Pongo *Love of My Life* en mi teléfono y sin audífonos. Escucho, cierro los ojos y todo mi cuerpo se hincha, mi piel se aleja de mi centro, de mi corazón. Mis poros se abren y se abren hasta que soy parte del aire también. Estoy en algún pequeño, calladito lugar entre el sueño y la vigilia. No puedo hablar y las sensaciones me llegan como en un susurro, los mínimos espasmos de antes de dormir, hasta que un portazo y abro los ojos.

Me limpio la boca. Parpadeo varias veces. Creo que en mi presueño vi a un perrito. Hace unas semanas, me puse a buscar perros. Encontré unas páginas de animales en adopción, otras de animales en venta. Y justo anteayer encontré a un cachorro idéntico a Patacón, el perro de esa noche en Barcelona, cuando casi vuelvo a un pasado peor que el peruano. Ya le escribí al albergue. Ya tengo cita. Quería que fuese una sorpresa para Lucía, que me viese con un primer bebé, con un cachorro mío y un poco suyo también. Quería que supiera que, pase lo que pase, me voy a quedar aquí. Al menos por un tiempo. Con mi nombre y apellido, con el gris y el tráfico. No hay otro lugar al que volver.

Mi papá entra cargando una corona enorme de girasoles. Mateo, el padre jesuita que se hizo amigo de Lucía durante estos últimos años, lo ayuda. Dos señores que intentan, con los hombros cerca de los codos y caras muy solemnes, meter una corona que pesa un poco mucho para sus espaldas. Me ofrezco a ayudarlos, pero mi papá me dice que no me preocupe. Dejan la corona junto al lugar donde irá el ataúd y exhalan casi al mismo tiempo. El padre Mateo me mira desde detrás de sus lentes y su calidez me arropa el pecho y el vértigo. Mi papá solo mira el lugar donde irá el ataúd y, tras unos segundos, encorva su espalda, apoya sus manos sobre sus rodillas, y lanza algo entre un aullido y un grito de rockero. Rompe en llanto. El padre Mateo lo observa hasta que le pone una mano en el hombro, como para prevenir que su cuerpo se tire de cabeza al inframundo debajo de nuestros pies.

Yo no quiero pararme. Miro los detalles de la corona; estoy segura de que a Lucía le hubiese encantado. Trago saliva, vuelvo a mirar el libro a mi derecha. Es una Biblia. La aparto un poco. Los aullidos de

mi papá se hacen cada vez más suaves. De pronto, me llega un olor a lúcumas, muy sutil. Es el olor de Lucía. Recuerdo la canción que tengo que poner en algún punto del velorio y me da un poco de risa que transformo en tos.

El padre Mateo se me acerca, se me sienta al lado y posa, solo por unos segundos, su mano sobre la mía. Sus arrugas me calman y me explican que, en algún lugar, aunque sea solo en este momento y entre nosotros, está Lucía. Después del silencio, desde ese lugar, el padre me susurra que ya está todo listo.

—Ya lo sé.

Cierro los ojos y recuerdo aquella noche en Barcelona después de tu bautizo y de la llamada de mi papá. Te dije que me iba a bañar. Fui al baño, me encerré, prendí la ducha. No me metí, no al comienzo. Solo lloré contra una toalla. Lloré durísimo e incontenible. Lloré y lloré y gemí; casi me asfixio en el intento de que no me escucharas.

¿Lloraste así cuando te enteraste en el hospital? ¿Llorabas así de chiquita, en uno de los muchos baños de la casa en la que crecimos para que no te escuchara Viana, ni yo, ni nadie? Pensé eso —entre miles de otras cosas; el apocalipsis, Hakim, los peces en el río— en el baño. Me calmé, me metí al agua, me limpié. Y cuando salí, no solo no me habías oído, sino que estabas derrumbada sobre el sofá, tu mentón caído, tu ceño relajado. Dormías, babeabas. Respirabas por la barriga, así como cuando te vi nacer.

Y aunque nunca lo dijiste, esa noche, después de dejar el baño empapado de llantos y pasados, después de despertarte y ayudarte a ponerte la pijama, después de convencerte de que ya era muy tarde para seguir viendo la película, después de acostarte en la

cama junto a mí, supe lo que habías venido a pedirme. Y aunque nunca lo dije, te respondí que sí. Que por supuesto, Lucía. Sí.

Agradecimientos

Gracias primeras a Juan Pablo Villalobos por su escucha, su paciencia, su gran humor, y por identificar que esta historia no era sobre la pérdida de una pareja, sino sobre reencontrarse con una familia, con un país; gracias a su taller de Gràcia y a todos los integrantes que me leyeron y comentaron con cuidado y carcajeo. Los quiero. Gracias a Luis López Aliaga y a los compañeros que me apañaron —a pesar de la distancia transatlántica— con el inicio de *Male* en una calle de Sants. Gracias a Eduardo Plaza por descubrir a tiempo el tumor de Lucía. Gracias a mis Gabrieles: a González, por todo el apoyo y cariño de los últimos años para sacar adelante este proyecto; y a Candelaria, por creer en mí desde aquel cuento del perro venezolano —por fin tendrás mi primera novela en tu estantería. Gracias a Poca por ser tanta y acompañarme en cada segundo de esta historia. Gracias a la verdadera Magda, por salvarme la vida y reabrirme al mundo de las letras. Al verdadero Gerard, por salvarme la vida también, y a quien espero volver a ver algún día, sereno y sin miedo. A Francisca, mi cómplice trinacional. A Aurora Angulo, por mostrarme que la aluminosis es una oportunidad. A Dani Parodi, la prima, por verme salir de un lugar y apoyarme para llegar a este. A Antonio Monegal, tutor no solo del doctorado, sino también de la vida: gracias por ese último empujón de dar un salto a Perú. A Majó Caro por darle un chance a mi escritura y por su suavidad en lo gris contra lo gris de Lima. Gracias al equipo de Penguin Random House: a Arthur Zeballos, por su confianza en esta

historia con aquella sonrisota de bienvenida; a Johann Page, por su lectura acertada y reveladora entre el agua turbia; a Luis Yslas, por su constante disponibilidad y su cuidadoso trabajo con cada frase, cada palabra, cada fecha (y por los excelentes *stickers* de WhatsApp en mis momentos de mayor duda); y a Leila Samán, mi editora, por entender el veneperuano a la perfección y dedicarle, con uña y mугre, su talento a este texto; Leila, de pronto, tengo una especie de hermana menor de las letras —una hermana más tranquila y ordenada que yo. Gracias, Alfonsino José, porque desde que llegaste me dijeron que sí. Gracias, papá, por todo tu apoyo, por todo tu ejemplo. Y gracias, mamá —siempre, mi Venezuela—, por confiar y confiar.



EL PAÍS DE LOS PECES TRISTES

© 2026, Claudia Paredes Guinand

© 2026, Penguin Random House Grupo Editorial S. A.

Avenida Ricardo Palma 311, Oficina 804, Miraflores, Lima, Perú

Lumen es un sello editorial de
Penguin Random House Grupo Editorial S. A.

Diseño: Penguin Random House Grupo Editorial / Apollo Studio

ISBN: 978-612-4270-76-5

Hecho el depósito legal en la Biblioteca Nacional del Perú N° 2026-12272

Primera edición: octubre de 2026

Conversión a e-book: Apollo Studio

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, incluyendo en utilizarla para efectos de entrenar tecnologías o sistemas de inteligencia artificial ni de minería de datos, sin el permiso previo por escrito de la editorial.



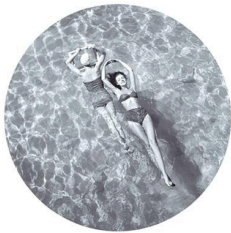
Claudia Paredes Guinand

Virginia, EE. UU., 1991. Escritora y antropóloga peruano-venezolana. Defendió su tesis doctoral de política y literatura sobre el fujimorismo y el chavismo en la Universidad Pompeu Fabra (Barcelona). Ha publicado artículos y relatos en diversas revistas y periódicos, y explorado la ficción tanto en castellano como en inglés. Es docente universitaria y de talleres literarios. Sus libros de relatos *Aguas* (Mitos Mag, 2022) y *Un lugar en la familia de las cosas* (Colmillo Blanco, 2025) abordan, con un toque de humor e ironía, los temas del duelo, el clasismo, la migración y los roles de la mujer en el siglo XXI. *El país de los peces tristes* es su primera novela.

Fotografía de autor: © Corina Clamens
Diseño de la cubierta: Apollo Studio

El país de los peces tristes

Claudia Paredes Guinand



Lumen

Male ha pasado buena parte de su vida escapando: de Lima, de un padre vinculado a la corrupción fujimorista, de una madre ausente y de sí misma. En Barcelona intenta construir una nueva vida, pero el alcohol, la dependencia emocional y los recuerdos siguen encontrándola. Sin embargo, cuando su hermana Lucía enferma, se ve forzada a volver al país que juró dejar atrás.

Con una prosa ácida que va alternando su presente en Perú con la Barcelona frenética de su pasado, *El país de los peces tristes* narra —con un humor agudo y sin desparpajos— la vida de esta mujer que se rompe y se recompone, huye y se reencuentra, mientras busca desesperadamente una razón para mantenerse a flote.

«Claudia Paredes Guinand escribe la complicidad de dos hermanas sin condescendencia ni sentimentalismo: la culpa, el humor como mecanismo de defensa, la manera de querer sin decirlo. Y, sobre todo, lo poco que hace falta para seguir de pie».

María José Caro